

N O S O T R O S

EL IMPERIALISMO EN GRECIA Y EN ROMA

CUANDO se habla hoy de imperialismo, muchos entienden referirse, en la mayor parte de los casos, a una corriente adventicia y excepcional. La palabra parece expresar fenómenos recientes, injusticias localizadas. ¡Como si la presión, superposición y aniquilamiento de unos pueblos por otros no hubiera sido desde los orígenes el eje central de la historia! La América Latina tiene que libertarse ante todo de dos errores: el que consiste en creer que el imperialismo es un flagelo nuevo, creado, por así decirlo, en su honor, y el de denigrar sin tino a los Estados Unidos, llamándoles “nación materialista”, “yanquilandia”, etc., con el fin pueril de tomar un ilusoria revancha verbal de las humillaciones que nos imponen. Esas humillaciones derivan, más que de la perversidad de la hueste contraria, de nuestra propia imprevisión. Nunca comprenderemos los conflictos en que se debaten las repúblicas del Sur, nunca modificaremos nuestra situación, si no sabemos antes justipreciar la importancia del enemigo y si no adquirimos una visión global de lo que fué desde los orígenes el instinto dominador, que se encarnó en los primeros siglos en un hombre, cuyo prototipo puede ser Alejandro el Grande, que estuvo después al servicio de una ciudad, haciendo la grandeza de Roma, que amplificó el pensamiento de una nación en los tiempos de la Francia Napoleónica y que ha acabado al fin por ser el credo racial de los anglosajones de hoy.

Si no sabemos aplicar a nuestra situación la enseñanza de lo ya vivido, habrá que desesperar del porvenir. Urge recordar

que, paralelamente a la tendencia idealista que culmina en Confucio, los filósofos estoicos, el cristianismo, los teóricos políticos del siglo XVIII, los socialistas — el socialismo no es después de todo más que el cristianismo puesto en prosa y en cifras, — y el comunismo, y que dió lugar al idealismo religioso, que se tradujo en misticismo, al idealismo político, que creó la república, al idealismo económico que inventó el libre cambio, y al idealismo social que propician los partidos de izquierda, ha existido siempre una corriente arbitrariamente imperiosa que se burló de la ética y avanzó correntosamente, sin cuidarse de las víctimas, hacia un objetivo que, según las épocas, es de esplendor personal, de grandeza urbana, de irradiación nacional o de hegemonía racial que ha de alcanzarse con el sacrificio de otros hombres, de otras ciudades, de otras patrias, o de otras civilizaciones.

Esa corriente ha sostenido que los intereses están por encima de las doctrinas, que poco vale el espíritu de especulación frente a las necesidades del Estado, y que las teorías de Aristipo, deleznable al ser aplicadas entre los individuos, son fundamentalmente benéficas para las colectividades, porque la moral cambia de esencia al transportarse de los hombres a los grandes conjuntos, y existe lo que podríamos llamar un epicureísmo de naciones, sin más límite que la potencialidad guerrera, comercial o cultural.

En forma más o menos ruda y de acuerdo con las circunstancias, esta tendencia es la que ha gobernado más a menudo la evolución de las naciones. Basta echar la ojeada más superficial sobre la historia para comprender que el idealismo sólo triunfó transitoriamente. Si en ciertos casos se mantuvo, fué recurriendo a la táctica oportunista, falseando su virtud. La Revolución Francesa acaba respetando las jerarquías que originariamente quiso derribar. El cristianismo mismo, en las épocas en que pareció dominar con mayor esplendor, acepta las riquezas abusivas, las desigualdades sociales, las guerras sangrientas, las injusticias de todo orden, cuanto había condenado originariamente. A menudo hablamos de la marcha de la civilización, como si en esa palabra fuera posible hacer entrar la multiforme diversidad del mundo. En realidad, siempre hubo dos civilizaciones que marcharon, paralelas a la vez e inconciliables, a lo largo de los siglos: la civilización material y la civilización espiritual. La última solo ha predo-

minado hasta ahora efímeramente, o se ha puesto al servicio de la primera.

Estas dos direcciones, que encontramos desde los orígenes, marcan, en síntesis, las palancas que empujan la fermentación humana desde los primeros hombres hasta la época actual, los *golf stream*, venas vivificantes del océano, que hacen circular el agua dentro del agua misma, animando los acontecimientos, empujando a las muchedumbres, dando forma y color a la vida, manteniendo, en fin, la movilidad de las olas, al conjuro de dos concreciones: el espíritu práctico y la tendencia idealista, que se encarnan dentro de la historia griega en dos ciudades: Esparta y Atenas.

Esparta tenía el gesto adusto de los que conocen las acechanzas, sorpresas, incertidumbres y peligros que amagan a los grupos débiles. En una comarca subdividida en repúblicas rivales y rodeadas de vastos imperios bárbaros, quería transformar los músculos en acero para sobreponerse a todas las contingencias, doblar los cabos hostiles y asegurar su vitalidad. Las leyes de Licurgo fueron lo que el castillo, más tarde, para el señor feudal. De acuerdo con la naturaleza y con las características del siglo, convencido de que el primer instinto del hombre es vivir y desarrollarse, conocedor de las superposiciones de pueblos que marcan con cruces de osario la marcha de los grupos anteriores, el legislador creyó preservar a los suyos, imponiendo a la nación las fauces, las garras y la flexibilidad de los leones. Lejos del individualismo, lo subordinó todo a la salvación común, levantó altares al sacrificio enérgico, llevó al paroxismo la eficacia muscular, barrió de la vida las flores que perfuman o embriagan, dignificó el esfuerzo venciendo a la naturaleza dentro de los corazones y dió a los caracteres la limpieza, el brillo y la rigidez de las armas, hasta hacer de su pueblo una árida meseta inaccesible donde no había más actividad que el gimnasio ni más rumor que las músicas militares.

Esa concepción excluyente y unilateral, propia de hombres austeros que para hacer perdurar las leyes que habían dictado imponían el juramento de no modificarlas hasta su regreso y se arrojaban después al mar, era hija de un instinto humano, terrestre diríamos mejor, que, en contraposición a los idealismos

de otros helenos, iba a buscar guía y ejemplo en la desconfianza y en la acometividad de los animales de presa. Acostumbrados como estamos a confundir los planos en que se mueven las cosas, a localizar nuestras facultades de juicio y, sobre todo, como latinos, a aplicar a todo un criterio estético, nos parece baja y subalterna la preocupación que acapara aquellas vidas, limitadas a defender la vida misma. Pero hay que tener en cuenta que, aún levantando el espíritu a las más altas concepciones, la primera condición de toda empresa individual o colectiva es existir; y acaso era aquel régimen la primera etapa prevista por un grupo supremamente ambicioso que quería fortificarse y engrandecerse hasta hacerse invulnerable, para poder desarrollar después, en todos los órdenes, las facultades múltiples que sofocaba por disciplina en los comienzos.

Adelantándose a los siglos, Esparta tuvo, en todo caso, el presentimiento de costumbres y doctrinas que otros pueblos debían adoptar después en sus momentos de más viva fortaleza. Los duelos de los estudiantes alemanes son un reflejo atenuado de las justas sangrientas de la juventud espartana. En la época triunfal de España vemos reaparecer a los reyes que abandonan la ilustración y la cultura a los inferiores. Los sacrificios de baldados y deformes que hicieron la celebridad del monte Taygeto, no son más que el antecedente rudo de la teoría de la selección de la especie sostenida hoy por los biólogos. Si a esto añadimos el impuesto sobre los solteros y sobre todo el principio de igualdad entre todos los ciudadanos, que antes de ser un ideal moderno fué imposición terminante de la legislación lacedemonia, corroboramos la afirmación de que Esparta inició el realismo político de los pueblos. (1)

La filosofía y el arte que Esparta abandonaba a los ilotas, fué por el contrario en Atenas la preocupación esencial y casi exclusiva de los ciudadanos. Pasadas las primeras épocas, en las cuales Dracón intentó algo semejante a lo que realizó Licurgo

(1) En el mundo antiguo abundan los curiosos antecedentes de ideas o situaciones que parecen exclusivas de nuestro tiempo. Euxiteo, un cliente de Demóstenes, se queja de una operación electoral. Lo han vencido por el fraude en la elección. "Eubólido, dice, entregó a cada uno de sus cómplices tres boletas; no había más que treinta votantes y sin embargo aparecieron sesenta papeletas en la urna".

y en que el Areópago prohibió todo artificio oratorio “para llegar al más rápido conocimiento de la verdad”, Atenas, potencia marítima desde los orígenes y república industrial y comercial con Pisístrato, se entregó cada vez con mayor entusiasmo a las actividades del espíritu. Pueblo indisciplinado, versátil y sutil, profundamente soñador, impresionable y nervioso, más imaginativo que experimental, más violento que enérgico, saturado por los mitos maravillosos de su pasado inverosímil, fascinado por la magia de la naturaleza que sabía comprender como ninguno, atraído por el espacio y las premiosas sollicitaciones de lo irreal, había nacido para el ensueño como el espartano había nacido para la acción. Marineros, arcontes, fabricantes de laúdes, comediantes, heraldos, guerreros, abogados, sicofantes, estrategas, hemerólogos y vendedores de estopa, todas las edades, situaciones y oficios, todos los estados, capacidades y descendencias, desde los patricios hasta los plebeyos, desde los esclavos hasta los eumolpidas, tenían el espíritu sensible y delicado, el alma emocionada, primaveral y vibrante que debía dar lugar a la más extraordinaria floración de escultores, poetas, filósofos y oradores que se recuerda.

Esparta era un pueblo grave que antes de dedicarse al lujo de la felicidad y la belleza, se organizaba. Atenas era un pueblo impaciente que empezaba a leer el libro de la vida por el final, volviendo al revés las páginas y persiguiendo la belleza y la felicidad antes de haberse solidificado. Y como las fuerzas ideológicas sólo eran entonces — y son todavía — fuerzas inspiradoras o auxiliares, hay que reconocer que el empuje inicial de Esparta respondía a una necesidad tan dolorosa como inevitable: la defensa de la tierra y de la personalidad de cada núcleo.

Soberbia en sus gestos como en sus concepciones, Atenas ultima a los emisarios del Rey persa Darío que venían a pedirle homenaje con la fórmula consagrada de la “tierra y el agua”. Pero son los espartanos los que encabezan y dirigen la defensa griega contra la invasión, los que se sacrifican en aras del bien común en los Termópilas, los que derrotan al ejército que Xerxes deja en su fuga, los que después del incendio de Atenas mandan la flota que destroza al extranjero y los que obligan a los persas humillados a reconocer la libertad de las colonias del Asia

Menor. Si los primeros eran el altivo pensamiento, los segundos eran el brazo que preservaba la libertad de los Helenos.

El reinado de Pericles, tan abundante en grandezas mentales que no podrán ser olvidadas, tan fértil en tentativas y en obras que vivirán en la memoria de los hombres, prepara también, con los retores capciosos, la desunión y la guerra civil entre las repúblicas. Atenas llega a aliarse a Tebas, Argos y Corinto contra Esparta en momentos en que ésta se lanzaba de nuevo contra los persas, supremo error político que determinó la caída de las dos grandes fuerzas verdaderamente griegas y el advenimiento inesperado de los macedonios, descendientes de Hércules.

Nos parece estar hablando de cosas que tenemos muy cerca cuando comprobamos que Grecia no realizó, en toda su amplitud, sus grandiosos destinos a causa de la desunión y la rivalidad entre las repúblicas. Comprendía que la unión y la confederación eran indispensables, pero cada grupo aspiraba a ser el eje central del movimiento y a realizarlo en provecho propio. Los atenienses con su elocuencia, los espartanos con su virtud, los beocios con su sutileza, los tebanos con su falsía, todos querían encabezar la conglomeración y sacar de ella ventajas regionales. Si hubiera sido posible coordinar y centralizar lógicamente el esfuerzo, Grecia hubiera continuado elevándose. Pero las rivalidades, rencores, desconfianzas y ambiciosos proyectos de los diversos estados prolongaron la disgregación dolorosa, hasta que llegó el pueblo poderoso y hábil que, favorecido por circunstancias únicas, debía imponer la cohesión, dando fin al desorden de aquella masa y a su incapacidad para dirigir la vida.

Así se afirma en Grecia la dualidad que corre por las vértebras de la especie, provocando esas crisis que son el flujo y reflujo de las civilizaciones, hasta que surge Alejandro el Grande, predecesor de César, Carlos Magno, Hernán Cortés y Napoleón en las cabalgatas afirmativas de la iniquidad.

Su aparición es un fenómeno inevitable, una excrecencia lógica de la civilización que se ahogaba dentro de sus fronteras y aspiraba confusamente a derramarse sobre el mundo. Como los árboles y las plantas, que llegados a cierto punto de crecimiento arrojan al aire las semillas para multiplicarse y perpetuarse sobre la tierra, los pueblos que alcanzaron la madurez y

el desarrollo total dispersaban en aquellas épocas sus soldados, — hoy les basta a veces con extender su comercio, — para difundir su fuerza, acariciando la ilusión de la eternidad. Concreción victoriosa de un haz de tendencias, el conquistador reúne en Corinto a los diputados de todas las repúblicas y desde la cima de un trípode cuyas puntas descansan en los límites del país, reconciliado por la primera vez, lanza su reto al universo.

Treinta y cinco mil hombres mandados por un general de veinticinco años atraviesan el Helesponto y se precipitan contra los imperios de Oriente, contra masas innumerables que debían ser sometidas, como ocurre hoy también, más que por el genio militar por la civilización superior. Un país nacido en cuna de leyenda tenía que dar leyenda hasta dentro de su propia historia. El Asia Menor, Tiro, Libia, la Persia, el Egipto, hasta parte de la India doblan la cerviz ante la fuerza irresistible que la superstición y el espíritu fantasmagórico juzgan dirigida por el hijo de Júpiter. Un hombre en cuyo pensamiento se concretan los equilibrios, las sutilezas, las energías, las ambiciones, los inventos, las grandiosidades de toda una raza excepcionalmente dotada en los más diversos órdenes, llegó así a marcar durante un tiempo el ritmo con que debía respirar la humanidad.

Decimos un hombre, porque la característica esencial del imperialismo griego, como la del imperialismo de todos los núcleos antiguos, es el individualismo en la conquista. La fuerza de un pueblo, de una civilización, de una cultura, puesta al servicio de un jefe, hace que éste sea el usufructuario de todos los beneficios, compendiando en sí recursos, poderes y finalidades, hasta el punto de desplazar con su simple presencia o ausencia el foco de irradiación dominadora, que está donde él se detiene, como lo prueba la fundación y la preeminencia inmediata de la ciudad de Alejandría.

Con los romanos aparece después un imperialismo más amplio. César, como veremos en el curso de este rápido estudio, conquista para Roma, de la cual no es más que el primer servidor. Alejandro, por el contrario, conquista para sí. Macedonia, su patria, no saca del esfuerzo ningún auge o beneficio especial. La Grecia entera, que ha determinado el empuje vé con decepción que, como corolario de la victoria, surgen otras ciudades que

arrebatan el cetro a las ya existentes. La grandeza del triunfador podrá dar gloria, pero no ventajas tangibles a su pueblo. Antes bien, éste se debilita porque se desangra. Y no sólo en los campos de batalla. Es él el que irradia sobre las otras naciones, sin que éstas le devuelvan el beneficio en ninguna forma. El héroe no es más que el mandatario de sí mismo. En fin que se propone es extender la órbita en que hace ley su voluntad. Y de tal suerte es privativa del jefe la dominación, que muerto éste se disgrega el imperio y cae Grecia, fundamentalmente debilitada, en un largo sopor doliente que prepara la sumisión al nuevo imperio que surge.

Acaso tuvo Demóstenes en su campaña contra Filipo la intuición de la influencia que debía ejercer sobre Atenas la hegemonía de Macedonia. Quizá adivinó que la unidad griega arrancaría la dirección de los negocios a los hombres de pensamiento para entregarla a los hombres de acción. No es difícil colegir que, por lo menos, entrevió el eclipse de su ciudad y la disminución de la intelectualidad de su patria, envuelta en el remolino de una corriente más vigorosa. Pero todo eso era el egoísmo regional de los atenienses, no la palabra de orden para el porvenir de Grecia.

Por encima de las divisiones y las rivalidades, la política elemental de los helenos tenía que ser de desconfianza contra los grandes imperios orientales. Esparta lo comprende así y desarrolla una acción perspicaz, — que coincide con algunas de las acciones diplomáticas más recientes, — cuando hace alianza con un gobernador persa disidente que quería derrocar a Artajerjes. Los griegos no debían olvidar que las incursiones de Darío habían llegado hasta sus ciudades. Macedonia por su parte, tuvo siempre la visión del peligro oriental, visión que se acentúa con Filipo y tiene su desenlace en Alejandro. En cambio Atenas llega a aliarse a los persas contra Esparta. Claro está que al obrar así defendía su preeminencia, hasta entonces indiscutida en el dadero interior. Pero una cuestión de orden civil no podía hacer olvidar el problema vital. Los estados que alcanzaron un momento la verdadera concepción nacional griega, lucharon siempre con la indisciplina y las ambiciones que fueron la distintiva de aquellas repúblicas. Así se explica que no pudieran contrarrestar más

tarde el peligro que para todas representaba el desarrollo de Roma. La vigilancia de Esparta y Macedonia, que en más de un momento sacudieron la indiferencia de las otras ciudades, logró conjurar el peligro de Oriente. Pero entregada después Grecia sin contralor a los debates ambiciosos, no tuvo tiempo ni voluntad para advertir el peligro de Occidente.

Demóstenes comprendía ciertos aspectos de la situación y traducía su pensamiento en palabras que son de actualidad hoy: "No veo, — decía, — a los Helenos unidos por una amistad común; hasta hay algunos que se fían más de sus enemigos que de sus hermanos". Pero al hablar así se refería más a sus rivales como Esquino que a los reyes de Macedonia, y más a los reyes de Macedonia que al poderío de los persas. Demóstenes no tuvo nunca un patriotismo griego, tuvo un patriotismo ateniense. Sólo así se puede admitir que aceptase el oro oriental para combatir al inquietante Filipo que declaraba: "Sólo estoy en paz con los que me obedecen".

En estas últimas palabras está en germen toda una política que excusa acaso la actitud de Demóstenes, puesto que en el seno mismo de Grecia se hacía sentir una presión imperialista, aunque de origen afín.

Filipo tuvo que acallar, por su parte, la eterna ebullición de las repúblicas helenas antes de poner en práctica los proyectos que la muerte interrumpió y que debía desarrollar su hijo. Para conseguirlo desplegó una habilidad tan sutil, que cuando rememoramos estos hechos lejanos casi nos vemos tentados de identificarlos con acontecimientos actuales.

Cuidadoso siempre de poner de su parte las apariencias de la razón, pero fiel a la divisa de dividir para reinar, juega con Tebas, Tesalia, Fócida y Atenas y las engaña alternativamente, halagando las pasiones locales con su insegura amistad, sembrando odios al dar a una ciudad lo que quitaba a otra, corrompiendo con dádivas a los hombres para determinar el desaliento de los pueblos, hundiendo con ayuda de la calumnias a los que resultaban incorruptibles y llegando a servirse de las pasiones religiosas y a transportar la política al reino espiritual. Cuando los atenienses se oponen a la toma de Amfípolis, promete devolverla después de tomarla y la conserva indefinidamente. Cuando los orita-

nos se quejan de que haya invadido su territorio, les contesta (y nos parece oír declaraciones de los Estados Unidos a propósito de Nicaragua): "Si he enviado mis soldados para que os visiten es porque os estimo; he sabido que la guerra civil os desolaba y el deber de un aliado, de un amigo verdadero es presentarse en estas circunstancias". Todo ello representaba un sistema. Si los múltiples talentos de los habitantes de la Hélade fueron burlados por él, podemos imaginar los resultados que debía dar al ser esgrimido contra pueblos relativamente incultos como los que Alejandro, continuador del ímpetu, debía subyugar después.

El imperialismo griego necesitó, como todos los imperialismos, el auxilio del arte militar, y esta encarnación episódica es la que generalmente se cita en la vana historia que nos enseñan como representación total; pero en realidad las mejores batallas fueron ganadas con el axioma clásico de todas las políticas: "engañar al enemigo y no dejarse engañar por él". Las falanges impetuosas, los generales temerarios, las admirables marchas, los sitios, los asaltos y las victorias, fueron la parte ostensible, teatral, diremos, de la acción; pero es en los resortes interiores, en el conocimiento de las debilidades morales, en la previsión sutil y en la deducción exacta, en el don de la oportunidad y la medida, en la sabia dosificación de la prudencia y la audacia, en la disimulación, el tacto, la rapidez comprensiva, en cualidades diplomáticas, en fin, donde hay que buscar la razón fundamental de los éxitos que entregaron por aquel tiempo a un hombre el cetro del mundo.

El imperialismo griego, trescientos cuarenta años antes de Jesucristo, nos da, repetimos, lecciones aprovechables en la época actual. Al tomar más tarde los Romanos partido en favor de los griegos del sur contra los macedonios, para dominar más fácilmente a aquéllos primero y a éstos después, abren un nuevo ciclo del flagelo. A la ampliación de la tendencia, corresponde, naturalmente, una agravación de los resultados.

Los historiadores distinguen generalmente tres épocas en la historia de Roma: desde 753 hasta 509 antes de Jesucristo, el régimen monárquico; desde 509 hasta 31 antes de Jesucristo, las instituciones republicanas; y desde la fundación del Imperio hasta el año 394 de la era cristiana, la época cesarista. Pero ésta

es una clasificación de política interna y no de fermentación internacional, puesto que deriva de las vicisitudes civiles más que de la influencia que Roma ejerce sobre la humanidad. Si, abandonando la enumeración caduca de los emperadores, nos aplicamos a desentrañar las direcciones colectivas que forman algo así como estaciones (primavera, verano, etc.) dentro de la marcha del gran conjunto, advertimos fácilmente la división lógica: conglomeración, expansión, disolución. En la primera, desde Rómulo hasta Tarquino, la savia se robustece, tratando de romper los moldes en que está encerrada para metamorfosearse, por la acción sobre sí misma, en entidad completa. En la segunda, el afán invasor de todo organismo pletórico se comunica, en contagios sucesivos, — aceptados o resistidos por las otras agrupaciones, — hasta alcanzar su plenitud. Y en la tercera, aparece, en forma de discordia o sibaritismo, la fatiga, que, con ayuda de ambiciosos y retores, envenena la sangre nacional.

La tendencia imperialista se inicia en Roma con las guerras púnicas. El esplendor de Cartago se extendía, desde el golfo de Túnez, por los océanos, hasta las islas Canarias y el mar de Irlanda. Trípoli, Córcega, Cerdeña, una parte de España y de Sicilia le pagaban tributo. Marinos audaces y comerciantes sutiles difundían su influencia material y moral en ondas crecientes. A cubierto de vecinos peligrosos, la ciudad extendía sus tentáculos de oro, sometiendo a los pueblos por la simpatía, el interés o el terror, y absorbiendo la vida floreciente de las costas del Mediterráneo. No era un pueblo de pensadores, ni tenía el elegante idealismo de Grecia; pero esgrimía una maravillosa fuerza de acción que le hacía adelantarse confusamente a nuestras modernas naciones manufactureras o exportadoras, sin que esta distintiva excluyera la tendencia, tan difundida entonces, al epicureísmo, factor esencial de la muerte de toda civilización.

Roma, en la aurora de su fortuna, había dado fin por entonces, con la conquista de Italia, a sus luchas internas. Hinchida de orgullo y de confianza empezaba a presentir que dictaría leyes a todos. El apólogo que Agripa contó a los rebeldes acantonados alrededor de la ciudad, se puede aplicar, más que a la cuestión civil que aquél tenía en vista al formularlo, a la eficacia de las ciudades dominadoras: “Los componentes de un ser humano se

constituyeron una vez en Congreso para hacer oír sus reivindicaciones. Nosotros levantamos las piedras, accionamos las catapultas y proveemos los alimentos sin recibir nada en cambio, — dijeron los brazos. Nosotros sostenemos toda la armazón y la transportamos sin tener premio alguno, — arguyeron las piernas. Yo, — murmuró la cabeza, — sin cobrar salario tengo la responsabilidad de la dirección general. Uno a uno, todos los miembros fueron haciendo insidiosamente el proceso del estómago holgazán que acaparaba los beneficios y para el cual todos se veían en la necesidad de trabajar. El estómago contestó entonces, sonriendo: “suprimidme, y veréis si podéis funcionar sin mí”. La fábula enseñó así que las grandes ciudades que parecen parasitarias pueden ser indispensables: todos trabajan para ellas, pero ellas irradian las palpitations del calor y de vida hasta los límites del organismo que, privado de esa concreción, no podría existir.

En el principio de la Historia encontramos a menudo la guerra entre ciudades, o entre aristocracias en pugna. Son choques de *élites* propulsoras que extienden gradualmente sus dominios y se encuentran con otras, que se van desarrollando también. Así se alza Roma contra Cartago. El choque era tan irremediable como el de dos trenes que van en diferente dirección por la misma vía. Si Roma no hubiera atacado a Cartago, Cartago hubiera atacado a Roma. La dominación universal es la novia trágica que se disputan de tiempo en tiempo a lo largo de las épocas dos eternos rivales encarnados en pueblos diferentes.

El “delenda Cartago” de Catón tiene, dentro del egoísmo superior de los grupos, una justificación póstuma, como lo tuvo el “delendum el Imperio Francés” de William Pitt, como lo puede tener mañana — si despertamos a la luz — el dogma de la solidaridad latinoamericana.

En las guerras púnicas encontramos, en germen, sin los refinamientos modernos, toscos y primitivos aún, pero claros y visibles, los rasgos esenciales del imperialismo. Aníbal rompe la fe de los tratados al atacar a Sagunto. Los habitantes de Messina, hostilizados por los cartagiíneses y defendidos por los romanos, sólo pueden aspirar a la suerte de los pueblos débiles: elegir entre dos dominaciones. Cartago, vencida, abandona al triunfador to-

das las islas y se resigna a pagar un tributo, pero busca compensaciones en España, por donde extiende su áspera dominación, adelantándose al expediente que permitió a la Francia vencida del 70 redondear un imperio argeliano y a la España despojada por los Estados Unidos improvisarse una revancha en Marruecos. En nombre de la libertad, Flaminus empuja a Grecia a la discordia y la domina, arrancándola a la jurisdicción de Macedonia para hacerla en 146 provincia romana. La misma libertad capciosa se extiende al Asia Menor con los mismos fines; y Roma, victoriosa, tiene por límites, al mediodía Arabia y Etiopía, al Oriente el Eúfrates, al norte el Rhin y el Danubio, al occidente el Océano Atlántico. Ha vivido, o vivirá, todas las épocas por que nosotros pasamos o debemos pasar, hasta las luchas sociales, y alcanza con César su encarnación definitiva.

Vencido Pompeyo, muerto Catón, disuelto el Senado, aparece el dominador que traduce el instinto confuso del grupo privilegiado y satisface sus anhelos de orgullo. Inmensas muchedumbres son tributarias de la ciudad relativamente pequeña, que en los mejores cálculos no alcanzaba a sumar millón y medio de habitantes. Bajo la tutela de éstos, para la felicidad de éstos, vive y trabaja el mundo conocido. Pero la sangre de los combates, las flotas hundidas, las ciudades en llamas, los huérfanos abandonados, las cabelleras de mujer que sirvieron en Cartago de cuerdas para los arcos guerreros, los esclavos uncidos al yugo del vencedor, los fugitivos que hostigados por la sed se arrancaban la lengua en las carreteras, las madres que perdían la razón y se arrojaban al mar con el cadáver de sus hijos, la miseria y la peste que diezaban las poblaciones desoladas, los tronos desaparecidos, las nacionalidades barridas de la tierra, todas las lágrimas, todo el dolor de territorios ilimitados y de habitantes innúmeros, no representaba esta vez la desesperación de un pueblo que quiere perdurar. Se hubiera comprendido que la Roma de César conservase obscuramente el pánico de la Roma de Rómulo y tomase sus precauciones para el porvenir. Pero ya no se trataba de un movimiento de defensa. Lo que aparecía en toda su plenitud era el ímpetu de la dominación, la embriaguez de la conquista. La locura imperialista se había desencadenado y Roma cubría con sus ejércitos los conti-

nentes para cumplir, — como las naciones imperialistas de hoy — “la sagrada misión para la cual había surgido”.

Cuando empieza la disolución con Calígula, Claudio, Nerón, Galba y otros epicúreos, éstos se consideran felices usufructuarios de lo que hicieron sus antecesores. El imperio domina la tierra. No asoman pueblos rivales. De Oriente a Occidente, desde las heladas regiones hasta los desiertos africanos, hace ley la voluntad de Roma. ¿Cómo admitir inquietudes? Los hombres creyeron que habían llegado a la cima en que empieza la inmovilidad del mundo. Cunde así la molicie. Surgen los caudillos que adulan a la muchedumbre. Los adoradores del éxito, que acusaban a Cicerón y a Catón de cobardes porque no buscaban la gloria efímera de los tumultos, fueron dueños de la plaza pública. El despotismo militar, el torvo pretorianismo, abrió las puertas al desorden. En menos de un siglo, desfilaron treinta y dos emperadores y veintisiete pretendientes. El vértigo precipitaba la agonía. El pueblo que se había conglomerado al calor de las virtudes nacidas del peligro, se disolvía al conjuro de los vicios engendrados por la hartura, probando que en el orden colectivo como en el orden individual suele ser el dolor y la intemperie lo que aumenta la eficacia combativa de los hombres, así como la molicie y el triunfo inmovilizan a veces su poder creador.

Vemos a menudo que son los pueblos que habitan zonas frías, montañas ásperas o costas azotadas por la tormenta los que, forzando su energía, sacan mejor partido de las circunstancias y van disciplinadamente a la cabeza de la civilización; mientras los grupos que ocupan territorios fértiles y propicios donde la naturaleza ofrece en fuente de oro las riquezas, se abandonan a la inacción y a la discordia. Lo que decimos del clima, podemos decirlo también del estado de alma colectivo. Los pueblos atraviesan moralmente por zonas hostiles o propicias, por temperaturas penosas o agradables que son las épocas de angustia o de prosperidad. Rodeados de peligros, urgidos por necesidades, amenazados por opresiones, parece que, al conjuro de la desgracia, se ponen de pie dentro de sí mismos y se encumbran, hasta dominar la vida; pero acariciados por la victoria, libres de inquietudes, en la embriaguez de la dominación, naciones, ciudades e individuos rara vez se de-

fienden de la misteriosa tendencia que les lleva a inmovilizarse y a declinar.

Así fué entregada, en una regresión brusca, la Roma de los últimos emperadores a esas corrientes renovadoras de la naturaleza que conocemos en la historia bajo el nombre de hordas bárbaras.

Abarcando el panorama general, lo que nos interesa a nosotros como latinoamericanos en esta hora en que nuestro porvenir se halla al azar de todas las contingencias, son los caracteres durables del imperialismo. En los "Comentarios" de César los encontramos admirablemente definidos.

En el choque de César con Ariovista, por ejemplo, ambos recurren, más que al valor intrínseco de las armas, a la eficacia de los factores morales. Ariovisto trata primero de influir sobre el ánimo de César erigiéndose en protector de pueblos; quiere evitar después la batalla porque los sortilegios revelan que no se debe combatir hasta la nueva luna; y cuando acepta el combate, para impedir la huida, encierra a su ejército en un círculo de carros desde los cuales las mujeres y los niños incitan a los guerreros a defenderlos. César, por su parte, empieza por aprovechar las supersticiones del enemigo, que le han sido reveladas por un prisionero, coloca al frente de sus legiones a sus lugartenientes para que siendo testigos del valor de los soldados garanticen las recompensas, y habiendo descubierto que la parte débil del enemigo era el ala izquierda, se pone a la cabeza del ala derecha para confundirlo. Todo esto estaba sujeto a fracasar. Pero el sistema de dividir, había asegurado la victoria, con ayuda de maniobras hábiles que separaron a los habitantes de las provincias. Por la desunión cayeron todos bajo el yugo romano.

En la segunda campaña, César combate contra los Belgas y debe las primeras victorias a su servicio de información. Los aduatuques, vencidos moralmente por la sorpresa de una torre que empujan los guerreros romanos, solicitan la gracia de conservar sus armas "porque siendo los pueblos vecinos, por odio o por envidia, enemigos de ellos, no podrían defenderse después". Prefieren inclinarse ante las armas romanas, antes que aliarse con hombres de su mismo origen a quienes tenían la costumbre de mandar. César les responde que los coloca bajo la protección de

la república, y que todos los enemigos respetaran en ellos a un pueblo sometido a los romanos. Después, César los vende como esclavos, recordando las palabras de Ariovisto: "En todo tiempo los vencedores han tenido el derecho de imponer a los vencidos las condiciones que les placen". Y el efecto de la victoria se extiende hasta el Rhin, consagrando la sumisión de las Galias.

Dice Tácito que todos los sentimientos son ahogados por la ambición de mandar, y César, a lo largo de sus conquistas, accionó ese resorte. En países desgarrados por los odios regionales, roídos por la ambición de los caudillos, nada era más fácil que burlar a todos fingiendo favorecer las intrigas de éste en detrimento de las de aquél, y anular resistencias exasperando los apetitos de los jefes. Francia en Marruecos, Inglaterra en la India y los Estados Unidos en América han seguido en estos últimos años la misma política, probando que el supremo peligro para los pueblos débiles suele residir, más que en la fuerza del enemigo, en la infidencia de los connacionales, en la deserción de una minoría que enlaza sus intereses con los del invasor.

Todo esto, naturalmente, hasta que, haciendo un paréntesis a los ambiciosos, surge un Vercingetorix que va hasta las raíces, de la raza. Así como los emperadores pueden morir sin que muera la tiranía, Vercingetorix cae prisionero sin que se apague el ansia de independencia que había encendido en el alma de su pueblo y que debía dar por resultado, siglos después, la independencia de lo que hoy llamamos Francia.

El imperialismo nace sobre todo de un conjunto de condiciones generales entre las cuales figura en primera línea la capacidad de un pueblo para dominar y su superioridad mental, bélica, política, etc., en el momento en que desarrolla su acción. El imperialismo romano se extiende con las legiones, pero se afianza con los principios y con las nuevas formas de vida que revela a las poblaciones dominadas. Pedir la paz y declararse vencido, es una contingencia de la lucha que deja la puerta abierta a multiformes reacciones. (Alemania). Pero adoptar las costumbres del vencedor y dejarse penetrar por sus procedimientos, por sus sistemas, es entregarse definitivamente. Los pueblos conquistadores vencen, más con el resplandor que con la llama, más con su influencia que con su presencia misma. Así se ex-

plica que los germanos de antes de Jesucristo no pudieran dominar nunca a los belgas. Podían arrollarlos en la batalla, pero no traían razones superiores para captar y encadenar su espíritu.

La fascinación que ejerce un imperialismo sobre bases de autoridad moral y mental es tan profunda, que llega hasta anular los instintos nacionales, haciendo que los vencidos, después de renegar de su patria, se pongan al servicio del vencedor para contribuir a dominar con las armas las últimas resistencias de sus hermanos. Se hacen de la traición un mérito y acaban por identificarse de tal suerte con el amo que se han dado, que consideran incongruente y absurdo oponerse a él. Así nacieron bajo César las legiones de germanos, galos, etc., que combatieron con increíble saña a los hombres de su propia raza y contribuyeron a dominar y a oprimir a sus propias nacionalidades en un vértigo paradójico. Así el Africa de hoy ha sido conquistada en beneficio de los blancos y en detrimento de los negros por los negros mismos. Así se mantiene en Asia la dominación europea. Así dió a la América Latina más de doscientos mil soldados que se batieron durante la guerra grande bajo la bandera de los Estados Unidos y sin ningún beneficio para su región, mientras no hubo uno solo para defender el canal de Panamá en el momento más grave de nuestra historia.

Creyendo que la momentánea superioridad es un hecho definitivo que nada puede cambiar, acatan lo que consideran un fallo de Dios y ponen su combatividad al servicio de los que consideran como tutores obligados. Son los convencidos, son los deslumbrados por la gloria del dominador. Quieren seguir respirando en esa atmósfera aunque sea en calidad de esclavos. El imperialismo romano tuvo el talento de atraer y de captar a los pueblos, poniéndolos al servicio de sus ambiciones, haciendo de ellos un instrumento para subyugar a otros. Se puede decir que conquistó el mundo con sangre extraña, como esos especuladores de aventura que, manipulando arteramente el dinero ajeno, acaban por apoderarse de la fortuna de todos.

César ponía a los vencidos "bajo la protección de la república, inventando el eufemismo diplomático de que se han servido todos los conquistadores hasta nuestros días. Esta protec-

ción no proporcionaba al pueblo sometido más que los beneficios que facilitaban los proyectos del dominador. Les daban a veces la paz con el vecino, porque la paz con el vecino impedía la formación de un núcleo prepotente y afianzaba la sumisión general a la voluntad de Roma. Construían las grandes carreteras, porque las carreteras permitían mover fácilmente los ejércitos y transportar las riquezas universales al tonel sin fondo de la fastuosa metrópoli. En cambio de estos beneficios ilusorios, el pueblo protegido entregaba al invasor sus riquezas, su derecho a gobernarse y su capacidad de pactar libremente con los demás pueblos de la tierra. Era el aniquilamiento o la neutralización de enormes muchedumbres por un grupo exiguo que las usufructuaba, fingiendo favorecerlas.

Queda fuera de duda que indirectamente recibían los pueblos vencidos algo del reflejo de una civilización superior. Esta atenuaba a veces algunas asperezas o lograba modificar parcialmente las costumbres en el sentido de mayor cultura. Pero todo esto es esencialmente relativo. A medida que avanzó el tiempo, los grupos conquistadores evitaron más y más ilustrar o educar a los pueblos sometidos. Su interés residía más bien en mantenerlos en la ignorancia y en la sombra para no despertar en ellos, con la conciencia de su situación, el deseo de modificarla, para no hacerles vislumbrar la posibilidad de transformar su inferioridad en igualdad. En realidad, la cultura que se filtra en los pueblos dominados es la que, a pesar de todas las obstrucciones, trae el azar del trato o del comercio con el vencedor y es por lo tanto degenerada, inconexa, caprichosa en sus caracteres, mudable en sus procedimientos, deformada por la distancia y el clima. Los que, sin desearlo, la importan, no son, generalmente, los elementos más refinados y pensantes del país conquistador, sino el eterno grupo colonial de todas las épocas, formado por funcionarios, aventureros, soldados y traficantes, elemento incómodo y ávido, que, eliminado de la gran ciudad por ejemplares superiores, se ve en la necesidad de buscar ubicación en los confines y es tanto más altanero con los naturales cuanto más bajo es el nivel de que surgió. Estas condiciones, sin centros de cultura superior, sin enseñanza metódica, sin dignidad ciudadana, sin ideas generales, el adelanto moral e intelectual que individual-

mente alcanzan los esclavos o los pueblos sometidos se reduce, como en el orden del adelanto material, a lo que puede ser útil al invasor, facilitando la movilización a bajo precio de los indígenas para la explotación de las riquezas enajenadas o para fines de política, administración y mantenimiento de la misma tiranía romana.

En los momentos de sacrificio — y aquí vemos reflejada en el pasado una visión de las tropas coloniales en la guerra de 1914 — todos los territorios, todas las reservas y todos los hombres forman parte integrante del imperio. En las épocas de triunfo, el imperio se reduce a Roma. Después del incendio, Nerón despacha emisarios hasta los confines para traer el oro que debe permitir la reedificación de la ciudad. Y son las urbes maniatadas, son los reyes vencidos, son las naciones que arrasó la conquista, son los mismos dioses derrotados, huérfanos de sus templos, los que se despojan de las últimas riquezas para reconstruir la cárcel brillante en que agonizan. Triunfan, en cambio, las Legiones, y es solamente para la Roma de César o de Augusto, con abstracción del resto del imperio, que se levantan las termas, los acueductos y los palacios, producto fastuoso del botín mundial.

Así se concreta, en vertiginosa síntesis, la fuerza arrolladora y brutal que, encarnada al principio en un hombre, después en una ciudad, más tarde en una nación, se convierte hoy, ampliando su virulencia, en un imperialismo de raza que, con ayuda de formidables recursos económicos, ha dado a los Estados Unidos una abusiva tutoría sobre nuestro Continente. La América Latina sólo podrá rescatar su porvenir y remediar el daño que le han causado los gobiernos imprevisores adquiriendo una visión amplia y superior de la historia política del mundo. Por eso me ha parecido útil subrayar lo que debemos tener presente cuando se habla del imperialismo de los griegos y de los romanos. De ambos se puede decir lo que Tácito dijo de cierto Cónsul, — y lo que pensamos todos de la influencia anglosajona, — “tenía las máximas de la virtud en los labios, pero no las tenía en el corazón.”

MANUEL UGARTE.

Niza, Agosto de 1930.

COPLAS A ANTONIO MACHADO

I

DE ti, Antonio Machado,
tengo tu libro de versos,
el que tiene tu retrato.

II

Tienes la frente muy ancha
y la boca desabrida
y mal hecha la corbata.

III

Tu firma, una simple raya
con un lacito en el medio
como una olita rizada.

I

ALGUNO, ayer me decía:
lleva la cabeza baja,
va manchado de ceniza.

II

Te veo andando entre riscos
con un libro entre las manos,
y con un poco de frío.

III

*Mirando siempre a los álamos
o al camino, por si están
las florecillas del campo.*

I

SI yo fuera millonario
te daría la mitad,
querido Antonio Machado.

II

*Y si fuera rey de España
te regalaba un castillo
de plata, en el Guadarrama.*

III

*Mas tú vales más que todo,
más que Reyes y Primados,
más que la plata y el oro.*

I

MACHADO, Martín, Mairena...
Tres apellidos distintos
y un solo enorme poeta.

I

PERO el que quiera beber
de bruces, en la corriente,
a tí te habrá de leer.

FERNÁNDEZ MORENO.

DE LA CULTURA COLONIAL AL MODERNISMO (1)

Origen de la raza y cultura hispanoamericanas

LAS Repúblicas americanas de lengua española, desligadas, indiferentes y, a veces, antagónicas entre sí, ¿no constituyen, sin embargo, un solo mundo, unido por la comunidad de la tierra continental, del origen, del idioma, de la tradición, de la cultura? Todas forman parte del territorio más grande, más rico y más original del nuevo continente; territorio que, yendo de la Zona tórrida al Polo, posee todos los climas; que muestra las montañas más altas, los más caudalosos ríos; que tiene las minas más opulentas de metales y piedras ricas; que sustenta una flora maravillosa, con los árboles más hermosos, las más lujosas parásitas, como la ceiba y la orquídea tropicales, la araucaria y el copihue del Sur; que alberga una fauna extraordinaria de mamíferos singulares: el puma, el jaguar, el llama, la vicuña, y de los pájaros más armoniosos y más bellos: el zenzontle y el zorzal músicos, los papagayos gemáticos, el mirífico quetzal, divinizado por los aborígenes, y aquel insólito corequenque, de cuyas plumas el Inca adornaba su diadema. Luego, todos estos pueblos descienden de dos razas igualmente potentes y originales: la española conquistadora y la india autóctona. Sin duda esas razas eran agregados étnicos. Los españoles reunían en sus venas la sangre de los iberos, de los góticos y de esos moros invasores que no eran por cierto inferiores, como lo prueban los alcázares que alzaron, las bibliotecas que tuvieron, los estudios algebráicos y el uso de los tapices que introdujeron o difundieron en Europa. Pero los españoles poseían la unidad de una tradición y de un alma nacional bien caracterizada por el individualismo,

(1) Introducción al libro *Rubén Darío*, que aparecerá próximamente.

el amor de la democracia y la misticidad exaltada. Los indígenas formaban pueblos diferentes, en diverso grado de civilización. Pero todos mostraban rasgos físicos iguales, como el color bronceo y la escasez de vello, y tenían creencias o costumbres semejantes, como el mito de la serpiente emplumada, o la afición al juego de pelota, que encontramos igualmente entre los aztecas, los quichés y los araucanos. Lo cual demuestra ascendencia común, remota, mas no por eso menos efectiva.

Evidentemente, la raza conquistadora representaba una civilización superior. Pero el Nuevo Mundo mostraba vestigios monumentales de civilizaciones anteriores, según se cree hoy, a la de Egipto: la Aymara, que dejara en la altiplanicie boliviana las ruinas formidables de Tihuanacu; la Maya, que sembrara Yucatán y Guatemala de los edificios primitivos más elevados que se conocen. Albergaba además, a la sazón, tres grandes pueblos de cultura avanzada y de riqueza fabulosa: el azteca, el inca, el chibcha. El primero poseía una capital suntuosa, cuyos templos piramidales eran la expresión de una arquitectura y una escultura originalísimas, conocía la astronomía y sabía trabajar con primor los metales ricos y las piedras preciosas; en tanto que el segundo realizaba un comunismo de Estado perfecto, tenía ciudades magníficas, templos suntuosos, como el del Cuzco, considerado entonces el más rico del mundo, practicaba una agricultura metódica y sabía igualmente laborar el oro, la plata y las pedrerías. Al visitar tales países, los conquistadores pensaban hallarse en lugares de encantamiento; jamás pueblo alguno había conseguido, como aquéllos, trabajar y acumular tanto oro y tanta riqueza. Los otros pueblos indígenas, en su mayoría, no eran realmente salvajes. Su mitología, su agricultura, sus industrias, particularmente la alfarería, demostraban una semi-civilización. Así los araucos, los guaraníes, los diaguitas. Además, todos estos pueblos tenían una literatura, más o menos fijada en Méjico y en el Perú (por la escritura jeroglífica en aquél, por los quipues en éste), oral en los demás, literatura que comprendía la poesía heroica y lírica, la oratoria, la crónica y aun, entre los incas, la dramática. Poseían todavía música y danzas, tan características como singulares. Pero tenían aún modalidades artísticas sin precedentes, que los diferenciaban de los

pueblos del viejo mundo. Los aztecas forjaban, en metales preciosos, animales y aves, a los cuales daban movimientos; los incas ornaban sus vergeles con árboles y plantas de oro y plata, superando el mito griego del jardín de las Hespérides, y casi todos usaban las plumas de las bellas aves en tejidos y tiaras, con los cuales se adornaban. Moctezuma, que tenía una casa fantástica de pájaros prismáticos, estimaba la pluma hermosa más que el oro. Este ornato desconocido pasó en seguida a Europa, y, después de engalanar el casco de los paladines, el birrete de los reyes, el chapeo de los caballeros, subsiste aún en el tocado de las damas. Puede decirse, pues, que el símbolo de aquel mundo tan rico en aves preciosas era el ala. El ala que sugirió a mayas y aztecas su formidable arquitectura vertical, que dió a los incas la idea de sus caminos y sus correos, superiores a los de la Europa coetánea, e inspiró a todos su música monótona y quejumbrosa que, como el gorjeo, busca el cielo. Eran los Pueblos del Ala. Verdad que los aztecas tenían la costumbre atroz de los sacrificios humanos. Pero las naciones conquistadoras, así las católicas como las protestantes, ¿no sacrificaban también a los hombres (a los herejes y aún a los sabios) en la hoguera de su justicia fanática? La crueldad era aún ley del mundo.

Los españoles consumaron la conquista de manera ruda y bárbara, pero, contrariamente a los ingleses que extirpaban al indio, no desdeñaban el mezclarse con la población autóctona. Empujados por su espíritu democrático, triunfador del feudalismo, los capitanes tomaban por mujeres a las princesas indias, los soldados a las mejores doncellas. Y de tal connubio nació una raza nueva, en la cual la rudeza del indígena se pulía con la cultura del europeo, y la altivez del español se suavizaba con la melancolía del hombre que amaba los pájaros. Los negros africanos, que el conquistador introdujo luego para ayudarse en la explotación minera, pusieron en tal mezcla otro elemento, bien que no en todas partes en igual proporción, pues mientras aquellos abundaban en la zona tórrida, en el Sur eran escasos. Además, los españoles no sólo se apropiaban de la tierra, como los ingleses en el Norte, sino que también cristianizaban, esto es, civilizaban. Por todas partes los misioneros alzaban iglesias, abrían escuelas y se constituían en protectores del indígena; el gran

Fray Bartolomé de Las Casas no fué el único en reclamar su libertad.

La cultura española en sus diversas formas se desarrolló, pues, a través de todo el continente, en tiempo asombrosamente breve, si se considera la enormidad de las distancias y la hostilidad de la naturaleza virgen. En el siglo xvii, esto es, cuando en la América inglesa no había más que villorrios con capillas y escuelas elementales, en casi todos los países, desde el virreinato de Méjico hasta el del Perú, había ciudades populosas, donde se alzaban catedrales espléndidas y grandes Universidades, y en todas partes se practicaban las artes, se desarrollaban las industrias, se cultivaban las letras, se estudiaban el latín y las lenguas indígenas.

Empero, este florecimiento no era solamente obra de la raza conquistadora. Criollos e indígenas colaboraban también eficazmente. Si el español, en su codicia y fanatismo, había rebajado al aborigen, acaparando su riqueza y sometiéndolo a la esclavitud, le había dado también al iniciarle en su civilización, los medios de prolongar su espíritu. Así, en Méjico los indios fijan en códices sus tradiciones, y casi en todos los países ayudan al conquistador en sus diversas labores. El arte y, en general, la cultura de España, influídos por el alma indígena, a la vez que por el medio nuevo y magnífico, sufrieron, pues, ciertas modificaciones. La arquitectura barroca y churrigueresca se enriqueció aun de ornamentos extraños, y, en Méjico, se revistió de azulejos maravillosos; la escultura mística y ascética asumió un realismo violento y, a veces, una fantasía ingenua que se placía en dar movimiento a las imágenes y en hacer llorar las Do'lorosas; la pintura, renacentista por la composición, primitiva por el empleo del oro, mezcló a la representación hagiográfica, la flora y la fauna locales. La platería, el tejido, la joyería y aun la ebanistería, tomaron inspiraciones de las artes indígenas, reproduciendo o creando prendas u objetos singulares, como el poncho y el curioso vaso para la infusión de la hierba mate. La religión misma aceptó la poderosa influencia, introduciendo en las pompas del culto la música o las danzas autóctonas. El idioma sufrió también ciertas modificaciones, adoptando algunas voces indígenas y el peculiar diminutivo del criollo, al mismo tiempo que los vulgarismos de

la soldadesca dominadora (la confusión de la *ll* con la *y*, la suplantación del *vosotros* por el *ustedes*, la diptongación de ciertos hiatos, el voseo, etc.). Conservó, sin embargo, a través de todo el continente, una unidad que no tenía en España, donde otras lenguas o dialectos le disputaban la supremacía.

Las letras siguieron, naturalmente, la tradición española, pues las literaturas indígenas, populares y orales, no podían constituir verdaderos modelos. Pero el medio y las circunstancias impusieron a sus cultivadores sus sugerencias especiales. En el primer período de la conquista, ciertos capitanes o monjes, refirieron o contaron los formidables acontecimientos de que eran actores o testigos. Bernal Díaz del Castillo (n. hacia 1492) describe, en su *Historia de la Conquista de Nueva España*, la dominación de Méjico y los esplendores del imperio azteca; Alonso de Ercilla (1533-1596) canta, en *La Araucana*, la áspera lucha con los bravos indios chilenos; al mismo tiempo que algunos misioneros hacen la crónica de las campañas, describen las costumbres de los aborígenes o estudian sus lenguas. Luego, muchos poetas o rimadores, como el español Juan de Castellanos (n. en 1522) en sus *Elegías de Varones ilustres de Indias*, los chilenos Pedro de Oña (n. en 1576) en *Arauco Domado*, Hernando Alvarez de Toledo (1550-1633) en *Purén Indómito*, el extremeño Martín del Barco Centenera (1535-1602) en su *Argentina...*, continúan la epopeya de la conquista, en tanto que numerosos cronistas, como el inca Garcilaso de la Vega (1541-1615) en sus famosos *Comentarios Reales*, el chileno Fray Alonso de Ovalle (1600-1651), en su *Histórica relación del Reino de Chile*, prosiguen la narración de los sucesos bélicos o la pintura de las cosas del nuevo mundo. Estos escritores pertenecen, sin duda, a la literatura española; pero como algunos eran criollos y todos se ocupaban de acontecimientos que tenían por campo el nuevo continente, pueden también ser considerados como los *autores primitivos* de las letras hispano-americanas, y su obra como la epopeya heroica de esas letras.

En los siglos de la Colonia, la vida se modificó y, con ella, el carácter de las poblaciones. La paz y el despotismo organizado, que sucedieron a la lucha y la violencia, aflojaron los espíritus, haciéndolos caer a menudo en la incuria y la mollicie. Sin

embargo, todas las actividades sociales, particularmente las artes y las letras, siguieron desarrollándose, estimuladas por la enorme riqueza que daban las minas y el cultivo de la tierra. Las capitales de los virreinos se tornaron ciudades importantes, en que había una corte fastuosa y una vida rutinaria, pero espléndida, que alegraban de tiempo en tiempo las fiestas civiles o religiosas con sus pompas fantásticas. En Méjico y en Quito prosperan escuelas de pintura y escultura, que extienden su influencia a los otros países, y cuyos representantes crean obras realmente bellas o al menos curiosas. Así, por ejemplo, el mejicano José Juárez, autor del famoso lienzo de *San Justo y San Pastor*, el quiteño Miguel de Santiago (m. en 1673) que pintó un notable *Cristo en la agonía*, para lo cual, según la tradición, llegaría al exceso de sacrificar a su modelo. En las grandes ciudades los plateros ocupaban calles especiales, en que exhibían trabajos primorosos. Los de Méjico hicieron en 1625 un papagayo de oro, plata y pedrería que fué estimado en 15.000 ducados.

Entre tanto, las letras que, siguiendo el gusto imperante en la Metrópoli, adoptaran la modalidad culterana y, en particular, la poesía que se tornara cortesana y conceptuosa, eran cultivadas en todas partes con entusiasmo. Entre sus numerosos representantes, por lo común simples imitadores, se destacaron algunos poetas o prosistas singulares, o siquiera interesantes. Así la religiosa mejicana Juana Inés de la Cruz (1651-1695), considerada como uno de los más altos líricos de la lengua; el gran dramaturgo, mejicano también, Juan Ruiz de Alarcón (1581-1639); el colombiano Hernando Domínguez Camargo (m. en 1656), que logró curiosos romances; el peruano Juan de Espinosa y Medrano (1629-1688), el autor de un *Apologético... de las Soledades*, que Menéndez y Pelayo calificara de "perla caída en el muladar de la poética culterana" (1), y otro peruano, Juan de Valle y Caviedes (m. en 1692) iniciador de la poesía festiva, característica de Lima. Reveláronse, al mismo tiempo, muchos cronistas y autores religiosos, y, posteriormente, dos cultivadores eminentes de las ciencias físicas y naturales: el jesuíta chileno Juan Ignacio Molina (1740-1826), autor de la famosa *Historia Natural*

(1) *Antología de Poetas Hispano-americanos*, tomo III.

y *Civil de Chile*, y el colombiano Francisco José de Caldas (1770-1816), que dirigió el primer observatorio astronómico americano.

Empero, al mismo tiempo que las letras cultas, habían penetrado en América la literatura popular y, en general, el folklore de España, traídos por la soldadesca de la conquista, y en estas expresiones del alma metropolitana la influencia del medio y del espíritu indígena se impusieron poderosamente. El romance interpreta acontecimientos locales, las consejas y aun los cuentos populares se adaptan al nuevo ambiente (el diablo ¿no viste en ellos poncho?), las coplas se ajustan a las melodías autóctonas, como el yaraví quéchua; en tanto que las creencias supersticiosas se combinan con la mitología indígena, originando todo un folklore de supersticiones curiosas o mitos originales, como el bicho luminoso, que custodiaba los tesoros, o las Ciudades del Oro (el Dorado o los Césares), que provocaban continuamente expediciones alucinadas. En la música y, sobre todo, en las danzas, el elemento negro impuso también su influencia. Entre los mulatos nació, en Lima, la zamacueca (zamba clueca), y en Colombia, el bambuco.

La época colonial, tan denigrada, fué, pues, un período de espíritu religioso y de arte, de leyenda y de creación hasta cierto punto vernácula, por todo lo cual corresponde a la Edad Media de los pueblos europeos. Desgraciadamente, esta fecunda época no ha sido aún bien estudiada. Los historiadores han comentado sus acontecimientos con la rigidez o la ironía de la incomprensión, y los críticos, aún Menéndez y Pelayo, han considerado su literatura de manera superficial y con no pocos prejuicios. Esta literatura no es, por cierto, más que una rama de las letras españolas, pero muestra ya ciertos rasgos característicos. El gusto ínmoderado del preciosismo, por ejemplo, ¿no corresponde a la fantasía indígena que exornaba y policromaba aún la complicada arquitectura churrigueresca? Además, como los autores eran criollos, esta literatura puede también ser considerada como la segunda etapa de las letras hispano-americanas, y sus representantes como *nuestros escritores medioevales*.

Influencias extranjeras y renacimiento nacional

Así un mundo nuevo, en parte europeo, en parte indígena, se constituía con admirable unidad, a través de todo el continente. Una sociedad que, si no aparecía ya puramente española, era latina por las mismas razones que España: por la cultura de base antigua y por el catolicismo, verdaderos factores de la latinidad. En el siglo XVIII ese mundo mostraba, más o menos por todas partes, manifestaciones de verdadera importancia y caracteres asaz definidos. Las ciudades principales, en que había grandes centros de enseñanza, bibliotecas, teatros, imprenta, periódicos, albergaban un movimiento intelectual y artístico considerable y singular, a la vez que una vida culta, en las clases altas fastuosa, bastante característica. Los viajeros europeos ilustres, que visitaron entonces esos países, están de acuerdo en ponderar la fineza y vivacidad del espíritu criollo, la importancia de algunas Universidades donde había cátedras de lenguas indígenas, el esplendor de las iglesias y de ciertos monumentos, la singularidad de las costumbres y del culto religioso.

Sin duda, el absolutismo del Gobierno, que cerraba la puerta al comercio extranjero y no permitía la introducción de toda clase de libros; el fanatismo de la Inquisición, que perseguía la libertad del pensamiento; la estrechez de la enseñanza jesuítica, que no salía del empirismo y del clasicismo, habían limitado el desenvolvimiento de las nuevas sociedades. Pero esa misma rigidez, ¿no había contribuido a dar cierta unidad a la raza y cierto sello a la cultura? Luego, todo eso no era tan estricto como se cree, particularmente después de la expulsión de los jesuitas. Los hombres que, en el alba del siglo XIX, se alzaron por todas partes en anhelos de libertad, con simultaneidad que demuestra la unidad espiritual de aquel mundo, se habían formado en las Universidades acatadoras celosas de la ley, y muchos habían podido leer a los enciclopedistas franceses, sin salir de sus países. Esos hombres fueron los primeros representantes del vigor de aquel mundo nuevo, y uno de ellos, Bolívar, la encarnación de su posibilidad suprema: el genio. ¿Cómo es posible, pues, que los americanos de hoy pretendan disculpar sus errores, atribuyéndolos a tantas étnicas?

La revolución de la Independencia dió a la América española, con la soberanía, la posibilidad de tornarse un gran pueblo. No produjo en seguida, sin embargo, los buenos resultados que era lícito esperar. Aprovechando una ocasión imprevista, la emancipación había sido realizada prematuramente. Aquel mundo, de cultura en formación, no estaba preparado para la vida soberana y libre. La idea salvadora de Bolívar: la confederación continental, no pudo realizarse, y el espíritu de la raza perdió su vasto imperio. La constitución de las diversas regiones en estados desligados entre sí, quitó al Nuevo Mundo la unidad y la cohesión que aseguraban su homogeneidad y su fuerza; en tanto que las nuevas ideas, tomadas de los enciclopedistas franceses o de los tratadistas angloamericanos, desviaron hasta cierto punto la cultura de su cauce tradicional, y que la libertad de comercio, con la consiguiente invasión de las manufacturas europeas, perjudicó el desarrollo de las artes vernáculas. Entonces empezó un período de desorientación, de anarquía, de caudillismo, que durante largos años debía contrarrestar el natural engrandecimiento de las jóvenes Repúblicas. Empero, este desorden y esta descomposición no eran profundos. La lengua, la religión y la tradición ya vigorosa, mantenían la unidad y conservaban el carácter de aquel mundo en conmoción.

A pesar de todo, la literatura continuaba ciñéndose a las normas y al gusto de la antigua Metrópoli, a la vez que avanzando en su natural desenvolvimiento. Verdad que, durante los años de la revolución, los escritores son escasos y no producen más que trabajos de índole política, inspirados por las circunstancias. Pero luego aparecen, casi en todos los países, no pocos poetas o prosistas, algunos de los cuales verdaderamente notables; así el humanista Andrés Bello (1780-1865), venezolano residente en Chile, que sobresale en los estudios gramaticales y legales, en la crítica y la poesía; los poetas José Joaquín Olmedo (1780-1847), ecuatoriano, que canta con elevado acento la victoria de Bolívar, José M. Heredia (1803-1839), cubano, que celebra la naturaleza americana, José Eusebio Caro (1817-1852), colombiano, que logra una obra considerable. Todos se ajustaban más o menos al neoclasicismo imperante a la sazón en España, inspirándose en Lista, Moratín, Quintana, y en los maestros del si-

glo de oro o en ciertos autores antiguos como Virgilio; las influencias francesas o inglesas se circunscribían en ellos al dominio de las ideas políticas. Sin embargo, estos escritores que colaboraban en la formación de las nuevas naciones, que reflejaban el ambiente de libertad y de inquietud, se diferencian bastante de los autores españoles de la época. Ellos son, en realidad, los *clásicos* de las letras hispanoamericanas.

Al mismo tiempo, la poesía y la música populares, y, en general, todas las formas del folklore, seguían manifestándose y entusiasmado a la colectividad, en tanto que las artes o industrias vernáculas: la platería, el tejido, la alfarería, etc., continuaban suministrando al pueblo sus alhajas, sus vasijas, sus bayetas, sus ponchos, su complicado y lujoso arreo para el caballo. En cuanto a la arquitectura, seguía construyendo en torno del patio y al amparo del corredor tradicionales. Aunque políticamente emancipada, la América perpetuaba, pues, la herencia española, y, bien que se iniciaba ya en el progreso europeo, no olvidaba la tradición criolla.

A mediados del siglo XIX el romanticismo europeo, que había penetrado varios años antes, extendió su influencia sobre las letras de todas las jóvenes Repúblicas. El sentimiento de la naturaleza, el espíritu de libertad, la inclinación a la melancolía que caracterizaban tal movimiento, encontraron terreno propicio en esos países de belleza natural estupenda, que acababan de realizar la proeza de su independencia y que prolongaban la tristeza del alma indígena. Por todas partes se revelaron, pues, poetas elocuentes o fervorosos, cantores de la naturaleza y la libertad o intérpretes de su propio corazón atormentado: en la Argentina, Esteban Echeverría (1805-1851), que fué el primer representante de la nueva modalidad; José Mármol (1818-1871), imprecador del tirano Rosas; Olegario Andrade (1841-1882); en Cuba, Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873); Juan Clemente Zenea (1832-1853); en Colombia, Julio Arboleda (1817-1861), Rafael Pombo (1833-1912); en Méjico, Ignacio Rodríguez Galván (1816-1842), Ignacio Altamirano (1834-1893), Manuel Acuña (1849-1873); en Uruguay, Juan Carlos Gómez (1820-1884), Alejandro Magariños Cervantes (1825-1893); en Venezuela, Abigail Lozano (1821-1871); en Chile, José Antonio Soffia

(1843-1884) etcétera. Manifestáronse al mismo tiempo, en diversas Repúblicas, novelistas llenos de pasión y del amor de la tierra, como el colombiano Jorge Isaac (1837-1895), que escribió una narración idílica, *María*, cuyo frescor dura aún, el ecuatoriano Juan León Mera (1832-1894), el chileno Alberto Blest Gana (1830-1920); historiadores o publicistas, fogosos propagadores de las doctrinas liberales, como los argentinos Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), incorrecto pero de visión genial, y Juan Bautista Alberdi (1810-1884), el ecuatoriano Juan Montalvo (1833-1889), vigoroso y atildado, los chilenos José Victorio Lastarria (1817-1888) y Francisco Bilbao (1823-1864), y el mejicano Ignacio Ramírez (1818-1879).

Sin duda esos poetas mostraban más elocuencia descabellada que verdadero lirismo, estos prosistas hacían ver más reminiscencias de lecturas que ideas o inspiraciones propias; pero todos denotaban la fantasía o el vigor característicos de la nueva raza, y a algunos, como Sarmiento, Montalvo, Isaac, Zenea, afirmarían personalidades vigorosas. Los poetas se inspiraban en Espronceda, Zorrilla, Bécquer, al mismo tiempo que en Hugo, Byron o Leopardi; los prosadores seguían a Lamartine, Comte, Edgard Quinet, a la vez que a Mariano José de Larra y a los maestros del siglo de oro. Todos, sin embargo, mostraban un gusto por las cosas de la tierra o una atención por los problemas locales, que los hicieron concebir el feliz designio de nacionalizar la literatura. Ellos son los *románticos* de las letras americanas.

El gusto del romanticismo por la vida primitiva y las épocas legendarias indujo entonces a ciertos escritores a inspirarse en el pasado indígena o colonial, en tanto que el auge que alcanzaba, en España, la literatura de costumbres cultivada por Larra y Mesonero Romanos, llevó a muchos a ocuparse de las formas características y pintorescas de la vida americana. Magariños Cervantes en *Caramurú* y *Celiar*, Juan León Mera en *Cumandá*, Juan Zorrilla de San Martín (n. en 1855) en su poema *Tabaré*. Escriben obras de inspiración indígena; al mismo tiempo que los colombianos Eugenio Díaz (1804-1865) en *Manuela*, y Tomás Carrasquilla (1827-1894) en *El Abrazo*, A. Blest Gana en *Martín Rivas*, *El Ideal de un calavera*, etc., Ricardo Palma (1833-1919) en *Tradiciones peruanas*, escriben novelas o narraciones

históricas o de costumbres, algunas de las cuales adquieren gran boga en todo el continente.

Entre tanto, la poesía popular acentuaba por todas partes su carácter autóctono, ya interpretando en el romance los acontecimientos locales, ya modulando en la redondilla o la décima la melancolía o la malicia del alma criolla. En los países del Sur, Argentina, Uruguay, Chile, esta poesía florece en la característica forma de la *paya* o *payada*, especie de justa lírica entre dos improvisadores rústicos: *payadores*. Luego, aliada al costumbrismo, la vena popular origina, en el Río de la Plata, el género semiculto denominado *gauchesco*, representado por los argentinos Hilario Ascasubi, Estanislao del Campo y, sobre todo, José Hernández (1834-1886), que lo ilustra con un poema, *Martín Fierro*, en el cual sus compatriotas reconocerán una epopeya nacional. Por cierto esta bisoña literatura vernácula, culto o semiculta, no pasó a veces de la improvisación y cayó a menudo en la vulgaridad. Ella es, sin embargo, *la primera expresión genuina* de las letras hispanoamericanas.

Las nuevas tendencias habían sido, pues, fecundas, y sus representantes habían cumplido labor meritoria, y en todo caso, bien inspirada. No obstante, el romanticismo no había hecho más que modificar la actitud sentimental o ideológica, sin influir sensiblemente en las formas: la alocución, la composición, el verso, y la literatura de costumbres se habían limitado a pintar la exterioridad pintoresca, sin interpretar hondamente el alma de la raza. Tales corrientes no lograron, pues, dotar a las letras hispanoamericanas de un espíritu, de un carácter ni, menos aún, de un estilo propios, capaces de diferenciarlas fundamentalmente, de tornarlas autónomas. Pero dieron origen a la interpretación del ambiente del Nuevo Mundo e inflamaron la curiosidad por las modernas literaturas extranjeras. Juan Clemente Zenea tradujo a Leopardi, y el venezolano Pérez Bonalde (1846-1893), vertió por primera vez en español, *Buch der Lieder*, de Heine.

Las jóvenes Repúblicas, que veían entonces decrecer la plaza de la tiranía y las revoluciones, reasumían el proceso de su desarrollo y engrandecimiento. Chile, que excepcionalmente se había formado en la paz gracias a las condiciones del territorio que obligaban al hombre al esfuerzo por la vida, albergaba una

prosperidad que aumentaba día a día; la Argentina y el Uruguay, reforzados por la inmigración europea, se desenvolvían prodigiosamente, en tanto que Méjico, bajo un régimen dictatorial, pero en cierto sentido inteligente, veía florecer la acción y la riqueza. El período industrial se iniciaba con sus ventajas y sus perjuicios. La cultura moderna se imponía con sus beneficios y sus limitaciones. El utilitarismo suplanta los antiguos valores espirituales, instaurando el despotismo de la plutocracia; en tanto que el positivismo, adueñado de la enseñanza, combate la tradición en su más firme representante: el catolicismo. De ahí nacen dos vicios fatales: la ansiedad de riqueza, que provoca la relajación de las costumbres, y el descastamiento, que origina el olvido de la solidaridad continental. Pueblos en los cuales la tierra sobra y los hombres se querellan por cuestiones de fronteras, yendo algunos al extremo de despedazarse en guerras fratricidas. Y esto en momentos en que un terrible peligro gravitaba ya sobre el continente: el imperialismo de los Estados Unidos que había desmembrado a Méjico e impuesto a todas las Repúblicas una ley aviesa, que no serviría más que sus propios planes: la doctrina Monroe.

El alba del modernismo

Hacia 1880 la desorientación era general y aguda. En nombre del Progreso, ídolo a quien rendían culto no sólo los liberales, sino también los católicos, se demolían los monumentos coloniales, se refaccionaban bárbaramente las viejas iglesias, se tiraban las bellas cosas de antaño. En aras del patriotismo local se negaba la unidad y aun la existencia de la raza hispanoamericana, que con tan admirable concierto y solidaridad, realizara el prodigio de la independencia. No obstante, la raza permanecía inalterable: sus elementos primordiales eran los mismos, pues a medida que la inmigración europea aportaba contingentes blancos, los indios o los gauchos que se civilizaban agregaban factores indígenas. Solamente el elemento negro, que persistía en el trópico y se extinguía en el Sur, marcaba cierta diferencia, aunque menos que la existente entre algunas regiones de las viejas naciones europeas. Empero nadie comprendía que la solida-

ridad continental era indispensable para poder resistir a la voracidad de las grandes potencias imperialistas, y ¿quién se daba cuenta de que *el progreso y la tradición pueden y deben acordarse* en todo pueblo que merezca este nombre? El ideal en las naciones, como en los individuos, no es, por cierto, únicamente el hacerse ricas y poderosas, sino además y sobre todo, el *afirmar una personalidad* que les permita un cabal florecimiento y les dé la cohesión y la fuerza indispensables para sobrellevar las pruebas de la rivalidad internacional.

En medio de este descastamiento, las letras, a pesar de sus alardes de independencia, permanecían aun, por razón de la comunidad del idioma, vinculadas a la literatura española. Pero esta literatura, que en el siglo XVII había dado la norma a la Europa, no conseguía sacudir su decadencia y no podía ofrecer ya a las jóvenes Repúblicas modelos correspondientes a su inquietud y a sus aspiraciones. La fogosidad del romanticismo no había conseguido reavivar en ella la antigua llama. Poetas y prosistas continuaban, por lo general, adheridos a la letra, que no al espíritu de los maestros de antaño, repitiendo los clisés gastados, perpetuando la retórica caduca: la elocución vanamente pomposa, la composición entrabada de convencionalismos, el verso isócrono y elocuente. Esterilizábase así en el círculo vicioso de las repeticiones, sin tomar ejemplo, sin darse cuenta siquiera del gran movimiento renovador que se iniciaba en las principales naciones europeas, particularmente en Francia, y que debía modificar el aspecto del arte literario. Verdad que en la prosa se insinuaba ya, con las primeras obras de Valera, Pérez Galdós, Pereda, una corriente de realismo vigoroso, que debía regenerarla. Pero en la poesía no se avistaba ni un albor. Los nuevos poetas, Campoamor, Núñez de Arce, Bartrina, aportaban mucho menos que Bécquer. Así, pues, los escritores de América, que seguían más o menos a los autores españoles, y particularmente los poetas que imitaban al lírico de las *Rimas*, prolongaban un retoricismo insubstancial o un romanticismo lloriqueador, que no podían ya encender los entusiasmos de ayer. El hombre americano, removido desde la revolución por tan diversas corrientes de ideas, y que, como producto de varias razas, poseía una sensibilidad más viva que la del progenitor español, y tenía ya su espíritu crítico

agudizado, necesitaba actitudes más sinceras, modalidades más amplias, adecuadas a su complejidad y a su ansiedad de cultura.

Dejando de lado a los autores españoles que no tenían ya gran cosa que sugerirles, ciertos poetas jóvenes se volvieron entonces hacia los nuevos escritores franceses, e, impregnándose, no sólo de su sensibilidad y sus ideas como lo hiciera la generación anterior con respecto de los románticos, sino también de sus procedimientos, lograron aportar a las letras un soplo de novedad, una chispa de fuego creador. Y bien que obrando aisladamente, sin conciencia ni programa, consiguieron determinar, por pura virtud de la oportunidad, todo un movimiento de reacción contra la retórica caduca y el romanticismo falso, en anhelos informu- lados pero evidentes de sinceridad; de renovación, de afirmación de la personalidad. El primero de estos iniciadores fué el mejicano Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895). Educado en el culto de la tradición literaria y religiosa, comenzó, niño aún, por escribir poemas en que se revelaba ya lírico auténtico, pero en que reflejaba también los maestros españoles de antaño y hoga- ño. Mas luego, habiendo descubierto a los modernos poetas fran- ceses, lee con fervor a Musset, Gautier, Banville, Coppée, Men- dèz, y pone en su abundante producción: versos, cuentos, cróni- cas, un brillo singular, una gracia afinada, una elegancia moder- na insólitas en las letras del instante. Elegíaco y místico por tem- peramento, romántico si se quiere, mas no a la manera de sus predecesores, canta la caída de las ilusiones, repite la eterna pre- gunta de Segismundo, dice la tristeza del vivir y la dulzura de la renunciación, con acento nuevo y en forma delicadísima (“Tristísima Nox”, “Castigadas”, “Monólogo del incrédulo”, “Las almas huérfanas”, “Después”). Pero también visual, volup- tuoso, humorístico, como sus maestros parisienses, rinde culto al amor mundano, a la frivolidad, a la fantasía (“Primera pági- na”, “De blanco”, “Tres Amantes”, “Para el corpiño” “La misa de los flores”), o ensalza la galantería y la vida elegante (“Pró- logo”, “La Duquesa Job”, “Para un menú”, “La Muñeca”), con arte y espontaneidad encantadoras, logrando introducir en el ver- so las cosas humildes, cotidianas, o los detalles refinados de las costumbres modernas. La elocución convencional, la lengua gas- tada, el verso anemiado de los rimadores coetáneos, toma en sus

creaciones, como por encantamiento, pureza de cristal, esplendores de pedrerías, palpitación de carne voluptuosa. Y todo ello con la más clara sinceridad y dentro de la más pura corrección. Este innovador, que era un poeta personal, respetó la lengua y no se contaminó de esa objetividad impasible que proclamaban sus maestros parnasianos; en sus poemas más frívolos hay un perfume sentimental, suave pero penetrante.

Un cubano, José Martí (1853-1895), aunque también poeta, desplegó sobre todo su acción renovadora en la prosa. Ideólogo, animador nacional, jefe de las aspiraciones nacionalistas de su país, hizo continuamente, entre los azares de una vida errante y breve, labor múltiple de periodista, tribuno y poeta. Muy culto, conocedor de la literatura española a la vez que de las letras extranjeras, hasta el punto de escribir en inglés, derramó en sus trabajos, con muchas ideas nuevas y fecundas, raudales de observación personal, de sensaciones modernas, con gusto y fugacidad incomparables. Dió así a la prosa una nitidez, un color observado y una flexibilidad muy raras en el momento. Si su estilo se conforma en general a la amplitud y la reciedumbre tradicionales, muestra también (particularmente en sus cuentos para la infancia, como esa deliciosa "Muñeca negra"), una riqueza de matices y una limpieza de convencionalismos que lo hacen a veces modelo de escritura moderna. Como poeta manifiesta emoción intensa en forma singularísima, que une al sabor de la poesía popular, la elegancia de la lírica moderna. Sus *Versos Sencillos* revisten así aspecto inconfundible entre la producción coetánea ("La Niña de Guatemala", "Los zapatitos de Rosa", etc.). Pero estos poemas, que aparecieron en 1891, en edición limitada, no pudieron ejercer la influencia de la labor en prosa del autor. Menos aún su segunda colección, *Versos Libres*, que permaneció inédita hasta 1910.

Otro cubano, Julián del Casal (1863-1893), aunque fiel aun a los maestros españoles, manifiesta en su primer libro, *Hojas al viento*, una rara fineza de expresión y un anhelo de novedad que lo induce a suspirar por los países exóticos, las gentes desconocidas ("Nostalgias"). Verdad que este libro apareció en 1890, cuando el nuevo movimiento estaba ya definido, pero muchos de sus poemas fueron publicados en revistas anteriormente. Las colecciones más importantes de Casal: *Nieve*, *Bustos y Rimas*, apa-

recieron más tarde aún, en 1892 y 1893, respectivamente, pero en ellas interpreta el pensamiento torturado, la sensibilidad exagerada y el gusto por los refinamientos del hombre moderno, como nadie lo hiciera todavía (“Neurosis”, “Páginas de vida”, “Nihilismo”), contribuyendo así poderosamente a orientar, o siquiera a enriquecer, aquel movimiento,

Salvador Díaz Mirón, mejicano (1853-1928), se inspiraba en Víctor Hugo, mas no tan sólo en el vate grandilocuente, sino además en el imaginista magnífico y en el cincelador del verso que dió la pauta al Parnaso contemporáneo. Potente, verboso, pero también fino y artista, publica poemas de un esplendor verbal, de una riqueza de imágenes y de un acento personal extraordinarios, la mayor parte fogosos y elocuentes (“Gloria”, “Sursum”, “A Víctor Hugo”), mas algunos también simplemente delicados (“A unos ojos”). Bien que su colección famosa *Poesías*, apareciera en 1895, casi todos estos poemas habían sido publicados mucho antes, de manera que Rubén Darío pudo saludar al poeta, en su soneto triunfal, como a un joven maestro, en 1890 (1).

El colombiano José Asunción Silva (1861-1896), aunque muy influido por Bécquer, empezó también en este tiempo a manifestarse en composiciones de una suavidad y una emotividad que denotaban cierto conocimiento de la poesía inglesa. Su obra verdaderamente personal, prodíjola algo después, pero desde sus comienzos aportó un lirismo de pureza extraordinaria, intérprete de los recuerdos de la infancia, de la tristeza de los sueños frustrados, del enigma de la vida, lirismo que culminaría en (“Crepúsculo” y los nocturnos de “Mignigth dreams”, “...?...””. Posteriormente, aportó además una forma nueva, que el mismo Rubén Darío debía cultivar: el verso libre con ritmo fijo (“Nocturno III”), y la tendencia a inspirarse en el folklore, en las cosas viejas tradicionales (“Los Maderos de San Juan”, “Vejeces”) que debía ser seguida en nuestros días. De modo que este poeta tiene también un puesto señalado entre los iniciadores del nuevo movimiento. Hay que mencionar todavía al salvadoreño Francisco Gavidia (n. en 1864), por su feliz iniciativa en lo que se refiere a la reforma métrica. Habiéndose dado cuenta de la contextura polí-

(1) *Azul*.... segunda edición, publicada en Guatemala.

fona y bicesurada del moderno alejandrino francés, comunicó en 1883 sus observaciones a Rubén Darío y ambos se dieron a adaptar aquella forma a nuestro verso de catorce sílabas. Pero no se sabe a punto fijo quién de los dos lo hizo primeramente, pues el mismo Gavidia ha declarado que en esto su memoria no le ayudaba (1). En su primera colección, *Poesías*, aparecida en 1884, Gavidia incluye tres poemas en la nueva forma: "La Investigación de lo Bueno", "La Defensa del dios Pan", "Stella" (traducida de Víctor Hugo).

El aporte de tales innovadores consistió, sobre todo, en la sensibilidad moderna y en el gusto afinado, que los llevaron a renovar, a modernizar la elocución, limpiándola de clisés y vanas galas, enriqueciéndola con eso que caracteriza la escritura nueva: la notación de las sensaciones personales. En la poética, su acción se redujo a la introducción de la rima rica y de ciertos temas desconocidos, pues la tentativa de Gavidia no arraigó en seguida. Su labor no significaba, pues, más que el primer paso en la renovación indispensable.

Entonces apareció Rubén Darío. Dotado de los más altos dones del lirismo y del arte, este poeta, que encarnaba por la segunda vez en América la chispa creadora del genio, dió conciencia y amplitud al movimiento con el ejemplo de una obra excepcional, incomparable en la literatura de la lengua, y, después de suscitar el entusiasmo de la juventud, de vencer la resistencia de los viejos retóricos, impuso la nueva orientación en todo el continente y luego también en España. Nuevo Orfeo encantador de ruiseñores y domeñador de fieras. Es un error, sin embargo, el dar solamente a Rubén Darío el título de iniciador de aquel movimiento conocido con el nombre de modernismo, y de reservar a sus predecesores el de precursores. Todos son, en realidad, iniciadores, bien que no en igual grado. Gutiérrez Nájera y Martí cumplieron una labor espontánea y trascendental. (Díaz Mirón hizo también obra espontánea, mas sin trascendencia duradera). Por el contrario, Casal y Silva no produjeron su obra realmente nueva sino después de la aparición de *Azul*, de Rubén Darío, y ambos reflejaron en algo la influencia del joven maestro: Ca-

(1) "Los nuevos Versos de la América Latina". *Centro-América Intelectual*, junio, julio y agosto, 1909.

sal, en muchos de sus últimos poemas, particularmente en algunos sonetos; Silva en "Un Poema", aun cuando esta pieza se ajuste a los conocidos versos de Amédée Pommier (1), y sobre todo en algunas de sus prosas poemáticas, que delatan ostensiblemente la lectura de *Azul...* (2). El mismo Díaz Mirón concibió su nueva manera de estricta perfección formal, manifestada en *Lascas*, gracias al ideal parnasiano divulgado ya por Rubén Darío y por Casal. En cuanto a Gavidia, su acción se limita a una iniciativa que tal vez no fué él el primero en poner en práctica.

El movimiento modernista no empieza, pues, en 1888, con la aparición de *Azul...*, como se ha dicho, sino hacia 1880, con la producción innovadora de Gutiérrez Nájera. Sin duda, durante los primeros años, su desarrollo fué reducido y coexistió con el romanticismo aún triunfante. Pero esto ocurre en el comienzo de todo movimiento literario: débil en su aurora, tiene que esperar algún tiempo para poder suplantarlo al anterior. Ciertamente que en esos años penetraron en América el naturalismo y otras corrientes extranjeras. Pero tales novedades entraron a integrar el modernismo, pues este movimiento no seguía solamente al parnaso y al simbolismo franceses, sino a todas las manifestaciones de la renovación literaria que conmovía a la sazón las letras europeas. Los escritores americanos que se inspiraban en la estética naturalista, como el uruguayo Carlos Reyles o el mejicano Federico Gamboa, pertenecen, pues, al modernismo, con igual título que los que seguían a D'Annunzio o a Ibsen, como el venezolano Díaz Rodríguez o el uruguayo Florencio Sánchez.

Suscitado por las nuevas literaturas extranjeras, el modernismo se resintió de desarraigamiento, de gusto exagerado por lo lejano y lo exótico. En esto correspondía, por lo demás, al descastamiento general de la cultura, que en los últimos veinte años del siglo XIX y en el alba del presente llegó al extremo de perder toda conciencia del destino común de los pueblos hispanoamericanos y de mirar con suprema indiferencia los peligros que amenazaban a estos pueblos. La política imperialista de los Estados Uni-

(1) "J'ai rêvé maintes fois de faire une élogie — digne de trouver place en quelque anthologie..."; Roberto Liévano: "Algo sobre Silva", *Cultura*, Caracas, octubre, 1918.

(2) Lástima que todas estas prosas, muy bellas, no hayan sido incluídas en el volumen de *Poesías*, publicado en Barcelona, en 1908.

dos pudo entonces avasallar a Cuba, anexionarse Puerto Rico y acaparar la zona del futuro canal de Panamá, sin provocar mayores críticas en la prensa y todavía con el beneplácito de los diversos Gobiernos. Semejante actitud debía, sin embargo, traer consecuencias desastrosas para el porvenir de la América latina. De allí, en efecto, la acción desembozada de los Estados Unidos en sus designios de dominación, por una parte, y por otra la conducta venal de ciertos políticos hispanoamericanos dispuestos a vender la soberanía nacional por un puñado de dólares.

Empero la tendencia al desarraigamiento, en el movimiento modernista, era consecuencia de circunstancias ocasionales, y, por tanto, superficial. Así, cumplida su obra de renovación de las formas, dió origen a un nuevo movimiento encaminado precisamente a luchar por la autonomía de las letras al mismo tiempo que por la integralidad de la patria hispanoamericana, y de su seno surgieron los hombres que debían encauzar la cultura en su lecho tradicional, y, oponiéndose al alud del imperialismo extranjero, rehabilitar el ideal salvador de Bolívar: la unión de los pueblos del Nuevo Mundo latino, que les permitirá cumplir su destino en el futuro.

FRANCISCO CONTRERAS.

París, setiembre, 1930.

CRÍTICA DE LA REPRESENTACIÓN CORPORATIVA Y EL VOTO CALIFICADO

EN el ambiente del pensamiento político anda desde cosa de un quinquenio la moda de lo que se ha llamado representación corporativa, funcional, de los intereses sociales, gremial o sindical; que todo ello quiere significar la misma cosa.

El origen de esa moda radica en el supuesto de que la democracia individualista (liberal) ha fracasado en la experiencia; y que ese fracaso proviene del error de su sistema representativo, fundado en el postulado individualista y su consecuencia, el sufragio universal.

El razonamiento de estos innovadores presuntos (porque eso del corporativismo es idea y experiencia medioeval desechada por inconveniente antes del siglo XIX) es bien simplista y no brilla precisamente por su agudeza. Se colocan, implícitamente, en una posición democrática, esto es, excluyendo la soberanía absolutista y atribuyéndola (hablamos en términos generales) al cuerpo social en conjunto. Como en esto estamos de acuerdo, no haremos discusión del punto. Pero, —se dicen— bajo los principios y métodos liberales, las naciones no aparecen gobernadas de modo bastante satisfactorio: se observa en diversos países una crónica falta de orden, los gobiernos son inestables y se bambolean a merced de las borrascas parlamentarias, a menudo fútiles; hay mucha demagogia y particularismos divergentes en esos parlamentos; el desenvolvimiento económico, sobre todo, de las sociedades así regidas es penoso, caótico y siempre crítico.

¿A qué se debe la causa?, se preguntan. Desde que no admiten que un príncipe absoluto (hay demasiada experiencia en contrario) gobernaría mejor de lo que puede hacerse bajo el prin-

cipio de la soberanía popular, suponen que debe estar la falla en el sistema de la representación, — dado que representación ha de haber, puesto que en sociedades numerosas es prácticamente imposible el gobierno mediante asambleas plebiscitarias, lo cual hace indispensable la elección de representantes en número bastante corto para que materialmente puedan reunirse a deliberar.

Si hasta ahora, en las democracias modernas, se ha practicado la elección de representantes bajo el principio de “un hombre, un voto”, agrupando a los electores según distritos geográficos, ahí debe radicar la causa de los malos resultados y — se dicen — convendrá que ensayemos otra base: la de seleccionar y agrupar de modo diferente a los votantes: por su posición social y valor individual: su profesión, bienes, cultura, etc., detalles éstos a estudiar y discutir.

Las ideas cardinales que guían a dicha especie de reformadores me parecen ser éstas:

1º No hay analogía (o no la hay suficiente) de intereses entre los millares de votantes que, dentro del sistema liberal (o sea individualista) eligen un representante. Es absurdo que *un* representante sea delegado de intereses tan heterogéneos. Conviene, pues, clasificar los intereses y agrupar a los votantes según éstos, para que así la representación tenga sentido.

2º Hay que calificar además la capacidad del votante, pues es inadmisibile que el voto de un analfabeto o ignorante tenga el mismo valor que el de un letrado, o que el de un insolvente pobrete tenga el mismo que el de un hombre de empresa y capital considerables. Como la mayoría de los ciudadanos son de escasa inteligencia, conocimiento de los asuntos públicos y cultura de cualquier género, al prevalecer su opinión con relación a su número, elegirán fatalmente mandatarios inferiores, semejantes a ellos mismos, y para propósitos inferiores; únicos que la mayoría de los electores son capaces de comprender. El votante de alta calidad, por cualquier concepto, ha de tener un multiplicado valor para su voto, aritméticamente o de otra forma.

3º Especialmente, y como consecuencia de los enunciados anteriores, el representante ha de tener una competencia técnica especializada en el género de la corporación que lo elige, y así el parlamento formado por la variedad de técnicos así seleccio-

nados en adecuada proporción, será un resumen prácticamente exacto, con elevado nivel, de las diversas actividades e intereses que constituyen el organismo nacional.

Todos estos enunciados y conclusiones, en que creo haber sintetizado fielmente los principios y propósitos de los partidarios del corporativismo parecen hoy sensatos, justos y evidentes probablemente al noventa y tantos por ciento de las personas de condición diversa que dedican alguna atención a las cuestiones políticas. Todo eso les parece evidente, y sin embargo todo eso es falso, según vamos a verlo.

Despejando el terreno.

Tenemos, pues, dos escuelas en pugna con respecto a la representación democrática, las cuales, apartando sinonimias, designaremos preferentemente *individualista* y *corporativa*.

Los partidarios de la corporativa, por desengaño y rechazo de la individualista, han partido en su nuevo rumbo bastante a la ligera. (1) Bien está que observen deficiencias en el funcionamiento y resultados del sistema representativo individualista, pero yo no he visto que ninguno de ellos, antes de desecharlo, se haya netamente planteado y resuelto previamente estos problemas: Esas deficiencias y malos resultados, ¿son inherentes al sistema en su esencia o consisten en defectos de detalle, dentro del sistema mismo y que, por consiguiente, sin salir del mismo podrían ser subsanados?

El problema es igual al de quien yendo en una barca de madera que hace agua por las juntas de sus tablas y que sólo con grandes dificultades y esfuerzos de desagotamiento pudiera mantenerse malamente a flote, resolviese que las barcas de madera no sirven para navegar y, por lo tanto, sería indispensable buscar otro material. La verdadera solución no sería esa, sin embargo, sino la de que habría precisamente que calafatear las juntas.

La ausencia de esta demostración que, repito, no he visto

(1) Lo llamo nuevo, de modo un tanto convencional, en el sentido con que puede llamarse nueva una moda indumentaria que reproduce mangas o faldas que fueron antiguamente usadas. Es una simple advertencia que, por lo demás, importa poco a mi argumentación.

hecha por ningún autor corporativista, bastaría para poner por lo menos en cuarentena la sustitución que proponen.

Así por ejemplo, la falta de orden, continuidad y firmeza que se observa en diversos países modernos (casi todos los europeos) no es ciertamente causada de modo esencial por el sistema representativo individualista puesto que, el mismo sistema (esencialmente) lleva dado un siglo de gobiernos ordenados y firmes en los Estados Unidos. Ya he demostrado extensamente en otro lugar la causa de tan diferentes resultados, (2) consistente en una divergencia de orden secundario: en Europa rige el sistema llamado "parlamentario", mientras que en Estados Unidos el "presidencialista". Dicho sistema "parlamentario" es una de las junturas por las que hace agua la barca. Calafateándola con estopa "presidencialista", suprimida la dificultad... y uno de los argumentos contra la representación individualista.

Sólo quiero apuntar con esto la vía que me parece verdadera para resolver los problemas de la democracia: perfeccionarla dentro de sus individualistas principios genuinos, pues está lejos de haber llegado a término el desarrollo teórico y la aplicación práctica de los principios individualistas políticos y económicos, mientras que ya los suponen marchitos los que le buscan la sustitución en la reforma corporativista.

Esta enfoca su atención en los intereses de los grupos sociales y por eso es de sentido esencialmente o siquiera primordialmente económico. En la mayoría de los casos que pueden presentarse, esto no es discutible ni discutido; pero aun en los que no sea ello tan ostensible, —por ejemplo, la representación de los intereses culturales significados por universidades u otras instituciones análogas—, el factor económico es fundamental, pues la vida y posibilidad de desarrollo de una de esas instituciones es ante todo una cuestión de medios económicos, y sus efectos se valúan en gran parte por los efectos económicos que induzcan. Decir "intereses" es situarse, siquiera generalmente, en el terreno de lo económico.

(2) Véase mi ensayo "Presidencialismo frente a fascismo", *Nosotros*, Abril, 1925.

Corporativismo, colectivismo e individualismo.

Hay hombres que estando bien lejos de considerarse a sí mismos como socialistas, comunistas o colectivistas, (pues todo esto significa la misma cosa: propiedad y manejo colectivo de los medios de producción y cambio) se declaran partidarios de la representación corporativa, sin percatarse que es esa una posición contradictoria, pues la representación corporativa o gremial presupone e implica necesariamente el colectivismo.

El colectivismo postula, efectivamente, que todos los elementos de la producción y actividad económica, — materias, servicios profesionales y trabajos en general — han de pertenecer al dominio y régimen colectivo; al de la sociedad en conjunto.

Si por una parte admitimos el principio del gobierno democrático representativo: el gobierno de la cosa de todos por los representantes de todos; y por otra parte incluimos en esa *cosa*, que es de todos, los talleres, por ejemplo, de panadería y zapatería, y las salas de música; si el Estado ha de ser panadero, zapatero y músico, es natural que el gobierno esté formado por representantes entendidos e interesados en esas actividades. Es lógico que todos los ciudadanos que las ejerzan estén representados en cuanto panaderos, zapateros o músicos. (Bien es verdad que, si vamos a intereses económicos, también esos ciudadanos y los demás, tendrían derecho a estar por otra parte representados en cuanto consumidores de pan, de zapatos y de música, lo cual crearía un laberinto inextricable).

Por esta y otras razones más poderosas, el principio colectivista es esencialmente disparatado; pero, como quiera que sea, hay, dentro del mismo, una lógica en la representación corporativa o gremial, pues el Estado colectivista está fundado en considerar esencialmente al individuo como ente productor y consumidor.

El Estado individualista o liberal se desentiende, por el contrario, (siempre hablando esencialmente), de los oficios o trabajos que el individuo ejerce, de las mercancías que fabrica, posee, vende o consume; lo considera únicamente en su "profesión de hombre"; no considera al hombre, mujer o niño sino en cuanto seres humanos, y procura darles todas las facilidades y

garantías de libre ejercicio para sus actividades económicas, como de todo género, en cuanto no obstaculice injustamente el derecho de los demás a igual libre ejercicio.

El principio individualista implica un Estado al que no le importa qué posee, fábrica, compra o vende el individuo, postulando (o, mejor dicho, habiendo averiguado), que la amplia libertad en esos menesteres es la base de mayor prosperidad posible para todos y cada uno de los ciudadanos.

En un régimen gubernativo de esta clase, fundado en este principio, carece de objeto y de sentido la representación gremial. ¿Para qué pueden servir representantes de panaderos, zapateros o músicos en el Congreso de un Estado que no se ocupa para nada de pan, de zapatos ni de música?

Por consiguiente, el que quiera justificar la representación corporativa, está obligado a justificar antes el colectivismo. Y el que no se encuentre profesando el colectivismo, estará en contradicción consigo mismo si admite el principio de la representación corporativa.

Se podría argüir que caben posiciones intermedias, según las cuales ciertos elementos y actividades económicas deben ser o ser en cierto grado función o regulación del Estado y ciertas otras del individuo, y que para llenar aquella función corresponde cierto grado o clase de representación gremial o de intereses determinados.

Sobre eso debo decir que nadie, ningún pensador, ninguna escuela ha deslindado fundadamente esa esfera de lo colectivo y de lo individual, a no ser la escuela georgista; y ésta, que atribuye al Estado la propiedad de los elementos naturales, y monopolios intrínsecos, coincide por otra parte en absoluto con la clásica escuela individualista en cuanto a la libre propiedad individual de la *riqueza* (3) y ejercicio del trabajo, y, por consiguiente, tampoco en ella cabe el concepto de la representación corporativa.

No existen ni nadie conoce más que estas tres escuelas económicas (que, en el fondo, se reducen a dos: la individualista y la colectivista, puesto que el georgismo no es más que un des-

(3) Es indispensable, para entender debidamente este concepto, tener presentes los capítulos dedicados por HENRY GEORGE a la definición de la riqueza, en su libro *La Ciencia de la Economía Política*.

arrollo o perfeccionamiento de la primera), y ya hemos visto que el concepto de la representación gremial sólo podría encajar en el colectivismo.

Impracticabilidad del concepto corporativista.

Dejando convencionalmente de lado los principios económicos (bien que en rigor no sea posible hacerlo al tratar un asunto de significado económico), podemos considerar el concepto de la representación gremial desde el punto de vista de sus posibilidades de realización y funcionamiento como mecanismo meramente.

En el postulado individualista, el de los "Derechos del hombre", ha sido fácil y lógico hallar la base de la representación. Todos los hombres (y mujeres s. v. p.) tienen *derechos iguales*; entre ellos el de elegir sus representantes gubernativos. Luego, pues, un voto por cabeza.

Pero para el concepto gremialista la cuestión es más ardua: es del grado de lo insoluble.

En la guía telefónica de Buenos Aires, clasificada por gremios, he contado unos trescientos de éstos, y eso que hay gremios muy numerosos, como el de los estibadores, carreros y rentistas que no figuran en dicha guía. ¿Se habría de dar representación a todos ellos? ¿Con qué criterio y en qué proporción? Que valiera, dentro del gremio, el voto de un carrero igual que el de otro (en suma, otra vez "un voto por cabeza") es comprensible dentro del concepto de la "representación de los intereses". Pero, dentro del mismo ¿valdría igualmente el voto de un rentista "chico" que el de uno "grande"? ¿El de un cirujano célebre que el de un "matasanos" insignificante? ¿Cómo graduar esas diferencias?

Este es un problema que habría que resolver... y trabajo le mando al que lo intente.

Por otra parte, y dada por resuelta esa "pequeña" dificultad, perfectamente clasificados e interiormente ordenados todos los gremios del país o, para circunscribir el problema, de la ciudad de Buenos Aires, fácilmente alcanzaríamos a la cifra de un millar de gremios.

La menor cifra de representación que podemos atribuir a uno de los menos numerosos, digamos al de los mecánicos dentistas, es de un representante. ¿Habríamos de asignar también un solo representante a cada uno de los gremios muy numerosos, como ser el de los panaderos o tenderos? Parece absurdo. ¿Les daríamos a todos los gremios representación proporcional al número de sus miembros, calculada sobre la base de un representante para los gremios menos numerosos? Tendríamos así un congreso formado por veinte o treinta mil diputados, que de ningún modo podría sesionar.

¿Suprimiríamos, para obviar la dificultad, el derecho de los gremios poco numerosos a ser representados? ¿Con qué fundamento podríamos hacerlo? ¿Porqué habría de quedar sin representación el de los mecánicos dentistas o el de los profesores universitarios, pongo por caso?

Se dirá que no es necesario o no es lógico (no sé por qué), que cada gremio profesional esté representado, pues bastaría agruparlos en rubros más generales. Pero eso es tanto como destruir el principio o concepto de la representación corporativa: de "los intereses", al resumir y confundir en una sola representación intereses que son en gran parte divergentes y a menudo antagonicos.

En Buenos Aires se ha dado el caso práctico de haberse inventado un gremio "sintético" denominándolo "gente de teatro", que alcanzó un representante en el concejo municipal.

Aparte de que dicho representante gremial nada hizo en tal carácter, es de admitir que tampoco podría haberlo hecho. En la vida teatral actúan profesiones e intereses muy diversos. Los de los actores son distintos que los de los empresarios; y los de éstos distintos y enfrentados a los de los dueños de teatros. Entre los actores, son distintos los de las primeras figuras y los de los coristas. Cuanto más pague el empresario a éstos, menos podrá pagar a aquéllos. Si al empresario le conviene terminan tarde su función, a los actores les conviene que termine temprano. Etcétera, etcétera. ¿Es admisible violentar el sentido de los intereses gremiales encerrándolos en el zapato de una única representación?

Es fácil decir, pensándolo poco, que se trata de dar repre-

sentación a "los obreros, ganaderos, agricultores, profesionales, etc.". Pero si se piensa seriamente en poner manos a la obra, en seguida salta a la vista la imposibilidad de hacerlo de modo razonable. Mas parece que poco se ha pensado en si hay posibilidad de funcionamiento del sistema *funcional*.

La calificación intelectual del voto.

Más difícil (y más inútil, por otra parte), en el intento de huir el cuerpo al sufragio universal, sería la calificación del voto desde el punto de vista de la capacidad intelectual del votante para entender y servir con su voto los intereses políticos generales: los intereses genéricamente "humanos", únicos que políticamente interesan.

Yo no conozco, ni nadie ha expuesto, que yo sepa, cuál sería un criterio fundado para medir y clasificar la inteligencia y saber políticos de un elector. Si tomamos casos profesionalmente distantes, el de un ingeniero y el de un artesano, yo no podría deducir de mi experiencia personal que, en general, los ingenieros o médicos, por ejemplo, tengan mayor atención, comprensión y conocimiento especializado de las cuestiones políticas que los artesanos de cualquier otro oficio. Hay entre todos ellos quienes ponen atención, fervor y hasta pasión en la consideración de los asuntos públicos, y quienes no ponen ninguna. En general, unos y otros los conocen a través de los diarios y conversaciones corrientes, y muy poco por estudios científicos consistentes. Usualmente repiten los lugares comunes circulantes y se basan en ellos para hacer sus juicios sobre las grandes y pequeñas cuestiones sociales en general y políticas en particular. Esos lugares y juicios comunes, buenos o malos, constituyen la conciencia política del cuerpo social en cada tiempo y país dados, tanto en la tribu primitiva como en la más adelantada sociedad moderna. En base de ella y según ella es como únicamente debe y puede lógicamente ser gobernada la sociedad y hacer sus experiencias, las cuales, sucesivamente, van acumulando el acervo de resultados adquiridos que constituye el progreso y determina el nivel de las instituciones familiares, económicas, religiosas, políticas, jurídicas, etc. En un país y tiempo dados, por ejemplo, la mayoría

de los hombres y mujeres de toda clase de cultura y posición social llegan a la creencia de que conviene dictar una ley prohibiendo la fabricación y consumo de bebidas alcohólicas. Dicha creencia puede ser, (y es efectivamente,) un error contraproducente, pero la ley debe ser dictada, ya que la mayoría lo quiso, lo mismo que querrá su permanencia, abolición o reforma, según la experiencia se lo dicte.

¿Fueron sólo los incultos o ilustrados, los ricos o los pobres, los de unas u otras clases sociales los que quisieron la reforma? Fueron la mayoría, de composición muy heterogénea, pero de opinión uniformada a dicho respecto por razones ciertas o equivocadas, pero iguales o semejantes a todos. Lo que sí importa es que los hombre políticos se apliquen a sacar hábilmente las consecuencias de los experimentos para no repetirlos en vano. Si, por ejemplo, se ha probado que los almacenamientos extraordinarios de café o azúcar, a favor de créditos estatales, han fracasado como medio de impedir las crisis por baja de precios, puesto que, a la larga, esas artificiales retenciones y créditos son estímulo a mayor producción y mayor baja de precios, es bien tonto esperar, supongamos, resultados diferentes de la construcción de graneros, llamados "elevadores", con el fin de hacer operación análoga sobre cereales.

Las iniciativas, juicios o razones de índole social son, en todos los casos, concebidos y propagados por individualidades singulares, y hay de aquellas las que encuentran al cuerpo social en condiciones receptoras de tal modo que se convierten en "opinión pública", la cual, una vez consolidada, llega a convertirse en prescripción legal.

Ese proceso, de lo individualmente pensado a lo colectivamente estatuido, no cuenta con instrumento más natural y apto que el del sufragio universal. La propagación de las ideas se produce por sucesivos círculos concéntricos. Primero el de las personas a que alcanza directamente la influencia del que ha concebido la idea o juicio; luego cada una de aquéllas se constituye a su vez en centro de otro círculo de influencia o irradiación, y de ese modo la idea alcanza y cubre todo el cuerpo social, si las condiciones del ambiente son tales como para "sintonizar" con ella.

En los juicios políticos de momento, sobre hechos o personas, son muchos, pero relativamente selectos, los espectadores que conciben igual opinión, y la infunden en el círculo de sus pasivos familiares y amigos, o de sus lectores u oyentes en el caso de un escritor u orador público. El periodista que da una noticia significativa, es por ese solo hecho, un importantísimo centro de irradiación para la formación de la opinión pública.

En resumidas cuentas, dentro del sistema del sufragio universal, gobiernan en realidad las minorías más selectas, en el fundamental sentido de que son precisamente sus ideas las que orientan la marcha del conjunto, y eso por la natural vía y proceso de la libre formación y espontánea propagación de las opiniones.

El sufragio universal es así el más y mejor *calificado*; obra, tras un proceso más o menos largo, como instrumento de los cerebros escogidos. Al votar millones de electores una plataforma determinada, es Marx o Roosevelt o Poincaré el que está votando a través de ellos.

La selección de los gobernantes.

La idea de que los gobernantes conviene que sean hombres expertos, *técnicos*, para que sepan realizar acertadamente su misión, como quieren los partidarios de la representación funcional, es muy justa en sí misma, pero se equivocan en cuanto a la clase de tecnicismo que dichos representantes del pueblo deben poseer.

Para ser un buen gobernante no se requiere ser un buen técnico de la agricultura, de la ingeniería, la medicina o la fabricación de calzado. Lo que se requiere es ser buen técnico *de la política*: del arte de gobernar.

Ese arte no es fácil ni se improvisa. Hay que tener vocación y naturales aptitudes que, como en todos los oficios, la práctica desarrolla y perfecciona.

Normalmente, las instituciones democráticas dan oportunidad para que se manifiesten y ejerciten las vocaciones. Primero es el destacarse en el comité o sección de barrio del partido político; luego hacerse notar por círculos más altos del partido; luego salir candidato y electo concejal o intendente; luego diputado

provincial; luego quizá gobernador provincial, ministro nacional o presidente de la república.

De ese modo, más o menos regularmente seguido, recorre el político el escalafón ascendente hasta donde sus facultades y circunstancias lo permitan; y de ese modo, aun cuando el político puede proceder de cualquier clase o profesión social, acaba, como es lógico, en convertirse en un "profesional de la política", en un *verdadero y formado gobernante*.

Y es así como el sufragio universal es origen e instrumento para lograr selecciones sucesivas, parlamentos y ejecutivos *técnicos*, formados por técnicos del oficio que son llamados a desempeñar. Es el método más legítimo y adecuado para formar la aritocracia gobernante: la selección de los mejores para el objeto. La Iglesia católica o el ejército (que son dentro de sí mismos en algún modo una especie de democracia), tienen sus métodos para formar las jerarquías y aristocracia convenientes a sus circunscriptos fines, elaborado y retocado por sucesivas experiencias a lo largo de los siglos. La democracia política tiene el suyo, no suficientemente perfeccionado por el corto período que lleva al ejercicio en pleno, pero claramente se comprende que el tiempo mejorará su funcionamiento y sus productos, no bastante maduros hasta ahora, como es natural a todo lo incipiente.

Conclusiones.

1^º Los intereses que, mediante el sufragio universal, condensa un representante popular, no son heterogéneos, puesto que los fundamentales derechos e intereses humanos por que, en buena doctrina, debe velar y tratar de satisfacer, son sustancialmente los mismos para todos los habitnates del país o región determinada. Toda causa que no se base en conveniencia general, no merece ser políticamente defendida. Y lo general es precisamente igual en hombres, mujeres, niños, ricos y pobres: el pavimento, el alumbrado público, el correo, el puente, la garantía de los contratos, la policía, el ejército, etc. Cosas cuya atención a todos *interesa* por igual. Lo particular no es asunto *social*, sino de grupo, gremio o personas determinadas, que debe quedar a

su respectivo cargo, y no interesa ni conviene a la sociedad que sea tomado en cuenta.

2ª La partición geográfica de las masas electoras y de los representantes de ellas, es una cuestión de comodidad. Una masa política homogénea, siquiera en promedio, extendida sobre una superficie de suelo grande, se reparte en porciones equivalentes mediante delimitación del territorio ocupado por cada una de dichas porciones.

3ª La calificación individual del voto es innecesaria, aparte de prácticamente irrealizable, porque se califica espontáneamente mediante el efecto persuasivo y sugestivo de las personalidades más vigorosas, en infinita o indeterminada gradación.

4ª El concepto de la representación funcional carece de sentido fuera del principio económico colectivista.

5ª Como mecanismo, el sistema de la representación funcional es irrealizable; no es susceptible de aplicación práctica, debido a la excesiva e imparangonable heterogeneidad de los gremios e intereses particulares.

6ª El progreso político de la sociedad se halla confinado al perfeccionamiento de las instituciones democráticas liberales.

7ª La selección de los más aptos gobernantes se produce naturalmente mediante la libre oportunidad de manifestarse y ejercitarse las vocaciones en la democracia, por una parte, y mediante la acogida que la opinión pública les dispense, orientada a la corta o a la larga, por los más capaces de formarse una opinión inteligente. Dicho continuado ejercicio de las actividades políticas directivas acaba normalmente por convertir a los delegados de la voluntad popular en técnicos profesionales del gobierno, con gran ventaja para su eficiencia.

C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ.

TANGO

CANTAN los violines su nostalgia imprecisa
entre el largo sollozo de los bandoneones
y las lágrimas rítmicas del piano.

En la tibia penumbra del salón enervante,
con silencio de rito
las parejas se enlazan en serpientes de fuego
y navegan su angustia por los mares sensuales
a los ritmos del tango.

Dicen los violines su fracaso romántico,
cocktail sentimental en que se mezclan
llanto de Milongueta,
amargor de las copas del olvido,
canciones carriegüescas de organitos de barrio
y caminos de ausencia que no tienen regreso.

Bajo la cadenciosa lluvia de melodías
las parejas se estrechan
para buscar refugio al temporal erótico
en bahías de senos.

La suave brisa armónica
mece lánguidamente las pasiones enfermas
en cunas de pecado.

Y la angustia se agita
en el pecho flexible de los bandoneones
que ora se encogen tímidos,
ora ensanchan su pecho retadores,
ora se desmerezan voluptuosos,
ora se agitan trémulos
ora rompen en risas o en sollozos.

*Las diosas de la libide
encienden sus bujías en pantallas de ojeras
y revolando en ellas
las penas mariposas van quemando sus alas.*

*Misteriosa aventura la del tango hospiciano.
Nació zambo y con plumas
al ronco son del bombo y la marimba
en los negros tugurios del candombe.
Marineros de presa lo trajeron
en el lóbrego seno de sus buques corsarios
a bañarse en el Plata.
Pronto se avecindó en las pulperías
del Paraná impetuoso
y fué peleador, compadrón, buscapleitos
en su lucha feroz con el desierto.
Allá por el Ochenta se llegó a Buenos Aires
y prodigó insolencias en bravatas de barrio.
Ya más urbanizado
se fué llenando el pecho
con todas las canciones que llegaban al puerto.
Dolido y compadrito
y ocultando las hondas cicatrices del alma,
conquistó a Milonguita
y paseó con ella su porte donjuanesco,
Más tarde fué a París y volvió blanco,
peinado y con smoking.
Papal excomunión le dió prestigio
en los áureos salones europeos.*

*Ahora es voz y canción de Buenos Aires,
gran caracol sonoro
que guarda los rumores de Cosmópolis.
Del Belgrano de smoking a la Boca de pana,
del Paseo de Julio, panorama del Cosmos,
hasta las puertas gauchas de la Pampa,
deja oír los lamentos
de su romanticismo trasnochado.*

*En los cafés del centro
vierte sus gotas líricas
en el vermut tedioso de los oficinistas,
canta en los restaurantes ayudando a la gula,
en los bares del puerto
acuna la rijosa saudaz de los marinos,
vocea las historias sucias del conventillo,
en sórdidos tugurios
estimula el chasquido de la carne cansada,
en salones burgueses
ahonda las ojeras de las niñas cloróticas
y en los "dancings" galantes
le lleva el contrapunto a la fiebre del jazzband.*

*Danza sentimental de un pueblo nuevo
que en yunques de inquietud forja el mañana
y estrangula sus penas en canciones.
Válvula de nostalgias,
melodiosa mortaja de recuerdos,
salvador vertedero de pasiones,
anestésico para los dolores del alma:
la gran ciudad se baña en tus aguas románticas
para lanzarse luego,
pura y limpia de estigmas heredados,
a la carrera olímpica hacia el Mañana de Oro.*

LUIS ECHÁVARRI.

HUELLA ESPIRITUAL DE UN VIAJE A CHILE

1. — El paisaje: de la pampa a la montaña.

PAMPAS circulares, de límites fugitivos y difusos. Obesas *matronas* durmiendo al sol. La locomotora jadea, anhelosa, en línea recta, persiguiendo ese horizonte huidizo que no es sino la curva continuidad de la Tierra. Llanura argentina, pacífica, dulce, generosamente abierta, cara al cielo, tendida hacia el espacio, con solemne aspecto de fecundidad o gravidez. Mujer o cuna. “La pampa, promesas”, como dijo el filósofo. Atravesándola, la criatura humana pierde sus brújulas visuales. Se desorienta y entristece, primero. Se penetra de eternidad serena después. Medita y olvida. Deslizamiento sin puntos cardinales. Más allá. Siempre más allá. ¿Acaso giramos sin término, dibujando una circunferencia inmensa? ¿Adónde va este tren, alma mía adormecida?

Mañanita mendocina. Las primeras serranías otorgan coherencia al paisaje. Valles ascendentes, con telones laterales. Esto aquí, eso allá, sin escamoteos en el perfil de lo lejano. El viaje, como expresión física, requiere visible y mensurable sentido traslatorio. Ahora el ferrocarril es lógico: serpea, salta abismos, trepa, burla graves obstáculos. Parece un trencito de las postales en colores.

Perdida su anchura, el panorama se va haciendo quebrado, vertical. El espíritu tórnase alerta, receloso. Nace un angustia indefinible en este paso, temeroso o clandestino, de los Andes. Todo se agudiza y constriñe. Hondonadas triangulares que hunden su vértice en laderas rocosas o agrios picos altísimos desafiando a Dios. (¿Puñales acaso?) Nuestra alma presente una lucha cosmogónica. La Vida, acá, debe ser dolor, pugna, esfuerzo, virilidad. El paisaje anuncia que nos acercamos a un grupo humano

distinto. Lindero físico, la alta muralla de montañas, se alza solemne e inalcanzable. ¿Qué escenario surgirá al término del negro y humilde canuto que traidoramente horadó su base?

Topo mecánico, el ferrocarril principia a deslizarse en el túnel inmenso y taumatúrgico. (¡Adios Argentina!). Rueda, corre, apresura la marcha, vuela frenético y nervioso, chirriando sus vértebras de hierro, huyendo de esta pesada montaña que no concluye nunca, hasta alcanzar la hermana luz del Sol tras siete minutos eternos.

Por la ventanilla, opaca, perlada de vahos, que mis manos frotan curiosas, penetra bruscamente un decorado enérgico. Panorama de Chile. Bravío. Arido. Gris. Los Andes adoptan un gesto ceñudo. Moles pétreas con absurdas narices puntiagudas. Precipicios misteriosos, profundas heridas de la tierra. Pirámides deformes. Aristas anarquizadas. Geometría colérica. Mantos de hielo, desgarrados; rezagos de disgustos geológicos. Tonalidad múltiple en las laderas que, posta tras posta, pilotean nuestra curiosidad hasta el infinito: rojizas, grises, blancuzcas, azuladas.

Esta primera impresión, brusca y fuerte, es una puerta espiritual para comprender a Chile. Otros paisajes chilenos lucirán su magia ante nuestro asombro y ostentarán leves diferencias de matiz. Pero en todos hallaremos este ritmo severo que acaba de herir nuestra pupila. Por eso, el contraste entre la pampa y la montaña es algo más que una casualidad geográfica o una ociosa descripción de turista. Germina en él la oposición profunda de dos pueblos diversos. Acá, en la Argentina, la curva grávida, maternal, pacífica. Allá, en Chile, la recta dura, fría, masculina. El hijo de la pampa recogió la suave línea del horizonte. Redonda su faz, redondos el chiripá y la bombacha, ampliamente redondo el poncho acogedor. Su alma es cordial, expansiva. Su música, melódica, sentimental. Sus amores son tranquilos, romancescos. Es un hombre de égloga, de paz. El hombre andino tiene perfiles rectos. Su cara es angulosa. Su espíritu también. Casi no habla. Reconcentrado como una roca, es hierático y firme como ella.

Sobre la amplitud de la llanura argentina, el hombre no necesitó disputar su espacio al hombre. Fácilmente pudo frutecer la blanda tierra. Y a la tienda del hermano llegaba en un galope. Opuestamente, sobre un borde rocoso, entre los Andes y el Mar,

el chileno tuvo que ser enérgico cuidando la precaria heredad. Vivió angustiado y acechante, temiendo la profecía malthusiana. Alguna vez, acero en mano, hubo de conquistar su tierra de Canaán. Endureció su espíritu hiriendo, mellando el suelo rocoso y hostil. Cercado por sus enhiestas serranías, se acostumbró a la soledad, al recogimiento. Quizás a la misantropía.

2. — Escorzo del alma chilena.

¡Ah recuerdos de Taine, sorprendiendo mi predilección marxista! Y, sin embargo, esta oposición integral de la pampa y la montaña nos permite avizorar el fondo complejo del alma de un pueblo.

Soy enemigo de las generalizaciones absolutas. Más aún: no creo que las características espirituales de un país puedan reducirse a un tipo standard, a un denominador común. Pero es indudable que una serie de factores económicos, étnicos, raciales y culturales, presionando con cierta unanimidad e insistencia sobre un núcleo de la especie humana, concluye por otorgarle cierta homogeneidad, perceptible sobre todo para el ojo extraño que observa con amor. El chileno no escapa a esta regla, especialmente porque alguno de esos factores, como su paisaje, su realidad geográfica y económica, cobran cierta agudeza decisiva.

En efecto, después de contemplar el silencio solemne de los Andes, la callada gravedad de sus montañas, nos explicamos muchas de las características que se reflejan en el araucano. Por lo general encontraremos hombres de largos mutismos. Envueltos en su ego misterioso. Su conversación es intermitente, desigual, como su panorama. A veces desciende a los valles de su confianza y conversa afable, cordial, pero de pronto se parapeta, se reconcentra, se yergue a nuestra vista, como una cúspide rocosa. Se le mira pero no se le vé. Está detrás de sí mismo. No hay como romper ese abismo súbito y levemente hostil. Le viene del alma, del meollo del alma, y el forastero se detiene inquieto. Puede proseguir la charla, pero siempre angulosa, con quebradas y precipicios, con alegres sonos campesinos interrumpidos de pronto por fríos silencios impenetrables.

Y es que el chileno es fuerte, como su suelo. Carece de esa

espontaneidad comunicativa del hombre de la llanura. No es sentimental ni dulzón. Al contrario, prevalece en su ánimo un instinto agresivo, alerta. Dentro de su alma hay perennemente un centinela. Un centinela que está armado. La vida, para el araucano, no es un deslizamiento. Es un combate. Y se ha hecho a su destino belicoso, del que se enorgullece con una nueva y adusta prosapia combativa. Antiguamente sus leyendas monetarias decían: "Por la razón o la fuerza". Ahora las leyendas han desaparecido de las monedas. Pero nada más que de las monedas.

Esta potencia íntima, esta fría y brava resolución de abrirse camino, hace del chileno un hombre corajudo, beligerante, guerrero. Un tipo de inconmensurable fuerza reprimida. Podrá, a las veces, aparecer tranquilo, calmo, perezoso como una tarde otoñal. Pero si necesita luchar, si alguien amenaza o destruye aquello que él ama y precisa, despertará bruscamente, se lanzará con fiereza, con saña, sin dar ni pedir cuartel, ebrio de pasión y bravura. Esta indómita pujanza, esta necesidad religiosa de creer en su fuerza y en lo inmediato e inevitable de su triunfo, han hecho del chileno un curioso caso de amor propio. No raciocina ni analiza. No medita. Cuando su ley lo llama a la pelea —en sentido espiritual o personal o nacional— se entrega a ella frenético, sin saber si es o no posible la victoria. No le importa. Su ancestro lo arrastra al combate, lo domina, lo subyuga. Y es su afán por la lucha, su genérico afán por la lucha, el que satisface complacido.

Al chileno, desde que nace, lo capta el ritmo nacional. Los dioses tutelares de la patria son paradigmas de belicosidad y empuje. Los héroes civiles, los constructores de la paz, están rezagados. Por eso, casi todas las estatuas de Chile están a caballo y con espada. Esto ha producido un orgullo nacional exacerbado. Un orgullo que, combinándose con su instinto agresivo, sintetiza con verdad psicológica aquel grito popular con que saluda a su patria.

Pero esta soberbia de ser chileno lo hace áspero con el extranjero. Cuando confronta la realidad extraña con su realidad, y presiente que aquélla es superior, evitará reconocerlo. Se empujará sobre sí mismo, tomará medidas de su futuro y determinará ser más grande, con heroica y amenazante resolución. Así se ha transformado en un espíritu localista. Sólo es deferente, alegre

y cordial, con quien llega humildemente, sin vanidad ni petulancia.

Mas no todo es dureza en el chileno. Su misma aptitud de silencio, lo convierte en un ser de aguda y penetrante observación. Sólo un pueblo frío, con riendas interiores, puede alardear esta capacidad extraordinaria para llegar al íntimo sentido de las cosas. Tal cualidad le depara una ironía natural, un humorismo varonil y acre, de espléndida ley. Y, sin embargo, ésta no es siempre su diversión. Para divertirse, para abrir todas las fronteras del alma, todas las tranqueras del espíritu, y diluirse en una alegría fisiológica, el chileno tiene que perder su equilibrio mental. Es decir, tiene que alcoholizarse. Y esta manía, que es un efecto y una causa, es su más grave y seria manía. Todas las virtudes del alma chilena, que hacen de este pueblo un núcleo humano de extraordinarias cualidades potenciales, están contrapesadas por este vicio de honda e inquietante gravedad.

3. — Defectos y virtudes.

Hay, desde luego, una influencia del paisaje y del clima. Panoramas rudos y temperaturas frías conducen, frecuentemente, a la necesidad de templar el organismo mediante el alcohol. Pero existen razones más poderosas. La industria vinícola es, por esencia, la industria nacional. La conformación agro-geográfica de Chile la ha impuesto como la más productiva y casi como la única posible. Tales industriales, viejos dueños de la tierra colonial, constituyen la clase superior y dirigente. Alguien decía que en las etiquetas del vino chileno podían leerse los apellidos de casi todos los presidentes del país.

El alcoholismo, pues, no será destruído desde el poder. Ninguna casta dominante se ha suicidado económicamente en el curso de la historia. Pero tampoco será desterrado desde abajo, por los consumidores o víctimas. Y es que en Chile media un factor psicológico. Un antiguo complejo mental asigna cierta máxima masculinidad al hombre que bebe alcohol sin prudencia. El fuerte pueblo chileno cultiva el concepto con devota preferencia. Para ser hombre, para ser "chileno", —que es algo más que ser genéricamente hombre—, hay que tomar sin vacilaciones, sin excusas, con grandes tragos de varón. Un vocablo típico alumbró esta

valoración subconsciente. El ebrio, en lenguaje popular, está "curado". El abstencionismo, por tanto, es la enfermedad. La alcoholización, es la salud, es la "cura".

Pero este vicio no se carga impunemente. Según estadísticas oficiales, sobre 170 mil delitos, 84 mil fueron por ebriedad. Tal proporción ilumina el campo de nuestras observaciones. El alcoholismo va repercutiendo, por ondas concéntricas, en los distintos planos de la vida nacional. El obrero, por ejemplo, es irregular en sus compromisos, falta a su trabajo, perjudica el desarrollo industrial. Abandona su hogar y descuida su vestimenta. Se le llama "roto" y en ese vocablo típico se sintetiza tristemente la astrosa miseria originada, en parte, por el vicio degenerador.

Al pintar este cuadro sombrío, que preocupa a los espíritus más conspicuos de Chile, me impulsa una angustiada inquietud. La raza, físicamente, mantiene su fortaleza bravia. Pero en el alma popular, en el nervio ético, se insinúan efectos graves.

El movimiento político reflejó, en un tiempo, esta desorganización o desenfreno. Una influencia que llamaremos de segundo grado, alcanzó el plano de la vida pública. Hubo, entonces, un breve instante de vacilación, de abandono. El recto camino institucional seguido por Chile desde la independencia aparecía confuso. Había hecho crisis el parlamentarismo. Y, principalmente, era inestable y crítica la situación económica. Inapta para resolver enérgicamente el problema, la conciencia civil se desorientó y el país creyó verse en los umbrales del caos. Surgió, entonces, con excesivo apuro la única fuerza organizada del país.

Porque la psicología araucana dignifica al guerrero, y por otras razones evidentes, Chile cuenta con un ejército de 25 mil hombres en tiempo de paz. Fué esta máquina formidable, disciplinada pero sin conciencia histórica, la que se puso en marcha a través de los planos democráticos alcanzados en una larga centuria. La movía su instinto de conservación, su temor a una catástrofe, su deseo de una paz artificial y varsovia. Pero semejante aparato de hierros y aceros, al insertarse en el Estado, instituyéndose en su fuerza motora, precisaba habilísimos timoneles y cautos experimentadores. No hubo ni lo uno ni lo otro. El gigante bélico penetró en la vida institucional aplastándolo todo con sus pasos torpes y pesados. Una vez en el manejo de la maquinaria

estatal, sin el consejo de técnicos, sin experiencia ninguna, movió las palancas a diestra y siniestra, acertando a veces, equivocándose las más. Se erigió la dictadura por la dictadura, sin plan, sin rumbo, contradictoria, zigzagueante. Sólo atinó a trasladar al complejo campo de las relaciones sociales el concepto simplista de la disciplina de cuartel.

El Chile profundo está superando esta experiencia. Un ritmo nuevo surge de las entrañas vitales del país. El progreso material es evidente, aunque no lo sea el origen de los capitales. Espiritualmente se advierte un araucano deseo de reconquistar el tiempo perdido, de alcanzar una integridad libre y plena. Ya en los pasos de regreso, auscultándola cercana y grandiosa, he sentido una esperanza bienhechora y fecunda. Esperemos con calma el porvenir.

MANUEL A. SEOANE.

Buenos Aires, 1930.

NUESTRO PROBLEMA MORAL

MIGUEL. — Pues volviendo al asunto, yo insisto en que los hispanoamericanos tenemos un mismo modo de ser.

ALEJO. — Yo creo que por razones sentimentales hablamos de hispanoamericanismo, pero de verdad, como dice don Leopoldo Lugones, no existe tal cosa.

MIGUEL. — Tal vez se exagere algo. Tal vez no tengamos ni un mismo lenguaje, ni una misma configuración geográfica, ni raza, ni siquiera un mismo sentimiento hispanoamericanista; pero hay algo igual y es la analogía psicológica de todos los hispanoamericanos.

ALEJO. — ¿Qué es eso de analogía psicológica? Vd. siempre con sus generalizaciones y su poca claridad en la expresión.

MIGUEL. — Precisamente, ese es un rasgo de la analogía psicológica del hombre hispanoamericano: nada concisos, ni claros en la expresión, ni sencillos o concretos cuando hablamos.

ALEJO. — ¿Está Vd. hablando en serio o en broma?

MIGUEL. — Hablo en serio, le pondré ejemplos. Vea, nosotros los hispanoamericanos somos idealistas hasta cuando no deberíamos serlo. En nuestra América Española para el caso, los sistemas de educación han sido contruidos sobre una base idealista. Todo se hace en Hispano América a base de idealismo. Esto tiene su origen en nuestro modo de ser.

ALEJO. — Sin embargo yo insisto en que estos países son muy diferentes unos de otros. Que no se puede generalizar al hablar de todos ellos.

MIGUEL. — Pues yo insisto en que hay un tipo de psicología común e inconfundible en el hombre de Hispano América.

ALEJO. — Pero, ¡veamos! ¿cómo se caracteriza ese tipo de

hombre, cómo se puede definir y probar que existe? Vd. no ha dicho nada.

MIGUEL. — Ya verá Vd. Tiene el hombre de nuestro hemisferio una gran inclinación a hurtarse a la vida, lo mismo el revolucionario de México, el indio de Centro América, el llanero de Venezuela, el roto de Chile o el gaucho de la pampa argentina. Esta tendencia la disimula en el placer frívolo, mezcla de haraganería, indolencia, lirismo, sentimentalismo morboso, etc., y esa actitud no menos morbosa y habitual del hombre de Hispano América y que se cristaliza con el afán de hacer el amor románticamente, de vestir con cierta pronunciada exageración en ciertos detalles, de cultivar la vanidad y el orgullo como buenas prendas espirituales, de cultivar el juego interesado como deporte, de aparentar hombría con el piropo en los labios, la pistola en el cinto y el ademán vanidoso y jactancioso en la expresión y el gesto. Y vea, por su moral acomodaticia y su poco amor por el trabajo, no está lejos de ser un tipo inferior si se le compara en ciertas escalas con las sociedades de otras razas y latitudes. El hispanoamericano gusta del uso y abuso de la palabra bonita, pero que resulta innecesaria y hasta dañina puesto que hace perder y enturbia la claridad de la expresión. El hispanoamericano cultiva una hipócrita idealización de la mujer, hipócrita porque en general los hispanoamericanos idealizamos a la mujer, pero al mismo tiempo somos crueles con ella. No hemos hecho una verdadera legislación para ella, miramos con burla los movimientos feministas que tienden a la independencia y en general no tenemos ningún deseo de que en el futuro la mujer hispanoamericana salga a discutir con nosotros a los congresos o tribunas públicas sobre cuestiones políticas, sociales o económicas.

Por otra parte el sentimiento del deber está muy debilitado o no hay un concepto claro de éste entre nosotros. Tenemos una absurda antipatía por la labor física o mental. Prueba de esto es que en el orden material nosotros nos servimos para el confort, el servicio de utilidad pública, la higiene, etc., no sólo de los inventos de otras razas, sino de la energía física de otros hombres, nunca hemos hecho nuestras propias ciudades sin la ayuda parcial o total de la ayuda de los europeos. El hispanoamericano no tiene iniciativa ni espíritu de empresa; además es egoísta y negligente.

Cuando un hispanoamericano hace dinero, en vez de utilizarlo con patriotismo en la cooperación social de su propio país, prefiere irlo a gastar a Europa. O si no en vez de trabajar con otros capitales nacionales en beneficio de la industria nacional que también daría oportunidad de ganarse la vida a miles de obreros nacionales y estimularía el trabajo mejorando en general las condiciones sociales, prefiere que este capital permanezca estancado o invertido en propiedades que no producen los frutos de la industria o el comercio y que en general sólo beneficia a sus propios dueños, pero nada a la sociedad en que vive. Esto se hace por egoísmo, por falta de espíritu de cooperación social y en varios casos por falta de iniciativa. Por eso el extranjero, con mayor iniciativa y mejor comprensión de la necesidad social, viene a nuestros países y hace dinero en nuestra propia cara. . .

ALEJO. — ¡Amigo! Vd. generaliza demasiado. ¿Así es que en el concepto suyo tenemos los hispanoamericanos los mismitos defectos? ¿Y según lo que Vd. dice, nosotros nada valemos comparados con los demás pueblos?

MIGUEL. — Comparados con los demás pueblos valemos mucho. Somos americanos, valemos más que los europeos y los asiáticos, tenemos todo el porvenir de nuestra parte, pero a los pueblos como a los niños hay que decirles sus defectos a tiempo para que se corrijan luego. ¿Comprende?

ALEJO. — Ya que habla de un solo tipo de hombre hispanoamericano, cosa que yo no admito, ¿puede decirme entonces qué cualidades ve en ese tipo de hombre?

MIGUEL. — Vea Vd. las cualidades que ahora recuerdo: sensibilidad del honor personal; un poquito exagerada, aunque de verdad debe ser el producto del orgullo español más que una noble dignidad. Vivacidad, gracia de la que carecen las razas nórdicas. Generosidad. Sensibilidad artística: fina capacidad para apreciar lo bello. Idealismo, en lo que de bueno tiene ese idealismo que antes le criticaba. Hospitalidad. Desprecio del dinero y aprecio de aquellos valores con mayor elevación espiritual, en lo cual superamos a los americanos del norte. Ahora bien: un pueblo con el idealismo, aunque éste sea poco práctico, un pueblo con tanta inquietud espiritual, con ese orgullo y celo de su libertad e independencia tan propio del pueblo hispanoamericano, induda-

blemente un pueblo así está llamado a grandes cosas. Y en un plano de apreciación más superficial diré que somos un pueblo simpático, pintoresco, poético, lleno de color en nuestras costumbres indias y españolas, con un natural talento para las artes y con un ansia interior que es el mejor sello de que estamos descontentos y aspiramos a la superación. Nuestra constante atención a los problemas de orden económico, político y social en su aspecto interior e internacional demuestra que nos preocupamos por nuestro futuro. Seguramente talento no nos falta. Lo que nos falta, desgraciadamente, es moral. Ya Vd. lo habrá deducido de los defectos nuestros que le he anotado. Una moral constructiva, que produzca hombres de carácter que no tenemos. Una moral educacional, a la manera inglesa, que discipline nuestras aptitudes y despierte nuestra iniciativa, nuestra voluntad, que nos haga optimistas y emprendedores y que nos llene de fé, con la fé que mueve montañas, la fé que los yanquis tienen en ellos mismos y en el porvenir de su gran país.

ALEJO. — ¿A qué se debe la falta de todas esas cualidades morales que acaba Vd. de enumerar y que efectivamente los yanquis tienen?

MIGUEL. — Pues yo creo que lo que más necesita el hombre hispanoamericano es moral. La poca y mala moral que hay en Hispano América es una consecuencia de nuestra religión. Yo no diría, como otros, que nuestros defectos se deben al indio porque el Uruguay y la Argentina, países de raza blanca, tienen los mismos defectos morales que los otros países de Hispano América. Todos en Hispano América necesitamos de orden, iniciativa, voluntad, firmeza, sentido de la obligación y del deber. Aquí en la Argentina, lo mismo que en España y en Hispano América, muchas cosas que se pueden hacer hoy, se dejan para mañana. Aquí, como en todos los países hispanoamericanos, se miente por hábito, inconscientemente. Hacemos muchos proyectos que nunca llevamos a cabo, tenemos la suficiente capacidad para realizarlos, pero nos falta voluntad. De nuestras universidad se sae con buena preparación teórica, pero sin ninguna efectividad práctica, y no es por falta de preparación, porque la preparación aquí es como la que se obtiene en la universidad de Norte América, si no porque en nuestras universidades no se disciplina la iniciativa,

la voluntad; al contrario, se embota la inteligencia con la infinidad de conocimientos teóricos.

ALEJO. — Pero Vd. ha dicho que la religión nos ha producido nuestros defectos morales. ¿Cómo se explica éso?

MIGUEL. — Vea, en Hispano América necesitamos vías de comunicación, caminos, caminos; pero muchísimo más que eso nos falta una religión. Necesitamos de ciertas cualidades morales para que podamos llevar nuestra vida de sociedad más efectivamente. Y para procurarnos estas cualidades morales necesitamos de una religión. Es primordialmente su educación religiosa la que ha dado a los norteamericanos una vida tan práctica y una sociedad tan unida, tan bien ordenada y tan efectiva en la cooperación de todas sus clases. Nosotros formamos un hemisferio desmoralizado, en Norte América y Europa sólo se nos conoce por tres cosas: nuestras revoluciones, nuestros gobiernos despóticos, y nuestros ricos territorios abandonados a la codicia del extranjero. Nos falta una religión que nos enseñe principios morales, no tenemos amor para el trabajo, las costumbres de nuestros hogares son deplorables, no respetamos a la mujer, todavía no tenemos higiene social en nuestras ciudades, no tenemos un concepto claro del deber como lo tienen otros pueblos... Nos falta una educación religiosa. El hombre sin religión se vuelve cínico y amoral. Pero hay que entender qué es lo que queremos decir por religión; no hablamos de superstición, ni de costumbres anormales en desacuerdo con los tiempos en que vivimos; hablamos de religión como debe ser, como se entiende en los países sajones, una Iglesia que enseñe al pueblo a respetar el trabajo como un deber, a limpiarse el cuerpo y el alma de las suciedades y crear así sociedades limpias, sin ladrones, sin pesimismo, sin enfermedades físicas o morales, sin pereza, sin odios, pero con optimismo, con voluntad, con amor, con higiene, con orden, con cooperación social. Esa es la religión que necesitamos y que no tenemos. El catolicismo no nos ha dado nada de eso. Al contrario, nos ha restado energías en la cooperación social. Y ahora estamos en una época en que ya no tenemos religión de ninguna clase. El Profesor G. H. Blakeslee, historiador y sociólogo, que nos conoce muy bien, ha dicho: "El problema de religión es el problema más grande que tiene la América Latina. Hasta que ese problema se

solucone no será raro que esos países, de tiempo en tiempo, vuelvan a presenciar escenas como las ocurridas hace un tiempo en Chile, en donde los universitarios durante varias noches insultaron, mofaron, y apedrearon la Iglesia... a la cual pertenece esa nación”.

Pero la verdad es que cuando los extranjeros dicen que nosotros formamos un continente de gente sin religión, no sabemos qué es lo que aquellos quieren decir, puesto que nosotros mismos atacamos nuestra Iglesia establecida, y esto nos hace pensar que eso es porque tenemos una religión. Uno de nuestros escritores, Francisco García Calderón, ha escrito en su admirable libro *La Creación de un Continente*: “En Hispano América no tenemos un convencido escepticismo, una religión puritana y ni siquiera un misticismo como los españoles. Nosotros no somos más que los testigos de la decadencia de una religión tradicional. Entre nosotros la Iglesia se está convirtiendo en una institución burocrática, sus conventos ya no atraen más que a las clases inferiores. La robustez en las convicciones de los hombres bíblicos de Norte América, el profundo interés en el destino humano, el férreo sentido del deber, la convicción de la seriedad de la vida, etc., son cosas que nunca preocupan al catolicismo del hombre hispanoamericano, catolicismo sensual y linfático...”

Dice Samuel Inman en su bello libro *Problems of Latin America*: “En el orden político y económico, la indiferencia en religión de los hispanoamericanos es la causa de indecisión en sus opiniones, del odio a las ideas, de la inmoralidad...”

ALEJO. — Pero de una manera más concreta y precisa, ¿qué cosa es lo que nos hace falta?

MIGUEL. — Lo diré con palabras del mismo García Calderón en su ya citado y tan substancioso libro, *La creación de un Continente*:

“Estas diferentes repúblicas necesitan un credo. Su vida primitiva estuvo unida a una severa religión. El mantenimiento del catolicismo en democracias sin cultura moral implica el retroceso al barbarismo... En los Estados Unidos, el puritanismo es una perpetua defensa contra la inmoralidad de la plutocracia. En Hispano América sólo una renovada y profunda fé podrá dar a riquezas acumuladas un sentimiento nacional. Podría suceder que

este sirviente americano de Calibán, sin claros ideales, friamente atea, se convirtiera en un grande y mediocre continente que podría sumergirse, como lo hizo la Atlántida, sin dejar en los anales de la humanidad, la memoria de una inquietud secreta, de un himno a los Dioses, o por lo menos un escepticismo apasionado o trágico”.

ALEJO. — Pero todavía no veo yo cómo esa falta de religión que se nos adjudica puede ser la causa de los males morales en nuestra vida diaria, que nosotros somos los primeros en reconocer.

MIGUEL. — Eso es precisamente lo que me propongo explicar, pero antes quiero que se conozcan sobre esta misma opinión, no sólo la de los escritores extranjeros que han estudiado nuestra manera de ser, sino la de nuestros mismos sociólogos. Ahora citaré a un escritor del Paraguay, el señor Huerta, autor de un libro interesantísimo y que se titula *El Azadón, la Pluma y la Espada*. Dice el autor: “¡Qué diferente ha sido el rol que ha jugado la religión en la América del Sur y la América del Norte! Entre nosotros, al contrario de lo que pasa en el norte, la religión no ha ofrecido la amplitud de su noble misión fuera del edificio de la Iglesia. Cuando la religión católica se ha mezclado en política, es decir el clero, no ha sido sino para traernos grandes males en la república que ha tenido que sufrir las consecuencias de una propaganda clerical con descrédito para los curas y con el natural escepticismo de las masas, unidos a los graves daños causados al gobierno y la sociedad. Sería muy fácil citar muchos nobles, honrosos y patrióticos actos de la Iglesia católica, así como sus actividades culturales, pero como una entidad moral, debemos repetir que *no se ha escapado del espíritu materialista del gobierno con el cual ha estado asociado tan íntimamente*. En Ecuador o en Colombia es imposible saber si el gobierno está hecho para el clérigo o si el clérigo es el modelo para el gobierno. Las influencias religiosas no tienen el mérito de ayudar al desarrollo de estos países, pacificando el ardor con sus partidos políticos, pero tiene en cambio la virtud de excitarlos con intolerancia y exclusivismo. Si, como en el caso de los Estados Unidos y como algunos psicólogos creen, la religión está destinada a ser una fuerza poderosa para transformar los grupos humanos en nacionali-

dades, entonces la religión está destinada a jugar un gran papel en las repúblicas de Hispano América”.

ALEJO. — Haga Vd., amigo, ahora, con sus propias palabras, un resumen de lo que esas autoridades tienen que decir.

MIGUEL. — Amigo, ellos han hablado claro, pero si Vd. quiere le traduciré sus pensamientos. Creen ellos que la falta de un bien desarrollado sentido moral es la barrera que ahora impide a Hispano América resolver sus propios problemas y colocarse de un paso a la par de las grandes nacionalidades de la tierra. Y esta falta de sentido moral causada por la falta de un credo, de una fe, una religión práctica en el hogar y en la sociedad hispanoamericana, se pone a prueba, entre otras cosas, en la antipatía del hispanoamericanismo hacia el trabajo. Debemos convencernos que somos negligentes por naturaleza. También se demuestra la falta de “sentido moral” en nuestra vida política, en la sociedad y yo creo que también particularmente, en la relación de los sexos. Las estadísticas demuestran sin exageraciones, la abundancia de hijos ilegítimos en la sociedad hispanoamericana. Una Iglesia con sentido social práctico podría — más que ninguna otra institución — infundir o vigorizar el debilitado sentido del deber que existe entre nosotros. Ha sido la religión protestante, por medio de sus escuelas y sus iglesias con sus congregaciones la que ha hecho eso en los Estados Unidos de Norte América.

ALEJO. — ¿Entonces Vd. quiere recomendarnos que adoptemos la religión protestante para los países de Hispano América?

MIGUEL. — Ojalá fuese posible. Yo opino lo que sobre el particular ha dicho Francisco García Calderón. Dice él: “No es el Protestantismo la religión más aparente para estas democracias que han vivido durante tres centurias bajo la disciplina del Catolicismo. La raza ha perdido su antiguo individualismo que inclina hacia el Protestantismo; y el austero Calvinismo o el Puritanismo no están en concordancia con la imaginación tropical o la sensualidad española. El renacimiento religioso sólo se puede obtener dentro del catolicismo, una religión con larga tradición, madre de ideas y de costumbres, una fuerza poderosa de la que no se podrán escapar ni el indio esclavizado, ni el hidalgo español”.

Pero por otra parte, Agustín Alvarez maldice el Catolicismo que nos ha amarrado las manos. Dice el gran argentino así: "Si la causa primordial del progreso del hombre es un pensamiento que modifica sus sentimientos y forma su carácter, entonces un hombre puede limitar el grado de su progreso de acuerdo con el grado en que limite su pensamiento. Entonces queda demostrado que la causa del atraso de Hispano América, y de la misma España, consiste en la restricción del pensamiento debido a nuestra religión absurda".

Mientras el Protestantismo — más liberal — ha dejado al hombre toda su aptitud y toda su amplitud para el progreso, y de ese modo ha formado razas colonizadoras que ahora se extienden a todos los continentes, el Catolicismo, repudiando la ciencia y exigiendo una devoción absurda a los hombres en las iglesias, les ha robado sus mejores energías y no les ha enseñado métodos de agricultura, de comercio o de industria y ni siquiera — como en el caso del Protestantismo — les ha enseñado o les ha aconsejado la higiene, la limpieza del cuerpo, la sanidad, la justicia o la moralidad civil".

El Catolicismo, amigo Alejo, ha sido enemigo de la ciencia y amigo de la ignorancia. Desarrolla un espíritu incapaz para gobernarse a sí mismo porque educa en la intolerancia dogmática y en la esclavitud espiritual. En cambio el Protestantismo enseña a gobernarse a sí mismo, a ser tolerante en la acción puesto que le da tolerancia de pensamiento.

Samuel Inman dice: "Aiberdi, uno de los pensadores más grandes de la Argentina, siempre creyó que el Protestantismo es la religión más apropiada para las repúblicas. Juárez, el más grande de los mejicanos, creyó que el buen futuro de su país dependía de la adaptación del Protestantismo".

Por su parte, el uruguayo Dr. Abel J. Pérez, ha dicho: "Otro factor que de una manera fundamental puede contribuir a la obtención de una cultura elevada para nosotros, con alto e invariable mérito moral, haciendo posible la solidaridad que es perseguida con alto propósito de la existencia colectiva, es la adopción de un credo religioso, tan puro que su pureza pueda proteger las más nobles aspiraciones, tan amplio que sea capaz de contener todos los credos, tan tolerante que en él, todos los

creyentes puedan mezclar sus rezos... un complemento indispensable de educación popular, un factor de resistencia y energía que pueda hacer efectivos los altos ideales de los jóvenes pueblos de América”.

ALEJO. — ¿Cree Vd. pues, que necesitamos una religión práctica como un estímulo moral, de que ahora carecemos para el éxito en el desempeño de la elevada misión que por razones geográficas, especialmente, estamos llamados a desempeñar?

MIGUEL. — Estoy muy de acuerdo en esa misión de que Vd. me habla, pero antes tenemos que resolver la primera misión de nuestro hogar. No sabemos ni gobernarnos, nos hemos quedado muy atrás de los Estados Unidos. Dentro de muy poco, como Vd. muy bien dice, se nos llamará a ocupar un alto puesto en la sociedad internacional, pero ¿cómo vamos a conducirnos cuando nos faltan los más elementales hábitos morales propios de las grandes nacionalidades? Nosotros no tenemos la más pequeña idea de lo que es la *cooperación*. Lo único que sabemos es reñir en la familia unos con otros. No tenemos el hábito del trabajo. Nuestra clase media y nuestra última clase no tienen ni los más pequeños rudimentos de lo que es higiene, aseo corporal o confort. Nos falta una institución con propósitos de reforma y educación social que pueda inculcar buenos hábitos a nuestros pueblos. En los Estados Unidos la religión soluciona esa dificultad con sus prédicas morales en las iglesias, en sus propios colegios de niños y niñas o en sus sociedades o fraternidades, como las llaman allá, y cuyos beneficios morales son de una innegable ayuda a la sociedad. Entre nosotros, lo que el gobierno no hace, nadie lo hace. No tenemos iniciativa porque tampoco hay cooperación. Somos, como buenos hijos de España, grandes individualistas y nuestras energías físicas o mentales, se malgastan sin que la sociedad en que vivimos, se beneficie de ellas. Nos roe el egoísmo, la vanidad, y para esos males el único remedio es desarrollar un sentido moral del cual carecemos. Cuando lo tengamos sabremos sacrificar nuestro propio yo en aras del bien social. Lo que ahora hacemos es sacrificar el bien social en aras de nuestro propio yo. Eso pasa porque somos vanidosos e individualistas y carecemos de un sentido social... es decir, sentido de cooperación

ALEJO. — Algo de lo que Vd. dice es cierto, no todo, está

claro. Sin embargo son cosas que estamos aburridos de oír todos los días. Vd. no señala remedios sino defectos únicamente, es decir no hace una crítica constructiva sino destructiva. Lo que Vd. hace es hablar palabras y palabras, como decía Hamlet.

MIGUEL. — Estoy de acuerdo: si yo fuese un sociólogo, lo que acabo de decirle estaría bien dicho, pero como no soy un sociólogo, mis palabras no harán meditar a nadie. En Hispano América no hay sociólogos de profesión, pero hay escritores que han escrito notables libros de sociología y a los cuales no les hacemos caso por el odio y el miedo que el hispanoamericano le tiene a las ideas. El libro *Pueblo Enfermo* de Alcides Arguedas es un argumento irrefutable en lo que le acabo de decir, y lo mismo puede decirse con obras y artículos sociológicos de los siguientes escritores que si no se han especializado en escribir únicamente sobre sociología americana, al menos han echado las bases para la futura investigación sociológica: Alberdi, Sarmiento, Bunge, Ugarte, Rodó, Zumeta, Bulnes, Blanco Fombona, García Calderón, Prada, Alvarez, García, Colmo, Bomfin. Todos estos han delineado los problemas mayores en nuestro hemisferio: el problema del indio, el de los latifundios, el del sufragio, el de la inmigración, y los grandes problemas sociales: el vicio, el alcoholismo, la higiene; el problema económico tan grande como los otros, el de educación, y todos apoyándose en el gran problema moral que a su vez se destaca en una carcomida plataforma que se llama Religión. Cuando tengamos una limpia moral, una religión que edifique, entonces nos daremos cuenta de que en el indio de Hispano América se ha hecho la degradación del hombre para glorificar a Dios.

Ya que por nosotros solos no podemos hacer nada puesto que nos falta un punto de vista de comparación, haremos dos cosas: ir a convivir con razas de moral más pura, de educación religiosa más edificante, o traer psicólogos extranjeros, educadores extranjeros, educadores y sociólogos para que también nos ayuden a estudiar las características del conglomerado hispanoamericano, columbrar el verdadero destino de nuestros pueblos y después plantear un sistema de educación que liene las necesidades propias de la psicología hispanoamericana. Nosotros no hemos hecho más que copiar a Europa. Traer educadores es mucho me-

por que copiar sistemas europeos; estos educadores deben estudiar nuestras condiciones antes de recetarnos sobre nuestros males...

El indio de Hispano América es un ciudadano negativo en el progreso social; luego nosotros casi no tenemos una clase media; aquí no existen más que el demasiado rico o el demasiado pobre, al menos es lo que pasa fuera de la Argentina en donde — ¡a Dios gracias! — se está imponiendo con gran éxito un nuevo tipo de clase media. Pero volviendo al origen de todos nuestros males, necesitamos cooperación social, pero para eso necesitamos de ciertas cualidades morales que es precisamente lo que vengo sustentando aquí.

ALEJO. — Algo de lo que Vd. ha dicho es cierto. Quizás no ha podido expresar sus pensamientos con mayor claridad y en esencia quizás los dos estemos de acuerdo. En todo caso debo decirle que sus palabras me han sugerido algunos pensamientos que me van a estar distraendo de mis ocupaciones.

ARTURO MEJÍA NIETO.

Buenos Aires. Agosto, 1930.

LOS PUMAS

Pedagogía Leonina

EN el fondo de una honda quebrada ambatense, en lo inextricable de la selva, cuánto podrían aprender los hombres si entendiesen el lenguaje de las bestias. Cambiaría completamente una rama de las ciencias naturales.

Por lo menos, bueno es que tengan una impresión, lo más genuina posible, de la vida de los pumas, por medio de la reproducción de algunos de sus diálogos y escenas.

En lo intrincado del bosque montés, ocurren cosas y suenan dicciones dignas del conocimiento humano.

Cierta vez, sentado entre dos grandes peñas, estaba un viejo león, flaco (aunque en apariencia aun fuerte) e imponente. Sentía, sin duda, los rigores de la edad.

Asentada en la tierra la parte trasera del cuerpo, tenía los miembros delanteros tensos, y miraba con melancolía.

Coqueta, graciosa, elástica, adorable, se paseaba delante de él una joven puma, madre de un leoncillo de diez meses, también presente, que había corrido bastante mundo, cazado ya, y, por lo tanto, derramado sangre. Y así fué el diálogo:

EL VIEJO PUMA. — Creo que ha llegado el tiempo de cambiar las vetustas costumbres de los pumas.

LA JOVEN MADRE. — ¿Reformista? ¡Cómo se conoce que estás viejo! No hace mucho, en vez de hablar de transformaciones, rugías imponentemente, me lamías la piel fina del vientre con el peinador áspero y delicioso de tu lengua, y, después...! el placer frenético en la selva virgen! Nuestras voces de deleite se unían y el alma de la selva complacía en presenciar nuestro vigoroso himeneo. Ahora quieres reformar nuestras costumbres

porque ya no las sabes mantener, ni con el decoro, ni con la frecuencia, ni con la robustez de antes. Los años te vuelven social-reformista.

EL PUMA. — ¡Siempre de amor y siempre de más han de hablar estas... mujeres!

EL LEONCILLO. — Felinas, querrás decir.

EL PUMA. — (*Con voz profunda y mirada abismática*). Lo mismo da.

LA JOVEN LEONA. — De lo que hablabas tú con frecuencia, no hace mucho, viejo ingrato... (*Salta graciosamente ante el león, tuerce el torso, colea con coquetería*).

EL PUMA. — (*Para sí mismo*). Elegante, adorable siempre... Pero mi entusiasmo fecundo, cósmico, solamente de tarde en tarde despierta.

EL LEONCILLO. — ¿Qué dices entre dientes, taita?

LEÓN. — Que se debían reformas las...

LEONA. — Muy viejo, muy viejo estás.

LEÓN. — (*Con fastidio*). ¡No me refiero a costumbres de amor, mujer!

LEONCILLO. — ¿Leona, taita? ¿Y a qué te refieres?

LEÓN. — Oye, hijo mío; ciertamente díjete que en la selva debe ocurrir un cambio. Mejor, en la vida de los pumas. Yo tengo mucho que pensar por ti, por tu madre, por tus semejantes. Y no me queda tiempo para la caza. Mientras piense por ti y para ti, tú debes cazar para los dos.

LEONA. — Es la reforma más importante que se ha propuesto.

LEONCILLO. — ¿Por qué no cazas en vez de pensar, taita? ¿Y para qué pensar?

LEÓN. — ¿Crees que se puede y se debe vivir sin pensar?

LEONCILLO. — ¡Claro que sí! Lo que no se puede es vivir sin cazar.

LEÓN. — Yo tengo que vivir sin cazar para pensar en ustedes.

LEONA. — (*Mira de reojo y con picardía al cachorro*). Le están faltando las fuerzas al viejo.

LEONCILLO. — ¿Pero esto es cuestión de fuerza?

LEÓN. — Tu madre se refiere a la fuerza en el amor...

LEONA. — Y en la caza. Confiesa la partida; hablemos claramente.

LEÓN. — La verdad es que está de más la diplomacia entre leones. La dejaremos para mi sobrino, el zorro. Pues bien; confieso que ya me faltan las fuerzas, la elasticidad, la resistencia. A veces tengo hambre, y no puedo cazar nada. ¿No es justo que tú, leoncillo, caces para los dos, retribuyendo así los cuidados de la infancia?

LEONCILLO. — ¿Otra vez la diplomacia, taita? ¿No recuerdas los apuros de mi madre para librarme de ti? A veces te venías rugiendo, a devorarme, cuando yo era un chiquillo mamón. Mi madre me levantaba por el cogote y me internaba en lo más espeso, para que tú no me hallases y no me devorases. ¿Y quién se ha comido a mi hermanito gemelo?

LEONA. — No hay para qué recordarlo. Eso pasó ya. ¡Qué interesante era el león cuando se venía, rugiendo, a devorar sus cachorros! ¡Qué fuerza!, ¡qué virilidad!, ¡qué nobleza!, ¡qué león era entonces! Yo, después de esconderte, salía orgullosa de él, coqueteando, pasándole mi hermosura por sus narices, no sin rozarle sus bigotes con mis partes más bellas. (*Lo repite, provocativa. El león parece no advertirlo. Queda con su aire de pensador triste*). ¡Y pensar que de esto hace unos pocos meses! ¡Cuán pronto viene la declinación entre los pumas!

LEÓN. — ¡Siempre con el amor! No se trata de eso, mujer, sino del alimento para mí, para el fundador del hogar. El leoncillo...

LEONCILLO. — Al leoncillo lo querías devorar tú.

LEÓN. — Son leyes de la vida, hijo. Entre los felinos mayores, el padre trata de devorar al cachorro, cuando es muy pequeño. La madre se vale de mil recursos para evitarlo. Si no lo consigue, el hijo, que ha vivido entre el sobresalto y el dolor, aprende a ser hombre. Son nuestras leyes sagradas.

LEONCILLO. — ¿Y por qué no pensaste en modificarlas? Tú haces el pensador y el reformista cuando necesitas de mi trabajo. Cada uno para sí, es la ley.

LEÓN. — La leona te traía de comer, la leona te protegía, la leona te salvó mil veces de mí. ¿Y por qué? Pues porque yo la conquisté con mi enérgica elegancia, sabiendo de antemano que

debía salvarte. Soy tu protector indirecto. Tú has sido salvo en el hogar fundado por mí.

LEONCILLO. — ¿Hogar fundado por tí? ¿A dónde está ese hogar? ¿Cuándo lo hemos tenido? ¿Hemos pasado dos noches en el mismo sitio? ¿Y los largos días que tú nos abandonabas cuando hallabas buena presa? ¿No ha sido la nuestra una vida errante? ¿No esperábamos la noche allí donde nos sorprendía el día?

LEÓN. — Así se aprende entre los pumas el arte de la vida y el noble ejercicio de la caza. ¿Y no te enseñó a cazar tu madre (conquistada por mí) con una paciencia infinita? Deja que recuerde las dulzuras de esa época feliz. Tú, al principio, te entusiasmas en juegos tan inocentes como estúpidos con la cola de tu madre. Ella movía la cola de un lado para otro, con infinita ternura, y tú la querías cazar. Jugabas también con tu propia cola. ¡Lo que costó hacerte comprender que la cola es parte de nosotros mismos!

LEONCILLO. — A mí solamente me costó, taita. Una vez mordí con toda mi fuerza mi propia cola, y me dolió. Entonces lo supe.

LEÓN. — Otra vez tu madre trájote una joven corzuela medio muerta. Tú la golpeabas con el puño. La atormentaste encantadoramente. Comprendí entonces tu porvenir. En toda la selva de todo el cerro no hay un leoncillo tan fuerte, audaz y cruel como tú. Eres un modelo. ¿Y recuerdas aquel chivo asustado sobre el que tú saltabas, administrándole rudos golpes? ¡Qué cuadro feliz y gracioso!

LEONCILLO. — No tanto. Cuando llegaste tú, de un mordisco en la nuca se terminó el juguete. Devoraste una buena parte de él y cubrirte con ramas y tierra el resto. Con mi madre nos tuvimos que retirar. Más tarde, tú solo comiste el resto del chivo.

LEÓN. — Quería enseñarte a devorar un chivo, rapaz. Ignoras el valor educativo del ejemplo.

LEONCILLO. — Al contrario, taita; yo sigo tu ejemplo, muy distinto de tus palabras.

LEÓN. — Yo ejercí la enseñanza y la ternura en ti, por medio de tu madre. Para ti la conquisté. ¿No es cierto, amada mía?

LEONA. — ¡Cierto! ¡Cómo rugías! ¡Qué respeto infundías!

LEÓN. — Al menos el resto puedes traérmelo. A tí tu madre

en derredor! ¡Cómo aplicabas la ley del más fuerte! En todo el mundo no hay un león tan hombre como fuiste tú. ¡Claro que me conquistaste, ingrato, olvidadizo mío!

LEÓN. — Guarda la ternura para tu hijo, como yo. Ya lo has escuchado, leoncillo.

LEONCILLO. — Sí; yo también conquistaré una leoncilla y ejerceré la ternura por su intermedio, mientras pretenda devorar mis propios hijos, como tú devoraste mi hermano y por milagro no me devoraste a mí.

LEÓN. — Todo eso no está mal; pero... ¿tu padre?

LEONCILLO. — Que cace, si puede. Yo sigo su ejemplo.

LEÓN. — Estoy condenado a morir pronto. Me acosa la ley de la fuerza en que he vivido. De todos modos, para que veas que soy altruista, te voy a enseñar lo último que te falta aprender. Todo, por un buen pedazo de corzuela, o por un cordero, o por una mitad de chivo, y hasta por un zorro.

LEONCILLO. — Tu sobrino...

LEÓN. — Para algo deben servir los parientes. Y bien, quería decirte que tú no saber cazar piezas delicadas. Cuando te acerques a ella, siempre, absolutamente siempre, debes marchar agazapado y en contra del soplo del viento. Así no le llegará tu olor a la presunta presa, ni te verá, ni escuchará el ruido de tus pasos. Apuesto a que no has visto ningún felino mayor, ya formado, marchar sobre la presa en la dirección del viento.

LEONCILLO. — Estás chocho. Eso me lo enseñó madre hace tiempo; y yo lo practico sin excepción.

LEÓN. — Entrometidas andan las mujeres... Cuando de un animal hagas presa, arrástralo a sitio solitario, para comerlo solo y a tu gusto. Si hay poca presa en el contorno, tapa el resto y vuelve por él cuando tengas hambre. Si lo encuentras removido, apártate sin probar bocado.

LEONCILLO. — Como tú hiciste con el chivo. Ya lo sabía, taita. Sigue no más.

LEÓN. — Si el lugar es rico en caza, come de las bestias sólo la parte que más te agrade, abandonando el resto.

LEONCILLO. — Así lo practico. Sigue, taita.

LEÓN. — Al menos el resto puedes traérmelo. A ti tu madre te lame, te alisa el pelo; profiere voces impregnadas de ternura,

cuando te acaricia. Yo te enseñaré cosas graves y útiles. Soy filósofo, desde que casi no como. Oye: cuando un leoncillo empieza a bastarse completamente a sí propio, abandona a sus padres y comienza una vida solitaria y errante. Tú no lo hagas. Vive siempre conmigo, recibiendo mi enseñanza.

LEONCILLO. — Hasta ahora, todo lo que sé me lo ha enseñado mi madre...

LEÓN. — Te voy a decir dos cosas de las que estoy seguro que no te enseñó jamás la charlatana de tu madre.

LEONA. — Ingrato, pérfido... (*Con melosidad*). Yo no oí las felices horas pasadas. (*Pasa entre los interlocutores provocativa, fatal, como la sierpe del paraíso. El leoncillo experimenta un profundo encantamiento, y la mira casi con terror*).

LEÓN. — Pase que me provoques a mí, que soy tu esposo; pero a tu hijo inocente... ¡incestuosa!

LEONA. — Desagradecido... ¡Lo que he hecho por tí!

LEÓN. — Lo quieres hacer por tu hijo... Trata, hijo mío, de quebrar su fatal encanto; y escucha: tu madre no te ha revelado que tú estás conformado para todos los climas, para todas las formas con que se presenta el mundo: la selva, el desierto estéril, la montaña rocosa, la llanura, la costa del mar, las riberas de los ríos, las islas (pues sabes nadar) la temperatura tórrida y la gélida. Otra cosa; y esto es lo más profundo de mi enseñanza. Cuando los cóndores revuelen sobre tu presa, fuga, fuga, hijo... Ni tu madre ni nadie te lo ha dicho, ni sabe la razón sino tu anciano consejero. Los hombres comprenden que un león ha hecho presa, cuando revuelan los cóndores, pues éstos siguen, desde arriba, al puma, para aprovecharse de su caza. La maldita costumbre de los pajarracos negros, la conocen los hombres, y la aprovechan para perseguirnos...

Pero el cachorro ya nada oía. Dominado por la esbeltez de la joven leona, la miraba con abstracción de todo. Ella saltó lejos, y fué, elástica, atrayente. Y el leoncillo no tardó en seguirla.

Solo, triste, flaco, el viejo león quedó ensimismado en obscuras filosofías.

CARLOS B. QUIROGA.

SONETOS

Confesión

DEL instinto bohemio en la locura
mi vida juega al mundo su partida,
y, al escoger la ruta preferida,
aparto la adustez y la cordura.

*La noche con su magia me procura
descanso a mi labor ten repetida,
y resuelvo gastar la inútil vida
volviendo del revés toda amargura.*

*Si el sol al imponerme su tributo
me reparte las horas y los días,
el instinto bohemio, en un minuto,
deshace del reloj las profecías:
afanoso así voy del dulce fruto
a través de un sin fin de correrías.*

Cuando me llegue la hora del recuento

CUANDO me llegue la hora del recuento
y haga balance de mi vida incierta,
yo sé que no sacudirá mi puerta
el dolor que a Peer Gynt le trajo el viento.

*Me abandono sin freno al sentimiento.
Recojo del amor con mano experta
la flor, y no los frutos de mi huerta.
Desconozco la agrura del lamento.*

*Afanoso trabajo todo el día.
 Leo y amo al amparo de la noche.
 Mi vida no merece aquel reproche
 que a Peer Gynt en su pena turbaría.
 Entre libro y mujer pasa la mía,
 pródiga en la ebriedad de tal derroche.*

Soneto romántico

AQUEL día al hablarte, de improviso
 mis ojos en los tuyos se fijaron
 y con sed varonil pronto pasaron
 a juzgar de tu cuerpo el suave hechizo.

*Digno era de adornar el breve friso
 de aquellos templos griegos que pasmaron
 a las huestes de Roma, y que dejaron
 en cada piedra lo que Atenas hizo.*

*Me ganó, muy después, de tu mirada,
 la ternura, el ardor, la honda querella;
 mas hoy que te idolatro, dulce amada,
 si me importa apreciar cuánto eres bella,
 más me place saber que a tí te agrada,
 de mi cielo sin sol, ser tú mi estrella.*

Nunca podré decirte que he sentido

NUNCA podré decirte qué he sentido
 ayer al recobrarte en nuestro lecho
 y al reclinar, feliz, en tu albo pecho
 la testa loca que por tí ha sufrido.

*Nunca podrás saber cómo he querido
 estar de tus caricias al acecho,
 y aferrar a tu cuerpo en lazo estrecho,
 y tenerlo en mi espasmo confundido.*

*Si gustas evocar aquel minuto
—raptó febril del jadeante gozo,
festín pagano del que yo disfruto—,
no dudes que ya en él sumo, dichoso,
al cariño infinito del tributo,
mi ardor viril hacia tu cuerpo hermoso.*

Siento todo mi cuerpo cual si fuera

SIENTO todo mi cuerpo cual si fuera
de arterias y de nervios red estrecha,
y en cuyos hilos, cauto, a mí me acecha
agudo mal con su dolencia artera.

*El resto de mi cuerpo pareciera
como inútil materia, que, deshecha,
déjase al fin morir, bien satisfecha
de salvar lo que importa que no muera.*

*Estéril sacrificio, pues en vano
la noble arteria en su bregar se apura
y el nervio en la ilusión de que aun es sano.
Así, cuando te brindo mi ternura,
son ambos, en la cárcel de lo humano,
esbirros que me infligen su tortura.*

JOSÉ MARÍA MONNER SANS.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, LAS CASAS Y EL SEÑOR CADDEO

Sí para verificar la solidez de las conclusiones a que he arribado en mis estudios sobre el valor de las fuentes historiográficas colombinas, no tuviera otro medio que aquel que me brindan los desahogos del aficionado italiano Rinaldo Caddeo, bastaríanme ellos para considerarme satisfecho. Porque es el caso que el recordado dómine, se me ha venido encima, por dos veces, sin éxito en ninguna. Primero fué en *Le Opere e i Giorni* (Marzo de 1930) y después en *Nosotros* (Julio y Agosto últimos). A la primera arremetida respondía en esta misma revista (Nº 251 del mes de Abril) y a la segunda lo hago ahora para finiquitar la cuestión, desde que no me es posible dilapidar el tiempo en entretenimientos inútiles.

Después de todo, el americanismo del señor Caddeo es de una índole tal, que obliga a sonreírse y hacerle cuchufletas; y mal gusto denunciaría de mi parte si me ensañara con él. Quiero advertir, sin embargo, que me resuelvo a contestar a su última bofetada de errores y de adjetivos, sólo para evidenciar, precisamente, ante los desprevenidos, cuán escasa es la versación americanista del señor Caddeo, y cuán despreciables resultan sus capacidades dialécticas. Para hacerlo sólo me basta tomar, punto por punto, las afirmaciones que he formulado en mi trabajo: *La superchería en la historia del descubrimiento de América* y en la nota que publicara en *Nosotros*, en Abril de este año, y parrearlas con las respuestas desconcertantes del apurado periodista milanés. Si tal hiciera, veríase pronto lo inconsistente de su defensa, lo atravesado de su razonamiento y hasta la poca limpieza de sus manejos polémicos. Pero es dar demasiado por el pito. Sólo me

concretaré a cuanto respecta a lo que ahora considera la parte básica de su objeción a mi tesis. No quiero entrar a ello sin prevenir que quien *arteramente* desfigura las cosas, quien usa *ardides incalificables*, quien *miente a sabiendas*, y quien hace *químéricas lucubraciones* — términos todos los marcados con bastardilla con que me obsequia el señor Caddeo en el último número de *Nosotros* — no soy yo precisamente. Agregaré, de paso, que cuando no se ha logrado destruir las pruebas de que el libro atribuido a Fernando Colón contiene fragmentos de obras posteriores a la muerte de éste, — cosa que le he evidenciado transcribiéndole trozos de sus mismas acotaciones a la edición “Alpes” que dirigiera — y cuando se ha guardado silencio acerca del anodante testimonio que nos ofrece el mapa de Behaim, cotejado con la supuesta carta de Toscanelli — cosa que también tengo realizada — no se está en buen terreno para polemizar sobre estos temas. Pero soy misericordioso, y como hasta le perdono al señor Caddeo las injurias con que rellena los vacíos de su erudición, y bajo las que se guarece contra el granizo de mis demostraciones, le acepto que todo eso es baladí y convengo con él, así como lo proclama en el último número de *Nosotros*, en que lo básico de su impugnación a mi trabajo *La superchería*, es su aserto — según él no destruido por mí — de que Oviedo no ha dicho lo que yo le atribuyo, y de que, en consecuencia, la inferencia que de tan infundada tesis se sacaría para probar la participación que habría tenido Las Casas en el manipuleo del libro que apareció con el nombre de Fernando Colón, vendriase ruidosamente a tierra, levantando una nube de polvo que debería sepultarme para siempre.

Pues bien. Sepamos qué he dicho, qué ha contestado el señor Caddeo, qué escribió Oviedo y qué cosas se afirman en el libro atribuido a Fernando. Porque el asunto está ahí. El señor Caddeo se empeña en hacerme demostraciones eruditas que, en último caso, debió convertir en acotaciones al capítulo X de *Le Historie*, que reeditara este año, y que ahora, como se verá, se vuelven contra él mismo, rubricando la polémica con un categórico fallo a favor mío.

Procedamos con orden.

a) Esto fué lo que escribí, respecto al asunto, en la página 8 de mi *Superchería*, y después de citar una línea de cierta carta colombina que reputo apócrifa: (1)

“¿Qué significa ésto? Para quien no está en ciertas noticias, absolutamente nada. Pero no ocurre lo mismo para los que “estamos en esos secretos. En efecto, ese párrafo va dirigido a “Fernández de Oviedo quien, en su *Historia de las Indias*, libro “II, capítulo III, sin desconocer que Colón estaba reputado hombre de ciencia, afirmó que el Descubrimiento no había sido más “que un *reencuentro* de tierras que el Almirante *hallólas escritas*, que estaban olvidadas, e que no dudo — dijo — *averse savido y poseydo antiguamente por los reyes de España*”.

b) A esto el señor Caddeo ha respondido:

“Detengámonos un poco y preguntemos al fantástico escritor a qué juego jugamos. Aquí se pretende crear un equívoco “grosero. Cuando Oviedo afirma que las tierras descubiertas “por Colón eran *olvidadas* y expresa la seguridad de “haverse “sabido y poseydo *antiguamente* por los reyes de España”, no “entiende él de ninguna manera quitar al Genovés el mérito de “haber sido el primero entre los modernos en llegar a dichas “tierras. Oviedo cree en cambio que Colón “*fué el primero que “en España enseñó a navegar el amplissimo mar Océano para “las alturas de los grados del sul y norte. E lo puso por obra; “porque hasta él pocos, e mejor diciendo, ninguno, se atrevían a “lo experimentar en los mares...*” Eso se llama hablar claro a “favor del Almirante”.

¿Y qué tiene que hacer ésto con mi afirmación? Lo que digo no puede tomarse aisladamente. Debe vincularse al proceso dentro del que se encuentra, y considerarse con relación a la carta de 1498, que he declarado apócrifa, a las vinculaciones inafectivas que había entre Oviedo y Las Casas, y a lo que se dice en el cap. X del libro atribuido a Fernando. Convengo con el señor Caddeo — y lo he dicho antes que él, como puede verse en el trozo transcrito —, en que Oviedo no desconoció méritos al Almirante. Pero es que no se trata de eso. Lo que yo he dicho. lo

(1) El párrafo dice así: “Ni valía decir que yo nunca había leído que Príncipes de Castilla jamás hubiesen ganado tierra fuera della y que ésta de acá es otro mundo...”

que he repetido y lo que sigo afirmando, es que existe una desproporción entre lo que escribió Oviedo y el ataque que por ello se le lleva en el libro atribuido a Fernando. Y lo que he agregado — y el señor Caddeo no toma en cuenta —, es que resulta demasiado coincidente lo desproporcionado de ese ataque y los 12 capítulos que al mismo asunto consagra Las Casas en la *Historia* que dejó inédita con su nombre. Además, el propio señor Caddeo, según se lo demostré en el número de Abril de NOSOTROS, me suministra la prueba del aserto. Efectivamente, el texto de *Le Historie* que él reedita, tomo I, págs. 80 y sigtes., demuestra que estoy en la verdad. La obra en cuestión atribuye a Oviedo la aseveración de "*aver pienamente provato che già fu un altro autore di questa navigazione dell'Occidente, e che gli Spagnoli ebbero il dominio di quelle terre*".

¿Quién ha dicho lo que el señor Caddeo me atribuye? Se ve bien claro que no he sido yo sino el autor del libro que el mismo señor Caddeo reconoce como de Fernando Colón. En consecuencia: no es Carbia quien está en favor de Oviedo, y éste en contra de Carbia, como reza el subtítulo de la desgraciada nota del señor Caddeo.

Concretamente, pues, mi tesis está probada desde que no es posible admitir discusión sobre un texto de contenido clarísimo como lo es el que he copiado. Fernando Colón no podía haber tergiversado así lo que Oviedo escribiera. Las Casas, en cambio, sí, por razones que no son las que Caddeo cree. Las Casas no combatía a Oviedo porque fuera conquistador. Suponer eso, como hace Caddeo, es ingenuo e infantil. Lo combatía, lo trataba de desacreditar, le disparaba saetas envenenadas, porque Oviedo, como historiador, había contado minucias de su vida, que no le favorecían. Ahí está el cap. V del libro XIX de la historia de Oviedo para probarlo; ahí están las notas que figuran en el prólogo a la edición oficial de dicha obra, que lo confirman; y ahí están, por último, los adjetivos con que Las Casas, en todos sus escritos, acompaña el patronímico de su contendor. La historia de Oviedo era para él *una falsísima historia*.

De todo esto resulta, a la postre, que no es cosa sin fundamento dar a Las Casas la paternidad del libro atribuido a Fernando, cuando se advierten en él desahogos que no podía tener el

hijo del Almirante, y que sí los necesitaba el brioso fraile contra quien *en una historia* lo había pintado al vivo. Lógico era, pues, que lo desacreditara *como historiador*. Para ello escribió el libro que, usando una superchería literaria, atribuyó al hijo del Almirante, y para ello eligió un asunto ajeno totalmente a su persona, desde que haber hecho lo contrario hubiese resultado absurdo. El asunto de la prioridad del Descubrimiento, después de todo, había estado en el ambiente durante el pleito de los Colones, pues, según se recordará, un fiscal había negado al Almirante el mérito del hallazgo. Las Casas eligió bien el asunto. Pero se le fué la mano, pues quiso atribuirle a Oviedo intenciones que éste no tuvo. Por otra parte, la denuncia de que en el libro *Le Historie* ha andado la mano de Las Casas, la admite el propio señor Caddeo, quien en la pág. 32, nota 14 de la reedición de la obra, reconoce que en el texto "*per errata interpretazione o per cattiva stampa*" figuran trozos del extracto del diario del primer viaje de don Cristóbal, arreglado a paladar por el celeberrimo fraile!...

¿Y para qué seguir si en lo que el señor Caddeo considera la parte básica de su impugnación, le acontecen las cosas que acabo de evidenciar?

No terminaré, empero, sin documentar la calificación de aficionado que tenga hecha al señor Caddeo. Y la documento con la comprobación de que, no siendo un versado a fondo en materia americana, al acotar el texto del libro atribuido a Fernando, que reedita, plagia, sin cautela alguna, nada menos que al conocidísimo Humboldt.

He aquí la evidencia:

Dice Caddeo, tomo I, página 88:

"8. Qui D. Fernando confonde l'isoletta di *Atalanta*, posta in faccia all'Eubea o Negroponte, e disgiunta dal continente europeo da un antico terremoto, con la famosa *Atlantide*, grande continente sommerso nell'Oceano Occidentale o Atlantico, e di cui parlarono Solone e Platone".

"9. *Stazio e Seboso*: D. Fernando ne fa due persone distinte mentre si tratta di *Stazio Seboso*, che soggiornò a Gades (Cadice) per raccogliere notizie sulle isole del Mare esterno, o Atlantico".

Dice Humboldt, (“Ensayo sobre la historia de la geografía”) I, p. 80, en la edic. castellana de la “*Biblioteca Clásica*”:

...“Confunde la isla de *Atlanta*, al Norte del Euripo, en el canal, entre la Lócrida y la Eubea, separada del continente por un terremoto (Thucydides, III, 39; Plinio, II, 88), con la *Atlántida* de Solón y de Platón; convierte en dos personas distintas a Statio Seboso, que permaneció algún tiempo en Cádiz para adquirir noticias de las islas del *mar exterior*...”

Y para terminar me voy a permitir brindar al señor Caddeo con una evidencia rotunda y categórica de su incompetencia. Porque es lo cierto que al redactar sus apostillas, cuando no plagia a Humboldt — como se acaba de ver —, se da de bruces contra los enigmas eruditos que la obra plantea. Tal es el caso, para señalar un ejemplo, del *Juvenzio Fortunato* que figura en el libro atribuido a Fernando (tomo I, p. 69 de la edición “Alpes”) y sobre el cual pasa el señor Caddeo desprevenido y orondo. No hace acotación alguna, como en aquellas otras ocasiones en que figuran nombres de autores de libros — este *Juvenzio* sería eso — y ni siquiera advierte que el tal escritor no ha existido jamás, pues su aparición en el texto se debe a un error de copia en el original que Luis Colón remitió a Italia a mediados del siglo XVI. En efecto: no se trata aquí de ningún autor llamado Juvenzio Fortunato, sino de un libro que cita Las Casas en el tomo I, p. 99 de su *Historia*, cuyo título — según él —, era el de *Inventio fortunata*, y que no parecería ser otra cosa que un relato del descubrimiento de las islas Canarias, antiguamente conocidas por las *Afortunadas*. No deja de causar extrañeza que el señor Caddeo, que ha presumido de sabio en cierto engendro con el que debutó como prologuista de la colección *Viaggi e scoperte* — “Le navigazione atlantique”, se nombra el producto de su fatiga erudita —, ignore esto y cometa el pecado de inducir en error a los inocentes lectores de esta nueva edición de *Le Historie*.

Y nada más. Oportunamente el señor Caddeo va a tener ocasión de evidenciar el grado de verdad que existe en lo que afirma en su última nota de NOSOTROS, acerca del amor que profesa a los estudios y a la verdad histórica. Para entonces lo emplazo.

LETRAS HISPANO - AMERICANAS

Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura, por *Alberto Zum Felde*, Montevideo, 1930.

I. — La Comisión Nacional del Centenario de la República del Uruguay tuvo la feliz idea de asociar las letras a la conmemoración de la fecha, subvencionando la edición de esta obra y la de sendos volúmenes de poesías de Juana de Ibarbouron, Emilio Oribe y Fernán Silva Valdés. Creemos que la elección ha sido afortunada y el gesto oportuno. ¿Hemos de repetir el lugar común de que las fuerzas espirituales hacen la grandeza de los pueblos con más perduración que las materiales?

Alberto Zum Felde ha respondido a la confianza de la Comisión Nacional del Centenario haciendo honor a su abolengo de crítico, — ganado en once años de diaria labor que condensó oportunamente en “Crítica de la Literatura Uruguaya” y “Estética del Novecientos”, — con tres copiosos volúmenes, en los que, según su propio decir, “se realizan una ordenación y una valoración totales de las letras uruguayas, sobre el terreno, más amplio, de la evolución histórica de nuestra cultura”.

Añade: “Es este (libro), respecto al Uruguay, su testamento (el del autor) de crítico”.

Zum Felde ha querido cerrar un período de su vida literaria con *Proceso intelectual del Uruguay*. La intriga, los bajos enconos, el despecho, conjuráronse más de una vez en torno al independiente hombre de letras uruguayo.

Serenamente a veces, otras descendiendo a la polémica con pasión, ha venido soportando ataques sin claudicar. De pronto, — ¿cansancio?, ¿asqueo?, ¿seducción de otras rutas? — decide abandonar la crítica, al menos en la forma activa y militante en

que la hacía. Revisa su obra, serena muchos de sus juicios, lima algunas asperezas, adapta todo a un plan orgánico, y, cuando termina de concretar en una obra "definitiva y duradera" su largo esfuerzo, cede al que quiera venir el "heróico" sitio.

Ya escribía Cicerón: *Ambitio major vita tristior.*

Nunca fué tarea fácil ni mucho menos exenta de sinsabores, la de quien quiso "raconter les aventures de son âme au milieu des chefs-d'œuvre" (1), cumpliendo la definición del buen crítico que nos dá Anatole France. Ahora juzgad si en vez de "chefs-d'œuvre", el alma debe correr sus aventuras no pocas veces entre conatos de obras, entre balbuceos, entre vanidades y petulancias erizadas de suficiencia. Diréis ¿a que aventurarse en tan menguados jardines? A esto, aunque nos excedamos en las citas, contra nuestra costumbre, contestamos con una voz lejana pero enfática, autorizada y solemne: "Malheureusement un bulletin bibliographique ne se fait pas uniquement avec du libre arbitre et de l'intelligence; il doit subir l'ordre ou le désordre des publications de chaque jour. Il faut qu'elles viennent comme elles peuvent s'entasser et se presser dans ce cadre étroit, kaléidoscope sans éclat et sans variété, de sottises et de choses médiocres! Il es des badaus ou des railleurs qui appellent celá donner une idée de la marche de l'esprit humain!" (2)

Zum Felde, que ama la crítica y por este amor supo dignificarla, no solo ha cosechado ingratitudes en su trabajo. En le ha valido en justicia un lugar de primera fila entre las plumas que en Hispano-América se consagran a la tarea de comprender, exaltar y recrear la producción literaria.

II. — *Proceso intelectual del Uruguay*, consta, como hemos dicho, de tres volúmenes. El primero, se halla dividido en tres partes. La primera compuesta de los siguientes Capítulos: *La formación colonial, La poesía gauchesca.—Bartolomé Hidalgo, La poesía académica, El Parnaso Oriental y Acuña de Figueroa.* La segunda de *El Movimiento Romántico, Andrés Lamas. Adolfo Berro. Juan Carlos Gómez. Margariños Cervantes.—Otros escritores.* Y la tercera de *La segunda generación romántica, La pléyade*

(1) *La vie littéraire*, vol. I, pág. III.

(2) *Poésie et poètes*, pág. 84. Barbey d'Aurevilly.

del Ateneo, Zorrilla de San Martín, y Acevedo Díaz. El segundo volumen está formado enteramente por la parte cuarta, que a su vez comprende como capítulos: *El positivismo y el modernismo, Los cenáculos, José Enrique Rodó, Herrera y Reissig, Florencio Sánchez, Javier de Viana, Delmira Agustini, María Eugenia Vaz Ferreira, Carlos Reyles, Otros escritores*. El tercer volumen vuelve a ser dividido en tres partes: la quinta, con dos capítulos, *La crisis de la cultura universitaria, Vaz Ferreira*; la sexta con otros dos: *La poesía contemporánea, La nueva generación*; y la séptima, con un solo y largo capítulo, *Escritores actuales en prosa*.

Se advierte, por la enumeración que acabamos de hacer, como antes que los escritores, estudia siempre Zum Felde la época en que actúan, buscando entroncarlos, o hallarles un común denominador.

Primero desarrolla el panorama social y filosófico, historia el ambiente, va jalonando el nacimiento y evolución de las ideas; y cuando está acotado el predio, entra, entonces, a perfilar las figuras en él actuantes.

En *Estética del Novecientos*, libro ágil y sólido, lleno de valores y de sugerencias, nos dice Zum Felde: "El arte es, pues, la expresión de la más profunda realidad de cada conciencia y de cada tiempo". (3) En abono de esta definición está el programa de *Proceso intelectual del Uruguay*, que acabo de transcribir.

Y su teoría estética, en estas palabras, igualmente vertidas en aquel libro: "¿La función del arte, en cuanto fin, sería elaborar las imágenes puras de la realidad psíquica, las formas que la vida humana quiere alcanzar, y cuyo esfuerzo en alcanzar constituye su ética? Probablemente, sí. Porque, si no es el arte lo que crea esas formas, ¿qué las crea? ¿La religión? Pero la religión requiere asumir la representación concreta de la imagen, requiere la forma estética del mito. Y quizá sea esta la más poderosa forma del arte. En cuanto a la filosofía, puede decirse que da el sentido de esas formas, expresado en conceptos". (4).

Ciñéndose a las normas que se desprenden de esos principios desarrollados extensa y sólidamente en *Estética del novecientos*, se alza toda la amplia fábrica del *Proceso Intelectual del Uruguay*.

(3) Pág. 33.

(4) Op. cit., pág. 34.

Zum Felde, no es ni objetivista como quería Brunetière, preconizador de la crítica impersonal, ni subjetivista a la manera de Lemaitre.

Con su declaración: "el arte, función de la conciencia, si bien puede ser objeto de un especial estudio, no puede ser verdaderamente entendido, sino en sus relaciones con la totalidad de la vida humana" (5) se pone al lado de Taine y su famosa trilogía de "raza", "medio" y "momento".

En Hispano-América la crítica fué casi siempre subjetivista. El temperamento hispano-americano, vehemente e impresionable, tiene mayor proclividad a juzgar con activa y apasionada intervención del yo, que limitando la acción de este a sencillo centro de control.

Zum Felde alía, en cierto modo, la doctrina de Taine con la influencia que el medio ambiente ejercita sobre él — es así la primera prueba de su teoría — y *Proceso Intelectual del Uruguay*, se ajusta a tales extremos.

III. — Esta obra puede ser objetada en algunos puntos, y la objeción consistiría en reeditar cuanto se ha dicho a propósito de las varias historias literarias de nuestros países. Su corta vida, que recién ahora comienza a definirse con rasgos propios, y antes solo fué reflejo lejano de otros ambientes, no ofrece aspectos de trascendencia que la caractericen ni sus escritores personalidad polarizadora o volumen significativo, en virtud del cual sirvan de jalones divisionales, de puntos de referencia o de mira. En consecuencia, nuestras historias literarias apenas pueden alcanzar reducidas proporciones dada la falta de extensión y profundidad de la materia historiable.

Esta objeción, nosotros no la hacemos sino en parte muy pequeña, porque tenemos presentes los conceptos de Barbey d'Aurevilly más arriba citados y por que entendemos que la historia, hecha por quien es actor y espectador, juez y parte, a la vez, necesariamente tiene que excederse en el detalle. La síntesis supone visión de conjunto y ésta no se adquiere sino con la lejanía que permita dominar amplio panorama.

Entre nosotros, tratándose de los últimos cien años, todos

(5) *Estética del Novocientos*, pág. 10.

somos jueces y partes. Es tan corto el primer siglo de la historia de Hispano-América y estamos tan en familia, que faltan todas las perspectivas y flaquea la rectitud por más que se empleen rigurosos métodos.

Zum Felde ha juzgado siempre con perspicacia e independencia. Ajustándose a ésta, ya nos advierte (6): “El tipo del “hombre de letras” — a la europea — ha sido el más raro de nuestra historia durante el siglo XIX”. A excepción de una media docena, precisamente aquellos a quienes concede mayor extensión en el análisis y juicio de su obra, a los demás considéralos incluidos en el *tipo cívico*, clasificación que abarca a todos aquellos que fueron la mayoría, consagrados a la política por encima de todo, — literatos, filósofos, historiadores de ocasión, por simple casualidad o por ornato intelectual secundario.

Después de situarlos así, Zum Felde todavía los lleva a más justo terreno, añadiendo (tomo I, pág. 230, ob. cit.) “no podría decirse que han sido originales ni en los conceptos ni en la manera; eran discípulos de los grandes oradores y polemistas franceses (e ingleses alguna vez)”.

Entonces, se dirá, ¿a qué incluirlos en una historia literaria?

Advirtamos que Zum Felde llama su libro *Proceso intelectual del Uruguay* y le da como subtítulo: *Y crítica de su literatura*. Es, entonces, inevitable, filiar sin excepción a quienes bajo uno u otro aspecto han contribuido a elevar la cultura uruguaya.

En la tarea de “criticar su literatura”, podría argüírsele la escasez de bagaje juzgable en algunos, argumento que también cabe aplicar al aporte de los considerados *cívicos* a la cultura del país. Es aquí, entonces, donde suele fallar la visión de Zum Felde.

Pero es tan certera en las líneas generales, inquiere con tanto empeño de sinceridad el proceso evolutivo de cada época y de cada individuo, dejando advertir tal fervor en la tarea, que gana enseguida las simpatías y obliga a reconocer el mérito de la obra y el valor de los juicios en ella sustentados, sin que puedan gravitar en contra los pequeños lunares.

IV. — Nosotros proclamamos la importancia de los libros de la índole de *Proceso intelectual del Uruguay*, porque hoy más que

(6) *Proceso intelectual del Uruguay*, tomo I, pág. 228.

nunca es necesario ofrecer un resumen de valores, una exposición de tendencias, llevándolas al alcance de todos. Dada la premura del vivir moderno, pocos o ninguno serían quienes, por sí solos, indagaran en el ayer, relacionaran obras, autores, épocas, investigando lo que más frecuentemente se libra a la intuición.

Y son doblemente importantes, cuando quienes los hacen están capacitados para la tarea, como en el caso de Zum Felde.

Es natural que, aun cuando haya sido puesto en práctica por el historiador el objetivismo más riguroso, sus críticos encuentren omisiones o extensiones indebidas. Si el subjetivismo de aquél ha podido ser dominado, siempre quedará el de alguno de los críticos.

En líneas generales, *Proceso intelectual del Uruguay* es un libro de información exacta, de sencillez y claridad, recomendable al estudioso y accesible al simple lector curioso.

Historiador y crítico, Zum Felde ha volcado en este libro, que ya hemos visto llama su testamento del género, largas investigaciones, amorosamente realizadas, meditados juicios, producto de muchas vigiliás. Constituyen la parte enjundiosa del *Proceso* los ensayos acerca de las más altas y significativas figuras de las letras uruguayas, aparte de los estudios de conjunto que extraen las directrices de cada una de las épocas en que Zum Felde divide el desarrollo de la literatura uruguaya, los cuales ofrecen abundante información objetiva. En estos está el hecho, en aquellos el comentario. No hacemos mención de las páginas consagradas a muchos acólitos de la literatura y dioscecillos menores, gastados ya al primer artículo de revista — necesidades del *bulletin bibliographique* que diría D'Aurevilly.

Acuña de Figueroa, Zorrilla de San Martín, José Enrique Rodó, Herrera y Reissig, Florencio Sánchez, Delmira Agustini, María Eugenia Vaz Ferreira, Reyles, Carlos Vaz Ferreira, son nombres que Zum Felde ha tratado con cariño. La semblanza moral y literaria, está hecha al agua fuerte, y el juicio histórico asentado en la imparcialidad posible dentro de la humana condición.

Las vidas idas o que ya han *desenvuelto por entero la parábola de su destino* (7) enjuícialas Zum Felde de manera definitiva, considerándolas entradas en la historia con caracteres inmodifi-

(7) *Proceso*, vol. III, pág. 73, Zum Felde.

cables, para su punto de vista. Por eso, al juzgar los escritores de la época presente, aun sujetos a la natural evolución, hace la reserva de que entiende corresponde la tarea al crítico de mañana, y la de él es solo "aportar datos y puntos de vista de nuestra propia actualidad". Sin embargo, sus estudios sobre Silva Valdés y Emilio Oribe, nos parecen definitivos y enfocados con amplio juego de perspectivas. No desmerecen al lado de los que ya citamos, de los "ya entrados en la historia", aún cuando los dos poetas puedan presentar con el tiempo nuevos aspectos. Habrá una faceta más, el brillo aumentará; pero la calidad de la piedra será invariable: tal como la fijó Zum Felde.

V. — Hemos punzado el contenido de tres volúmenes de 330 páginas cada uno, tratando de fijar brevemente la significación de su autor, su credo estético, aquellas observaciones que pueden hacerse al *Proceso*, la arquitectura y técnica de este, su valor.

Querriamos dedicarle un detenido análisis, —anticipando que no discreparíamos sino en muy contadas ocasiones—, para dar relieve a las agudezas de visión que caracterizan a Zum Felde y exaltar su serenidad, su comprensión, su buen gusto. Tiranías de tiempo y espacio nos dominan. Y hay que substituir altos propósitos con nerviosa sucesión de notas marginales.

Quede señalado, no obstante, el esfuerzo que supone *Proceso intelectual del Uruguay*, trabajo orgánico de grande aliento, no habitual en nuestros medios intelectuales.

HISTORIAS Y PANORAMAS

Es muy conocida en nuestras tierras de Hispano-América *The Literary History of Spanish América*, publicada en 1916 por Alfred Coester, profesor de la materia en la Universidad de Stanford, California. Traducida por Rómulo Tovar a nuestra lengua (Librería y Casa Editorial Hernando (S. A.) Madrid, 1929) nos llega ahora con lujosa y sólida presentación.

Declara el Sr. Coester haber introducido algunos nombres nuevos omitidos en la primera edición y aprovechado la ocasión para citar los textos en vez de resumirlos. Se trata, pues, de una edición corregida y aumentada.

Sin embargo, las mismas estrecheces de criterio imperantes en la edición original campean en la presente y, como siempre, muchos nombres faltan todavía en ella y sobran no pocos. Se trata de una historia de historias.

No puede negarse que el Sr. Coester conoce nuestras letras a través de una vasta bibliografía; pero le ha faltado, a nuestro entender, la elasticidad de juicio necesaria para independizarse de la tiranía que sobre él ejerce su profesión. Libre del prejuicio del profesor, tal vez hubiera captado su sensibilidad muchas bellezas para él ignoradas porque no están en las Antologías o en las Historias o simplemente no proceden de autor que cuida con esmero de su propaganda.

El Sr. Coester aparece demostrando mayor versación en el período más insulso de las letras hispano-americanas, que es el más historiado hasta hoy, y por lo que le concede mayor espacio; en cambio, los movimientos intensos y activos de los últimos veinte años le escapan o los considera someramente. Su colega Isaac Goldberg, por ejemplo, ha sabido penetrar más profundamente en el alma de nuestras letras, porque ha tratado más que de dar nombres y fechas, de interpretar libros y autores, abriendo así camino hacia la entraña de la literatura hispano-americana.

Dentro de sus límites el libro que nos ocupa, presta servicio a pesar de todo a la difusión del nombre literario de la América Española; por eso es justicia reconocerlo con la expresión de nuestro agradecimiento.

II. — Un nuevo *Panorama* de la literatura hispano-americana, esta vez en francés, hecho por un franco-argentino, como el de la literatura argentina en italiano, lo hiciera un ítalo-criollo, acaba de ser dado a la publicidad. (8).

Ya señalamos, cuando apareció este último, el error de construir tales libros con criterio y punto de vista europeo y no hispano-americano o argentino, colombiano, mexicano, etc., según el origen de las letras tratadas.

Puede contestarse a este modo de opinar, que debe interesarnos el *modo de vernos*, de los extranjeros. Si, de acuerdo cuando los extranjeros *nos ven* y no *nos adivinan*, cuando los extranje-

(8) *Littérature Hispano-Américaine*, por Max Daireaux, París, 1930.

ros se han tomado la molestia de estudiarnos y su juicio revela comprensión, sinceridad, honradez intelectual. Pero, cuando así no sucede —y es la mayoría de las veces—, cuando los libros se escriben no para nosotros, sino para los europeos o los yankees o los hotentotes, —como es el caso de los Panoramas o Historias literarias en idiomas extranjeros— nuestro *mínimum* de exigencias es que ellos obedezcan a un objetivismo depurado, fiel reflejo de la verdad.

Las intenciones del Sr. Max Daireaux, como las del Señor De Matteis, como la del Sr. Coester, nadie duda que son honestísimas; pero ¡ay! el infierno está empedrado de buenas disposiciones.

La publicación de *Littérature Hispano-Américaine* merece elogio, el mismo que acabamos de hacer a la *Historia* de Coester, porque ella cumple un fin conveniente al conocimiento de la literatura de nuestra lengua: despierta la curiosidad y atrae al lector hacia ella. Convenimos en que la difusión obtenida por las ediciones francesas, excelente vehículo propagandista, hará llegar a muchos lugares ignoradas noticias de la existencia de un movimiento literario potente y rico en contenido. Gracias a Melchor de Vogüé, por ejemplo, la literatura rusa pasó de su círculo nacional al universal. Pero dos cosas son necesarias para llenar con eficacia este cometido: amor y claro juicio, consagración larga e inteligencia.

Un lector desordenado, que mezcla en *pêle-mêle* funambulesco géneros, épocas, tendencias, no puede producir la metódica presentación indispensable para que ella sirva de base a un conocimiento provechoso. Es tan necesario atemperar el juicio como ordenar las lecturas y profundizar las investigaciones, cuando se emprenden tareas de índole divulgadora, porque si bien éstas tienen, como hemos señalado, el mérito de despertar la curiosidad, también *suelen bastar* a muchos en el conocimiento de la materia. Y si la ecuanimidad, la ponderación, la verdad, no lograron presidir aquellas, inútil es decir que toda su acción bienhechora queda anulada o deformada. A veces es mejor ignorar que conocer erróneamente.

En *Littérature Hispano-Américaine*, al lado de finas observaciones hallamos errores fundamentales, junto a la sobriedad

y el equilibrio francés, *trop de littérature* para un libro didáctico y de crítica. El Sr. Daireaux ha sabido ver con agudeza el problema del profesionalismo de nuestros escritores, su exagerado individualismo e indiferencia por la producción hispano-americana, el rastacuerismo que los lleva en busca del *baiser de Paris* —en este camino, afirmaríamos que París no tiene boca— al que no califica pero señala, confundiéndolo con amor por Francia. En cambio el fantasma de la *tutela ibérica*, de la *dominación española*, le hace decir unos cuantos despropósitos repetidos, en parte, al hablar de la influencia francesa. El ritmo de la vida en Hispano-América hace tiempo que es más activo y agitado que en Europa. Por eso y no por otras razones, H. A. se va desprendiendo de la tutela, que se disputan España, Francia e Italia, como tres abogados en busca de una testamentaria de menores.

Sabemos pensar solos, y nuestra intuición por un lado, si no se quiere hablar todavía de sentido crítico, y apetencia de conocimientos por otro, nos llevan a las fuentes, renunciando a los mentores, sin desconocer por eso el valor de éstos, cuando lo tienen, y el gran servicio que prestan y pueden prestar, más por conveniencia propia, es indudable, que por desinterés.

Todos aquellos escritores contemporáneos, o aprendices de escritores, que han pasado por París o enviaron sus libros al Sr. Daireaux tienen sendos artículos, consagratorios infaliblemente. Así, mientras —citamos del Uruguay, por ejemplo—, Raúl Mendilaharsu que fué un embrión de poeta llena una página, Emilio Oribe, cuya obra no puede ignorarse, ni ser desconocido su alto nombre, no figura en el volumen. Alberto Zum Felde, crítico e historiador de la literatura que trata Daireaux, tampoco merece el honor de dos líneas... Eduardo Barrios, vale media página, mientras Martínez Zuviría goza de una y media. Benito Lynch, alcanza a llenar media página... Hilando despacio iríamos lejos. No queremos continuar. Basta una alerta.

Y exprofeso no tratamos los casos Paul Groussac y Juan Pablo Echagüe, porque ya los han señalado otros comentaristas y a nosotros se nos aparece como *asuntos particulares* del señor Daireaux mezclados en el texto de su obra.

No reprocharíamos el olvido de nombres secundarios o no

significativos, hecho inevitable en obras que abarcan límites vastos; tampoco, yendo más lejos, el espacio concedido a unos o a otros; es cuestión de visión personal; pero ignorar categoría o subvertir su importancia son faltas imperdonables. El *mea culpa* puede atraer benevolencia, no excusa. Reconocemos la buena fé del Sr. Daireaux. Nos anima la creencia de que si, como lo esperamos, nuevas ediciones del *Panorama* son lanzadas a la circulación, inspirado en esa buena fé tratará de reforzar los puntos débiles de su obra. *Ainsi soit il.*

E. SUÁREZ CALIMANO.

CRÓNICA MUSICAL

Teatro Colón

DE la apenas discreta temporada de primavera del teatro Colón, poco puede decirse, ya que casi no hubo novedad en el repertorio en un todo semejante al de la temporada oficial. De la ópera *Mefistófeles* de Boito que aún conserva para nuestro gusto actual, páginas de gran vigor y belleza emotivas como el estupendo prólogo, el maestro Paolantonio ofreció una versión talvez algo desigual en conjunto, pero con momentos de gran equilibrio y sobriedad interpretativa.

Cabe recordar que en *Lucía de Lammermoor*, de Donizetti, de ingenua, débil orquestación, pero a ratos de una riqueza melódica admirable, el tenor Tito Schipa, por la comprensión del personaje a su cargo y la bondad incomparable de su virtuosismo vocal, justificó la inclusión de esa ópera en el poco movido repertorio.

Un elogio merece la versión de la ópera *Lohengrin* de Wagner, certeramente dirigida por el maestro Paolantonio y muy bien interpretada por sus principales figuras, especialmente el tenor Thill.

Arturo Honegger

En toda la obra de Arturo Honegger, que hemos elogiado desde el punto de vista de la técnica, por su importancia indiscutible, no hay, a nuestro juicio, una sola página cordial, de pura y auténtica emoción, una sola frase que se adentre en el espíritu por el calor o la fuerza de su inspiración. Oyendo *Judith*, última obra que nos dió a conocer este autor en la Asociación Wagneriana, nos confirmamos en nuestro juicio, ya que Honegger parece reflejar en ella, el mismo afán de presentar grandes cua-

dros sonoros desdibujados, de una forzada línea melódica ahogada en un derroche de colores fuertes, a ratos estridentes, el mismo hábil pero poco simpático rebuscamiento que se complace en presentar musculosos cuerpos de sonidos, casi siempre en actitudes hostiles y violentas, el mismo afán de originalidad que se traduce comúnmente en armonías agresivas y ritmos caprichosos que empleó en la confección de sus otras producciones musicales. Como obra de técnica puede ser alabada: como obra de arte no creemos lo mismo.

Los concertistas

María Ranzow — Ricardo Viñes — Raúl Spivak — Elsitá Berner.

María Ranzow es una *liederista* excelente, dueña de una agradable voz de contralto, una dicción muy clara, un exactísimo sentido del matiz y una flexible musicalidad que le permite traducir obras del más opuesto carácter con idéntica justeza expresiva.

Su tacto en la elección de los programas es sencillamente admirable: saber unir en un *crescendo* de interés artístico, bellísimas canciones clásicas de los compositores italianos, hondas y magníficas inspiraciones de los románticos alemanes, (que culminan en el más maravilloso creador de *lieder* que jamás existió: Schubert) a sutiles trabajos líricos, de grandes compositores rusos, franceses o alemanes modernos. Inolvidables fueron sus versiones del estupendo *Rey de los Alisos*, y de *La niña y la muerte*, de Schubert, de *De Zarathustra*, de Arnold Mendelsohn y de *Ravenna* de Othmar Schock.

—Los compositores pianísticos modernos tienen en el notable músico español Ricardo Viñes, el intérprete ideal, porque sus excelentes cualidades de virtuoso del piano, su sobrio y vigoroso temperamento artístico y su firme cultura lírica le permiten dar a las obras que incluye en su extenso y selecto repertorio, que de los clásicos puros llega hasta los modernos más refinados y significativos, el carácter requerido.

Indudablemente, Viñes es un pianista tan respetuoso y fiel interpretando las obras antiguas como las modernas, pero si en algo se distingue y aventaja a la mayoría de los otros pianistas

que nos han visitado, es interpretando estas últimas, que siente con evidente sinceridad y vierte con mano sutil y espíritu fino, elástico, modernísimo. Obras modernas españolas de gran relieve rítmico, ébrias de color, de luz, de contrastes sonoros, entre las que sobresalían las de Falla y Haffter; obras modernas italianas, de cálido lenguaje salpicado de imágenes sonoras raras y brillantes, que alcanzan su plenitud en *Rapsodia napolitana*, de Castelnuovo-Tedesco; obras modernas francesas de una gracia sinuosa y elegante, de un claroscuro sentimental encantador, de una técnica perfecta; y obras modernas argentinas, algunas de carácter folklórico y otras inspiradas en la música francesa actual, casi todas de encomiable factura, sirvieron para poner en evidencia la aguda comprensión del artista y la calidad de dichas obras, que, en particular por su técnica, son dignas de toda ponderación.

—Cada nueva audición del pianista argentino Raúl Spivak, acredita notables adelantos de técnica y de musicalidad sobre el anterior. Del variado y bien elegido programa que presentó en la Asociación Israelita, cabe destacar su vibrante versión de la espléndida *Chacona* de Bach-Bussoni, donde supo unir a un mecanismo de gran precisión, un fraseo muy justo, un sonido noble y majestuoso, un atinado manejo de los pedales y una matización muy cuidadosa, que hicieron resaltar en toda su integridad, la belleza noble y severa de esta obra incomparable.

—Elsita Berner, precoz pianista de doce años, en su primer concierto público efectuado en la Asociación Cultural Diapason, reveló ser una gran promesa artística argentina.

Su maestro tuvo el tacto de no querer presentarla como a una niña prodigio, obligándola a tocar obras superiores a sus fuerzas como se acostumbra con éstos, sin pensar que se los perjudica espiritual y físicamente, pero, sí, en cambio, en un programa de mediana dificultad técnico-interpretativa que no pusiera en tortura sus dedos y su imaginación; y gracias a este saludable criterio pudimos apreciar ampliamente las notabilísimas dotes artísticas de esta niña que si continúa en el estudio sereno e inteligente, bajo una buena dirección artística, llegará a ser quizás nuestra más grande pianista.

MAYORINO FERRARIA.

BIBLIOGRAFIA

LETRAS ARGENTINAS

Lo gótico, signo de Europa, Libro de viajes, por *Juan B. Terán*. — Ca-
baut y Cía., editores. Buenos Aires.

LA copiosa literatura de viajes se enriquece con un nuevo libro, seme-
jante y diferente de los otros en la medida de lo que puede ser su au-
tor, espiritual e intelectualmente, con respecto de los demás autores. Nada
menos sujeto a rigurosidad de plan que este género literario del viaje.

En la presente obra de Terán, el viaje — el paso por las tierras, los
hombres, las cosas, desconocidos o conocidos a distancia — no es en
realidad la causa inmediata, el asunto temático para el narrador; es, a
mirarlo bien, materia generadora de asunto, motivo ocasional. El escri-
tor, hombre de pensamiento, hombre un poco a la orilla del cauce por el
que se va la vida humana y hombre un poco quieto, lo que busca en las
cosas no es su representación formal, con poseer, como todo hombre
normal, dispuestos armónicamente sus cinco sentidos, ni en el hombre su
acto inmediato y sin significación, sino la acción que implica un valor
de trascendencia, sea o no sea perfectamente espontánea.

El viaje es la fuente sugeridora para Terán. Ante cosas y hombres
lo que él, hombre de pensamiento, ve, es la importancia de vitalidad o
eternidad que lleva el impulso creador o que mantiene en pie la obra en
la mutabilidad eliminadora del tiempo. Su *ser* natural se inclina hacia las
ideas, como a otros el suyo les impulsa hacia los hombres o las cosas.
Por eso, donde creo encontrar su punto débil es en las páginas destinadas
puramente a la notación del espectáculo humano, a la consignación de
la anécdota. Afortunadamente, gracias a la preocupación transcenden-
tista, hombre y espectáculo poseen una significación — de otra manera
no hubieran sido considerados como tema, — por lo que, al establecerse
la relación, el episodio queda valorizado. Ejemplo de ello me lo da el
capítulo *Una corrida de toros*, de *allure* lenta y fuerza descolorida, ce-
rrado por unas pocas líneas creadoras de una visión infinita y de un
poderoso simbolismo, en lo que, el hombre de ideas un poco en la som-
bra, me sale al encuentro un poeta. La notación del episodio es simple.
El disgusto del espíritu delicado ante el despliegue de la fuerza suntuosa,
pero bárbara en su finalidad, permanece oculto pudorosamente. Las pa-
labras que cierran el capítulo con las siguientes:

“Al salir de la plaza de San Sebastián con los ojos todavía impreg-
nados por el oro y la sangre de la corrida, nos recibe el rumor, el eco
del tumbo de las olas y de las grandes voces airadas que vienen en el
viento.

“Comprendí, entonces, la justeza de la imagen que quiere hacer del mar el símbolo de la conciencia humana”.

Pero el hombre que pasa frente a las cosas es más una potencia intelectual que una fuerza física. Su mundo más respirable es el mundo de las ideas. Su posición ante hombres y cosas es la del individuo que, dejando pasar la imagen externa a su intimidad con un abandono blando de los sentidos, se afana en la tarea de comprender por medio de las potencias intelectuales. El hombre y la cosa, para el ojo que se contenta con ver, son lo que son o lo que en sí mismos representan; para el intelectual, la presencia viva de una idea o de una voluntad. El intelectual que se acerca a este milagro persigue un fin durísimo de alcanzar: definir. (Estamos en una época definidora por excelencia).

Definir es el mayor, casi podría decirse que el único deseo que aliena en el libro de Terán. Sus páginas son una densa y continuada definición. Es en esta fase donde se ve probada la solidez de su intelecto, por toda la verdad y la fuerza de sus numerosas enunciaciones. Detenerse en ellas sería labor que sobrepasaría los límites de una nota bibliográfica.

Yo no quiero dar constancia sino de lo siguiente: el caso del intelectual puro, del hombre que pulsa el ritmo de la vida pasada y presente y da o no da, sembrador de preocupaciones intelectuales, solución a los problemas que plantea y un anuncio de la probable realidad futura, es, por lo general, un hombre desgajado del mundo. Su vida está en los problemas más que en lo exterior de la realidad contemporánea, que es lo que de la vida, como hombre, le toca más de cerca. Hay una falta de correspondencia entre él y el medio y eso origina una acidez y una aspereza que pudiera llegar a tomarse — recuerdo el caso de tres o cuatro intelectuales puros de hoy — como el exponente común en todos. Voy a anunciar, complacido, que Terán es un intelectual optimista. Creo advertir que una corriente de optimismo transcurre subterráneamente por todo el libro. Veo, sobre todo, una fe inmensa en la inteligencia y en la función civilizadora de la inteligencia. Veo, eso está declarado y con ello se confirma su posición de intelectual, la preferencia hacia la inteligencia y la voluntad contra el sentimiento y la pasión, dos fuerzas hacedoras de historia contra otras dos entorpecedoras y anarquizantes por lo caducas. Y me pregunto — es necesario ceñirse ahora a nuestra pequeña e inmediata realidad — si la lección de estoicismo que se da en un capítulo entero (conciliese el optimismo con el estoicismo) puede alcanzar hasta nuestro momento y si el intelectual debe o no participar en la actividad política.

M. LÓPEZ PALMERO.

Serranía, por Juan Rómulo Fernández. Talleres gráficos argentinos, L, J. Rosso. Buenos Aires, 1930.

SERRANÍA es libro subjetivo, de memorias y recuerdos más que de estricta elaboración literaria. Los relatos y paisajes tienen casi siempre por centro al autor mismo quien ensaya panoramas líricos sobre la base de lejanas andanzas reales.

“Siempre he tenido — escribe —, la imaginación alerta ante aquellos cuadros de vida campestre, que hoy, repujados en mi retina, animan con el prestigio de la alucinación retrospectiva”. Meditaciones de estuoso, además, persiguen la finalidad de entusiasmar a los lectores en favor de la naturaleza agreste pero llena de seducción de la zona montañosa de Cuyo, San Juan, en particular.

Puede ubicarse a *Serranía* en la serie artística de *Recuerdos de provincia* y *Mis montañas*. Como en aquéllos, libros próceres de nuestras le-

tras, resplandece en la selección del señor Fernández, pareja sinceridad de recuerdos y emociones vividas, fecundados en el tiempo al calor de honda sentimentalidad de patria. La naturaleza grandiosa obra cual acicate de altura sobre los espíritus, llevándolos a estimar por contraste la vida sencilla y laboriosa de sus moradores. Con finura de rasgos y cordial comprensión, este autor revive en capítulos varios de su libro el encanto idílico de la vida en los valles y aldeas andinos de San Juan, incluyendo, además, algunos aspectos de la ciudad capital y sus alrededores.

Característica visible de *Serranía* es la vinculación siempre a mano de lo histórico con lo actual, con auxilio a veces de elementos mitológicos y legendarios, y todo fundido en el inalterable propósito de exaltar nuestro ayer de pueblo como fundación promisoriosa y nuestro presente como entidad geográfica y racial. El capítulo que consagra al "Cerro de la Gloria" es, bajo este aspecto, no menos elocuente que "Valle fértil", "Los Reyunos", "El valle de Calingasta" o "Paslián". Muestra por un lado lo actual en la naturaleza pintando paisajes, costumbres y tipos criollos, y por otro, revive complacido el pasado que casi siempre presenta como ejemplar. La figura de Sarmiento, de recuerdo obligado, en cierto modo, por tratarse de su escenario y dada la magnitud del personaje, le ha sugerido una novedosa interpretación. Ayudado por el mismo autor de *Recuerdos de provincia*, que en los capítulos "Mi educación", "La Historia de mi madre" y "El Hogar paterno" ha historiado su infancia, en el largo relato "El pillete", exhibe un Sarmiento niño — un Sarmientito — humanizado hasta la vulgaridad, pero que, salvo algunas eficaces pinceladas de época y la ternura familiar que lo impregna, no resulta del todo eficaz como animación literaria.

El ingenio del autor de *Serranía*, y sus sentimientos no menos que su literatura, se patentizan a través de los diversos temas: "Ni estrecho ni agresivo es el localismo que inspira estas páginas", declara al comienzo, y apenas si era necesaria la advertencia. La musa de amor que parece haberle dictado cada página, mal podía avenirse con la intransigencia o el odio. Y valga para el arenal de rencores que viene siendo desde hace tiempo San Juan, esta recreación de arte que será también lección de tolerancia y de terruñero amor. Fernández siente la dulzura patriarcal de la existencia provinciana, la plenitud del vivir hogareño, del retiro discreto y de la meditación. En "Paslián" hace el elogio de los valles, y no por mera satisfacción de turista. "El valle es sano, bueno y pródigo", escribe. El pensamiento del autor rima con el valle, no con la pétrea eminencia. "La montaña fatiga por su grandiosidad", observa más de una vez. Poco dice a su alma la desbordada arquitectura roqueña, si bien acepta ("El cerro de Zonda") que "la influencia de la montaña actúa, ciertamente, sobre los individuos".

¿En qué forma podrá obrar la montaña sobre la literatura y el arte argentinos? Ya lo irán revelando los libros en gestación y los futuros que vendrán. Cuando a las crónicas y bocetos invertebrados, meramente folklóricos los más, de hoy en día, sucedan obras que alienten lo montañés en espíritu, recién será llegada la hora de estimar ese influjo de la montaña en nuestro arte y literatura. Que esa influencia llegue a ser viva realidad, no hay por qué negarlo prematuramente. Máxime, habiendo ya autores y libros que la atestiguan. Un escritor muy claro y sobrio, el poeta Dávalos, dolíase, haciendo profesión de fe literaria, de la incomprensión, motivada por la raza y cultura europeas, que inhibe a los artistas el sentimiento profundo de la tierra americana. "Somos todavía intrusos en esta tierra sagrada de razas milenarias que se extinguen", escribía. Creemos que tal influencia comunicará una cierta tona-

lidad de germanismo a nuestras letras. Vehemencia, romanticismo, inspiración. Y no valdrá para negarla la crítica inspirada en modelos de Francia, si por sobre el exterior, acaso no ajustado al orden y simetría clásicos, palpita un fuerte impulso vernáculo, expresión de raza y emoción nuevas.

La pampa, a su vez, traerá condigno aporte. Pueden, desde ahora, señalarse algunas coincidencias en libros y autores significativos que de ella se ocuparon. Respecto a *Zogoibi*, de Larreta, por ejemplo, más de un crítico extranjero, y del país, también, ha señalado una acentuada espiritualidad, o mejor, espiritualización del medio, como calidad tónica de la novela. Se trataría de una suerte de transposición ideal de las cosas físicas y tangibles; el ambiente difuso envolviendo a las figuras, iluminadas y vivientes pero no consubstanciadas con él; levedad, ascensión, en suma. En la Pampa, escribe Ortega, "todo es un ir hacia más allá, un aspirar, un anunciar que algo va a ser". ¿Y qué decir de Segundo Sombra sino que este personaje es todo él un puro sentimiento, un espíritu que tiende también a evadirse? Por acá asoma lo que podría ser faz contemplativa, tinta de mística filtrada en la creación de figuras literarias, o en las reproducciones plásticas de lo típicamente argentino. Si Taine pudo encontrar en las nieblas continuas de los Países Bajos la razón lejana del opulento colorido de los pintores coetáneos de Rubens, ¿por qué, en esta tierra nueva para el espíritu, habrán de negarse las eternas influencias de la tierra y el cielo?

Pero volvamos a nuestro autor. Si Fernández siente en algún momento "la impresión cosmogónica de lo grandioso", su espíritu no tarda en serenarse arrobándose en dulces panoramas de égloga. Los cuadros montañeses que pinta, no menos que las evocaciones históricas o legendarias, son por lo común, frescos y comunicativos. Aunque sólo en contados momentos logra destacar objetivamente el tipo humano, consigue relieve y narra con amenidad. El lenguaje sencillo y vivaz, no escaso en regionalismos de expresión y de léxico, es otro elemento de verosimilitud. Es cierto que el estudioso aparece con frecuencia y con un buen golpe de timón nos trasporta a la historia — el campo en que es más suelto y seguro su andar — y aun a la mitología. Pero no hay en ello alarde de ninguna clase, sino simples coordinaciones de cabos mentales. Sinceridad y emoción auténticas, no pueden negársele. Y es precisamente por ese camino que más de una vez alcanza notas de verdadero lirismo. Un arrobo ingenuo ante la naturaleza amada parece poseerlo, brotando sin esfuerzo el lenguaje emotivo. "¡Qué mañanas de sol!, exclama maravillado, yendo por una ruta serrana. ¡Qué árboles gigantescos; qué agua clara y cantarina; qué fragantes flores; qué clima paradisiaco; qué sápidas uvas, manzanas y olivas en los huertos y cañadas; qué mieses tan exuberantes; qué ganados tan airosos, y qué amable y cordial la hospitalidad de las gentes! Desde una pequeña eminencia del terreno contemplaba el cuadro con el azoramiento de quien volviere a la tierra y la hallase virgen después de un largo viaje por otro planeta".

Descripciones y relatos cuyanos, tal es el subtítulo y tal el contenido de *Serranía*. Lástima que los buenos trozos fragmentarios no hayan sido refundidos o seleccionados con vista a un más completo efecto artístico. Subsisten así las páginas ocasionales, escritas bastante al correr de la pluma, junto a otras cabalmente realizadas. Dos cuentos sobresalen entre las que juzgamos irreprochables: "El puente viejo" y "La quebrada del diablo". "La tradición de Huazihu.", evocadora de los fastos indígenas locales; "Buscadores de oro", con elementos históricos y sabor de apólogo; "Huaco", expresiva muestra del paisaje y de la sentimentalidad del autor; "Guallama" y "La difunta Correa", crónica verídica, la primera, y legen-

daria de Cuyo, la segunda — constituyen lo más recomendable de esta obra. La disertación "Poesía y música serranas" (aspectos del folklore argentino) se singulariza por la simpatía y seguridad de información con que el tema ha sido tratado.

Diremos, como dato final, que otro libro del género anuncia el autor, *El valle de Tulún*, complementario de *Serranía* y especialmente dedicado al folklore sanjuanino. De tal manera la labor de periodista y concienzudo cultor de historia nacional de Juan Rómulo Fernández se acrecentará con estos aportes al puro *otium* literario.

JUAN B. GONZÁLEZ.

LETRAS ESPAÑOLAS

Motivos y letras de España, por R. Blanco Fombona. Compañía Ibero-Americana de Publicaciones. Madrid, 1930.

BLANCO Fombona ha reunido en este volumen algunos artículos inspirados en temas circunstanciales algunos, y otros en que se comentan libros y opiniones, o se describen paisajes, todos trasuntando un encendido amor por las cosas españolas.

El agudo crítico venezolano, espíritu inquieto, dispuesto siempre a lanzar su flecha cuando hay que decir algo, aprovecha a veces temas de escaso interés para hacernos conocer sus originales puntos de vista sobre muchas cosas, aunque estas cosas no tengan siempre puntos de referencia al tema en discusión.

Hombre en quien las ideas están en constante ebullición, cualquier asunto por trivial que éste sea, lo convierte Blanco Fombona en tema de gran interés por la vivacidad intelectual con que el crítico lo enfoca.

Leyendo cualquier libro de este escritor comprobamos su gran inquietud, siempre alerta por el destino de estos pueblos del nuevo mundo. Pocos, muy pocos escritores de nuestra América, sienten como Fombona esa honda angustia por el futuro de América. Pocos como él tienen sus ojos vigilantes para descubrir cualquier nube que se cruce por nuestro horizonte, y dedicarse con ardoroso empeño a investigar el porqué de ese fenómeno.

Motivos y Letras de España, reúne una parte de su labor dispersa en diarios y revistas, que su autor ha coleccionado ahora, seleccionándolos de acuerdo con los temas tratados. Siempre tiene Fombona, puntos de vista originales, observaciones agudas, que dan a sus libros un gran interés y se leen siempre con provecho.

A. A.

Nuevos retratos, por José María Salaverría. Compañía Ibero-Americana de Publicaciones. Madrid, 1930.

SALAVERRÍA goza de un gran concepto como escritor independiente. Y para justificar que esta fama del escritor vasco no es obra de la pura cortesía, bastaría con leer estos *Nuevos Retratos*, que con sus *Retratos* anteriores constituye la más original galería del movimiento literario español contemporáneo.

A Salaverría se le suele juzgar con alguna injusticia por sus opiniones; se ha escrito más de un artículo insidioso contra su persona, en el cual hay mucha mala fe y no poca incompreensión.

Dejemos de lado sus ideas sobre América, que por otra parte no

son exclusivas del autor de *Loyola*, sino de todos los españoles, que cuando abordan el problema intelectual de América, lo hacen en un tono en el cual vibra el eco del amo. Como es natural esa actitud provoca la reacción, que en muchas ocasiones se ha traducido en artículos vehementes.

Los escritores de la península deben ir abandonando ese gesto desdenoso que utilizan, y uso este término *ex profeso*, porque hay indicios de *utilería*, en ese desdén no siempre sincero. Entre los poquísimos españoles que conocen nuestro ambiente y siguen con interés el desarrollo de nuestra actividad intelectual debemos contar a Salaverría, que ha procurado comprender el carácter americano, especialmente el del argentino, y estudia nuestros libros para hablar después de ellos con conocimiento y penetración.

Estos *Nuevos Retratos*, suelen tener a veces los defectos y ventajas propios del género. Sin embargo, aunque el retrato de Baroja está hecho con tonos agrios para usar un término pictórico, creo difícil que se pueda escribir un estudio biográfico o de interpretación psicológica del autor de *Zalacain el aventurero*, sin recorrer las páginas de Salaverría. Esta segunda serie de retratos, contiene capítulos de extraordinario interés como el que consagra a la generación del 98, y ese penetrante y áspero análisis de la personalidad de Gómez de la Serna, lo más hondo y serio que se ha escrito en España acerca de este original escritor.

Este libro es un documento de gran valor para el conocimiento de la moderna literatura española, escrito con un método expositivo claro y accesible.

A. A.

NOVELAS RUSAS

Sobre el *Don apacible*, novela de *Miguel Cholokhov*. Traducción de Vicente S. Medina y José Carbó. Editorial Cenit, S. A., Madrid, 1930.

POR asociación, antes de comenzar la lectura de esta novela, recordamos aquel maravilloso coro de cosacos, que bajo la dirección de Nicolás Kostrukoff, tuvo un paso fugaz pero memorable por nuestros escenarios. Y la lectura, desde la primera página confirmó el recuerdo, porque a lo largo de la novela reviven muchas antiguas canciones cosacas que nos volvían al oído, aquellas voces que, pasando por todas las gamas musicales, descendían del grito brutal y desenfrenado a la melodía impregnada de nostalgia y misticismo; voces de hombres que saben que, aunque la vida es dura, arrullándola se la puede engañar.

La novela de Cholokhov tiene por escenario la estepa que se abre infinita, el bosque sombrío, el abrazo del Don, el Tamais de los antiguos, cuyas aguas turbias y hondas ruedan por el Sur de Rusia, para perderse en el mar de Azof.

Dice el prólogo de la traducción española, que Cholokhov, nacido a orillas de aquel río, parece ser el elegido para expresar la epopeya cosaca, narrada en forma confusa por las aguas en su lento correr, y darnos la clave espiritual de toda una raza, al pintar la vida diaria de una familia de cosacos.

Es *Sobre el Don apacible*, una obra vigorosa, que igualmente podría calificarse de novela como de poema, escrita en un estilo sencillo, claro, sobrio, sin adornos superfluos, que nos revela en el autor un magnífico talento descriptivo y un espíritu que se abre para admirar la identificación de Dios con la naturaleza. Porque ciertos paisajes de la novela la hacen

comparable a la más hermosa obra panteísta moderna, que de tal lleva el nombre —*Pan*— de Knut Hansum. Parece ser éste un rasgo común a los actuales escritores rusos, como lo confirman entre otros, Fedor Gladkov en *El Cemento*, y Leónidas Leonov en *Los Tejones*.

Va la palabra en Cholókhov unida al color y nos ofrece espectáculos donde juegan con delicadeza y armonía todos los tonos. Así: "El sol naciente reflejaba las aletas de oro rojo"... "el delicado cuerno de la luna, aparecía a través de una nubecilla rosada como la sonrisa de una adolescente"... "parecido a una yema de huevo, el sol se balanceaba sobre la blancura azulada del cielo"... "la lejana línea del bosque, aparecía y desaparecía en el horizonte azul, soñadora e inaccesible como la pálida estrella del crepúsculo"... "el cielo azul y amarillo despide fuego"... "la luna amarilla balanceábase sobre las nubes fugaces"...

Pinturas como éstas, hechas en admirable riqueza de imágenes, que son modernas sin ser de las dichas de vanguardia, se entremezclan al curso de la acción para desplegarse a veces en verdaderas sinfonías de luces y colores. Ellas nos recuerdan a uno de nuestros jóvenes cuentistas, de innegable talento, Héctor I. Eandi, en quien encontramos imágenes del mismo linaje e igual belleza.

El nudo de la obra, al que se adhieren episodios secundarios, es un drama rústico, un juego violento de pasiones desbordadas o contenidas.

Grigori Panteleich Melekhov (Grichka), amante de Axinia, la esposa de Stefan, es casado por la voluntad de su padre, hombre autoritario y egoísta, con Natalia, hija de uno de los hombres más acaudalados del khutor tártaro. Natalia ama a Grichka y no tiene reparo en pasar por todas las humillaciones para conseguirlo, pero éste no tiene para su esposa sentimiento alguno, Axinia y Grigori ya no soportan la vida en sus hogares y resuelven irse juntos, a servir en casa de Evgueni Litniski, en la comarca de Yagodnoyé. Aquél tiene que alistarse en el ejército de cosacos; estalla la guerra ruosalmana de 1914 y el frente reclama a los hombres.

A su regreso, casi destrozado por los horrores de la guerra, sostenido únicamente por el recuerdo de Axinia, Grigori siente estallar su corazón, cuando sabe que ella se sintió débil ante la soledad y cayó en brazos de Erguenei. Después de rechazarla con violencia, le cruza el rostro con el látigo y con palabras hirientes como el mismo látigo; levanta el cuello de su capote y se aleja abatido y jadeante, sin ver los brazos de la joven tendidos hacia él.

"Cuando descendía la pendiente hacia Tatarski, vió con estupefacción que aún conservaba el látigo en la mano. Lo tiró y bajó rápidamente. Detrás de todos los cristales veíanse caras asombradas de su llegada"... "El padre vino cojeando a su encuentro. La madre sollozaba en voz alta dentro de la casa. Grigori rodeó a su padre con el brazo izquierdo. Duniachka le cubría la mano de besos. Los escalones crujieron con ruido familiar bajo sus pies y Grigori subió al pórtico. La vieja madre corrió hacia él, empapándole de lágrimas las vueltas de su capote y abrazó a su hijo balbuciendo algo confuso que sentía en el corazón, pero que era incapaz de expresar con palabras. En la antesala, agarrándose a la puerta para no caer, estaba Natalia, enormemente pálida. Sonreía dolorosamente y vaciló, destrozada por la vaga mirada de Grigori"...

Y no lo dice el libro, pero comprendemos que Grichka tendrá que quedarse junto a la mujer a quien nunca podrá amar, y a su lado soportará una vida melancólica, sin alegrías, siempre igual, probando el sabor amargo de todas las horas. Un día seguirá lentamente a otro día, un mes se arrastrará tras otro mes, y ya no resucitará la esperanza en el alma ensombrecida de Grichka, aunque el Don siga cantándole, en el mo-

vimiento arrullador de sus aguas turbias, la canción de aquellas horas felices del tiempo que pasó.

Y en nuestro corazón se hacen las sombras...

Cholokhov ha penetrado en el alma de sus personajes y ha rebuscado por los rincones, para extraerles todo lo que eran capaces de dar: sentimientos y pasiones, amor, odio, tedio, dolor, muerte...

Esta penetración psicológica para pintar estados de ánimo, muestra la influencia de Dostoyewsky, que también se observa en la presentación total del padre de Grigori, egoísta y desconfiado del hijo, que tiene algo de Karamazof, y de la madre, mujer anormal que parece salida de alguna página del autor de *Crimen y Castigo*.

No faltan en el libro las escenas de la guerra, cuando el avance alemán sobre Rusia: el horror de los combates, los gritos atroces de los heridos, el silbido de los obuses, el fragor de la metralla, la sensación del frente, que ya conocíamos a través de las obras admirables de Barbusse, Latzko, Frank, Remarque, Luwig, Johansen, Zweig, y más de cerca por las adaptaciones cinematográficas de las obras *Sin novedad en el frente* y *El frente 1918*, que se hicieron gracias a los meritorios esfuerzos de los directores Milestone y Pabt.

Son pocas las páginas que Cholokhov dedica a estas escenas, pero hay en ellas la intensidad suficiente como para comprender una vez más que las palabras patria, honor, deber, patriotismo, son máscaras de los bajos intereses y de la humana imperfección.

El soldado queda despojado de la falsa aureola del heroísmo: pelea porque alguien le ha dicho que aquél es su enemigo, y mata para que no le maten a él. Esta es la única ideología del hombre en el frente.

En boca de Grichka pone el autor las frases más amargas del libro contra la más cruel de las acciones humanas: la guerra. "Mira como han echado a los hombres unos contra otros. Averigua tú por qué. Las gentes se han vuelto peores que lobos. El odio está por todas partes. Pienso que si ahora mordiera a un hombre, le atacaría la rabia".

La conciencia de Grichka se retuerce al recuerdo del primer enemigo que mató. A causa de esa abominación le duele el alma "y sin embargo: ¿por qué mató a otros?" Esta es la desoladora pregunta que se dirige.

Y lejos del frente está la otra tragedia, que también ensombreció millares de vidas: la tragedia del soldado que regresa y se entera de que su mujer no supo esperarle.

La violencia de ciertos pasajes, de un realismo casi brutal, nada resta al valor artístico de la obra. Sin embargo, en medio del relato de la acción, hecho casi siempre de rasgos violentos, encontramos el retrato de una adolescente que parece rodeado de transparencia, salpicado de espuma suave y ligera. Aquí reaparece el talento descriptivo del autor: "Maduraba como una manzana temprana. Su adolescencia quedaba terminada. Duniachka era pequeña y morena como su padre. Pasados los quince años, su cuerpo era aún delgado. Había en ella una cándida y conmovedora mezcla de infancia y juventud en flor. Sus hombros se ensanchaban, sus ojos alargados, un tanto oblicuos y almendrados, eran tímidos, pero sus pupilas negras brillaban maliciosamente sobre sus córneas de ágata"... También sabe el autor crear una colorida atmósfera campesina cuando describe las faenas agrícolas en el mes de la siega.

Y ahora nos preguntamos: En esta hermosa y sólida novela ¿se ha propuesto el autor exaltar la política soviética? En un breve diálogo que sostiene Grichka con un camarada ucraniano, éste habla con indignación de la explotación del hombre por el hombre y expone los defectos del régimen capitalista. Nos hacemos esa pregunta porque todos los escritores actuales rusos, afiliados al Partido, colocados bajo el pabellón de la literatura pro-

letaria, nos ofrecen el cuadro del movimiento de las masas, de la hora del ambiente, del instante de Rusia, del trabajo colectivo, y aunque combatidos por los que ven el régimen con desconfianza, y que aseguran la pronta extinción de la novela rusa, a fuerza de insistir sobre los mismos temas, ante las obras que de allá nos llegan y que conocemos por las traducciones de las Editoriales Cenit, Espasa-Calpe, Revista de Occidente y otras, puede contestárseles que del seno de Rusia seguirán surgiendo los Dostoyewsky, los Tolstoy, las Turguénev, los Korolenko, y pensar, con el crítico argentino Leónidas de Vedia, "que éste es un género inagotable como la vida misma".

Vemos, a través de los nuevos escritores, entre ellos Gladkov, Seifulina, Bebel, Ivanov, Kodianov, cómo los diversos grupos innovadores, de tendencias arriesgadas e indefinidas, se oscurecieron, para volver a la sencillez y a la claridad y para estrechar los vínculos con la literatura clásica, porque se comprende que el genio no debe escribir solamente para sí, sino para ser comprendido y admirado por los millones de hermanos; escribir en un lenguaje accesible a las multitudes que esperan impacientes su palabra. No quiere esto decir que tal orientación sea un movimiento de regreso sino un punto de partida, principio de un nuevo camino, perspectivas hacia un gran estilo único, hacia el realismo clásico.

Mucho puede esperarse de esta reacción contra la herencia de Marinetti, los cubofuturistas de 1909, el imaginismo del malogrado Yesenin, la prosa dinámica de Mayakowsky, reacción que felizmente aleja cada vez más las corrientes literarias de las pruebas complicadas e ingenuas del futurismo.

Este movimiento artístico es el reflejo de la Rusia que se encauza, que se dirige llena de fe y de esperanzas hacia un porvenir que se vislumbra magnífico, después de haberse desbordado en el movimiento revolucionario más grande de todos los tiempos, para derribar aquel régimen de opresión que la ultrajó durante siglos.

Y ahora pensamos en lo que resultaría de la obra de Cholókhov llevada a la pantalla bajo la dirección de un experto e inteligente *régisseur* como Pudovkin. Para ello todo se presta en esta novela: el asunto, el escenario, las canciones cosacas...

¡Qué de expresiones no sacaría Pudovkin de esos rostros atormentados o serenos, ensombrecidos o alegres! ¡Cómo los oprimiría contra la tierra, con sus enfoques angulares, cuando algún dolor los doblega! El, que tiene un concepto particular de la sincronización, usada como reflejo de emociones, y que posee además la facultad admirable de aunar la música a la acción, podría convertir esta obra en una melodía.

MARTA MAGGI.

FILOSOFIA

Kierkegaard, por *Harald Höffding*. Los Filósofos III. Revista de Occidente. Madrid, 1930.

LA primera impresión de un lector de nuestros climas ante Kierkegaard es la de habérselas con un antípoda, si no con un habitante de otro planeta. ¿De dónde procede esta radical heterogeneidad de Kierkegaard respecto a los hombres de nuestro contorno? Sin duda de un esfuerzo de consecuencia, del propósito de agotar el contenido y el sentido de las premisas de que parte, y de pensar y vivir en consonancia rigurosa con ellas. Muchos contemporáneos nuestros aceptan idénticos puntos de partida que Kierkegaard, pero ni esos puntos de partida se les problematizan, ni tam-

poco el curso subsiguiente de vida y pensamiento les presenta problemas difíciles. Así como aceptan aquellos principios supremos — creencias, normas — aceptan pasivamente todo un sistema de vida que contrasta violentamente con ellos, sin llegar nunca a la conciencia del conflicto.

La filosofía tiene sus artesanos, sus artistas, sus héroes. Tiene también sus mártires, con la hoguera del suplicio antiguo instalada en el centro mismo de la propia vida. Kierkegaard fué uno de ellos.

No me parece que se entienda bien a Kierkegaard si se cree hallar la explicación del dramatismo de su vida exclusivamente en la raíz religiosa de su conflicto espiritual. Otros hombres, sin la fe religiosa, han vivido combates íntimos semejantes. Basta que coincidan la evidencia del problema, la sinceridad, la pasión; que las fuerzas habitualmente centrífugas se concentren en un foco interior y que sean suficientemente intensas.

Con hombres como Kierkegaard, como Nietzsche, como Unamuno, la filosofía adquiere una nueva dimensión en profundidad. El problema total quiere ser también, o quiere ser antes que nada, el problema del hombre en toda su integridad. No esperemos, desde luego, que nos den una solución ni siquiera a medias aceptable. Pero ponen el dedo en la llaga — en la llaga, sin metáfora. Uno de los más inesperados azares de la filosofía de estos años últimos ha sido cierta conciliación o confluencia de las formas más frías y más abstractas del filosofar con esta filosofía candente que arranca del centro más recóndito y más vivo del individuo.

Kierkegaard es objeto ahora en Alemania de numerosos estudios y traducciones; se reconoce en él un valor actual de la mayor trascendencia. Höfding estudia a su compatriota con cuidadosa atención, con amor y con esa especie de elevado sentido común que es uno de sus méritos. La edición danesa de su libro es de 1892 y la primera alemana de 1896.

F. R.

HISTORIA

La naissance de l'Amérique Espagnole, de Juan B. Terán. — Traduction par Xavier de Cardillac. Editions "Le Livre-Libre. Paris, 1930.

UNA rápida lectura de esta traducción me ha servido para ratificar las impresiones, próximas todavía, que despertó en mi la lectura del texto original. Impresiones que por otra parte no fueron las primeras, ya que en la sección dominical de *La Prensa* pude conocer fragmentariamente antecipos del libro. Vuelvo a tener, con el conocimiento de la traducción, la visión de conjunto y encuentro conveniente la referencia al valor de la obra.

No es frecuente encontrar, en los trabajos de los muchos historiadores y escritores americanistas, la altura y nobleza de plano crítico con que *El nacimiento de la América Española* está concebido y realizado. Juan Agustín García, Groussac, Debenedetti. En otro campo Payró, creador de personajes y re-creador, en *El capitán Vergara*, de unos caracteres y de una época, libro vivo de crónica en el cual el vigor artístico imprime relieve y movimiento a la verdad histórica. La aspiración de Terán va, con todo, más allá de la de los predecesores nombrados. Sale de lo fragmentario para llegar a lo general. Contempla y explica un problema fundamental, que antes, como algunos otros problemas de la misma importancia, sólo fuera tratado de paso, al estudiar una época o un personaje determinados. Si se mira bien, ganancia será del tiempo no tanto como suya, del tiempo y de la lección aprovechada.

El título indica de por sí la altura de sus intenciones. El libro está destinado a considerar las fuerzas creadoras, — espirituales, morales, físicas — de la realidad americana. El hecho, la cadena de hechos históricos, aislados, dan la medida de lo que es el momento vivido y los hombres que lo viven. El estudioso va a tomarlos en las fuentes puras de la historia y el pensador crítico, que los pesa y selecciona, da, por ellos, en la idea general. Comprueba, por ellos, la idea general viviente ya, en esencia, en su inteligencia. El dato por lo que significa. Lo demás es cuestión de método.

Es así como se reúnen en el libro dos valores ponderables: la profundidad y la amenidad. Profundidad clara, pues que una vez conocido el libro, no queda más interpretación de los hechos que la dada en sus páginas. Amenidad colorida, nacida del color y variedad de los mismos hechos, cuya verdad está atestiguada por los documentos que los relatan.

La importancia capital de la obra es el proceso ideológico. Terán, más que narrador de hechos, es expositor de ideas. En su prosa de período breve, caliente de fuerza sentimental, la idea generalizadora salta y corre como por un cauce libre y de ligera pendiente.

Xavier de Cardillac ha traducido la obra lo más cuidadosa y respetuosamente posible. Pone así en manos del lector francés un libro de conjunto sobre historia sudamericana, cuya utilidad, en Francia y por los motivos que sabemos, no se necesita encarecer. A pesar de haberse ceñido literalmente al texto castellano, páginas hay, y muchas, vertidas en un bello francés.

M. LÓPEZ PALMERO.

ESTÉTICA

Escolios y reflexiones sobre *Estética Literaria*, por *Carmelo M. Bonet*. — Biblioteca Humanidades. La Plata, 1930.

El profesor universitario de Letras don Carmelo M. Bonet ha reunido bajo la denominación del epigrafe una serie de trabajos de historia y exégesis literaria, los que, no obstante la restricción temática (escolios y reflexiones), constituyen obra orgánica y de claro timbre personal. "Se trata — explica el autor —, del canoso principio de la *mimesis*: la poesía, y por extensión el arte, es mimesis, es imitación; imitación, se sobrentiende, de la realidad". Tal es el núcleo originario del plan y desarrollo de *Estética literaria*. Lo bello natural, lo bello artístico, el realismo o imitación de la realidad tal como es, el idealismo o imitación de la realidad mejor de lo que es, lo grotesco o imitación de la realidad peor de lo que es, son materia de sucesivos capítulos en los que se analiza en todas sus consecuencias la definición aristotélica del arte. Estudia luego las escuelas literarias, la crítica, y termina con un análisis de conjunto sobre "orientación estética dominante en la actual literatura argentina".

Basta lo dicho para formarse idea del contenido y alcance de esta obra, nueva en nuestra bibliografía si se exceptúa la también muy meritoria de Eloy Fariña Núñez, *Conceptos estéticos*. El carácter "semidocente" que con modestia le asigna el autor, es holgadamente excedido en las partes y el conjunto, aunque sin desvirtuar la finalidad didascálica. Exigencias de sus cátedras — afán de innovar, carencia de textos apropiados — explicarían la elaboración de *Estética literaria*. La preparación de clases obligándole a desvelada búsqueda, de espiga en espiga, habríanle hecho colmar casi un granero. Y sería esa "muchedumbre de cuartillas",

alquitaradas más tarde en la meditación y el tesonero trabajo de la forma, fuente y razón de ser del libro.

Terminado estaría este párrafo de "las razones" si una manifestación del autor no nos pusiera en trance de contradecirlo. Es la que atribuye a sugestión, y al final, exigencia de un amigo "irresistible", la publicación de su libro, "escrito en forma convulsiva" y de cuya "flojeidad" quiere dejar constancia. No podemos tomar en serio estas disculpas.

El profesor Bonet ha hecho este libro porque la suya no es sólo pasta de docente. Siendo escritor de veras es sensible a la más primaria tentación de todo artista de la palabra escrita: publicar, así el ideal vuela mucho más que la realidad presente. Y porque, como su experiencia de vidas literarias se lo habrá mostrado tantas veces: la obra soñada es generalmente la que no se realiza nunca. Viviendo en un mundo en donde lo relativo es norma, ¿por qué obstinarse a un intransigente afán de perfección, si en definitiva el ideal — y lo dijo antes que nadie Platón — es tan inasible como un estrella? Pero también el propio autor adhiere a esta opinión en la última línea de su "Advertencia". Razón de sobra, entonces, para convenir con él en que "lo bueno" es preferible a "lo mejor".

Plácenos confirmar que Bonet ha alcanzado lo bueno en *Estética literaria*, y más aun, que ha superado ese hito en no escasas páginas. Quien como él nada libra al acaso y pule con tesón igual forma e idea, no podía echar a volar páginas primerizas o de densidad incierta. Quién ha puesto el dedo en la llaga de nuestros males literarios con un trabajo recomendable como pocos: "La plaga del repentismo", en absoluta concordancia con el máximo pontífice Groussac, no podía bajar a tertulia literaria en liviano traje de improvisación. Su prosa, elaborada en constante alerta de poda e injerto, con piezas justas y bien aceitadas, luminosa en verbos, certera en epítetos, prolija de taracea, en suma, es un recomendable valor didáctico por su sola virtud de presencia. Y de la idea nada más diremos sino que junta a la experiencia de un observador agudo el comercio largo y amoroso con los libros.

No es *Estética literaria* el único trabajo en libro de Bonet. Poco conocido es su primer volumen, *Ensayos literarios* (1921), colección de artículos pero que guarda algunos con mérito para ser salvados de aquella edición olvidada. Cobija al librito una sombra enorme, la de Cervantes, y una rica savia lo fecunda: la devoción, ya por entonces consagratoria, del idioma. Pero lo más significativo de Bonet, antes de *Estética*, es su hermoso y medular ensayo "El arte de escribir", trabajo que en su especialidad no ha sido igualado en el país, y cuya mayor bondad es, precisamente, lo poco que enseña en cánones y lo mucho que puede lograr por razón de la señalada virtud de presencia. Presencia, estilo, lección práctica de brillante elocución de arte.

Sugestivos capítulos del tomo en comento son los dedicados a explorar lo grotesco en el arte — publicado primigeniamente en esta Revista — y el intitulado "Vaivén pendular en la esfera del arte". En arte no se progresa, tal es la tesis del último. Se parte del realismo para retornar, fatalmente, a él. El predominio de la imaginación o del pensamiento especulativo en arte estaría indicando el comienzo de su descomposición.

En los ceñidos límites de esta "nota" no podrá ir más lejos nuestro análisis. Pero como el libro quedará, ya tendremos ocasión de ensayar otro más aproximativo comentario.

Por la sistematización de las ideas, el acopio de información y el fuerte sello de personalidad y estilo que le ha impreso su autor, *Estética literaria* se recomienda como un valioso aporte a nuestra literatura crítica. Y

aun podríamos decir a la literatura en general, ya que en presencia de obras así, arquitecturadas y bellas, es solemne necesidad seguir asignando a la crítica los suburbios de la ciudad literaria. Sus posibilidades de género creador tienen en *Estética literaria* confirmación elocuente.

JUAN B. GONZÁLEZ.

POLITICA

La Grande Argentina, por *Leopoldo Lugones*. — Babel, Buenos Aires.

Este último libro del más renombrado escritor argentino, publicado sin fecha unas semanas antes de la revolución, recapitula con pocas variantes las invectivas contra el liberalismo y la Constitución a que el prolífico publicista ha dedicado preferente atención el último decenio, sin que sus ideas hayan alcanzado efecto proselitista, no obstante la ventaja propagandística de ser lanzadas bajo firma tan afamada en el mundo literario hispano-americano.

En verdad no lo merecen. Repasando este libro-resumen, se advierte aún más claramente que en los artículos periodísticos de que procede, la constante contradicción y trivialidad de pensamiento que lo impregna. Parece en su mayor parte deshilvanada parlería de arbitrista incontinente.

Así, la fobia anti-liberal que tan a menudo y expresamente aparece en sus páginas, se encuentra fundamental y no menos expresamente contradicha en los siguientes párrafos de la pág. 29:

"El gobierno económico del país requiere la *abolición del Estado industrial y comerciante*; pues la subordinación a la ganancia que esas actividades procuran, aun cuando sea al exclusivo objeto de aplicarlas en bien común, fomenta de un modo incontinente la burocracia y el favoritismo; induce a la competencia desleal con las empresas particulares, o subordina la oficial, *que habitualmente es la peor*, al juego de aquéllas, *perjudicando los intereses generales*. Salvo, pues, en lo referente a la función bancaria emisora y reguladora del crédito; al correo y telégrafo; a las hipotecas y seguros — *y estos cuatro últimos ramos durante el período de transición solamente* — el Estado industrial y comerciante debe ir desapareciendo para atenerse por completo *a su tarea gubernativa*. No tiene otra, y esa le basta. El comercio y la industria *le son ajenos*. Cuando los practica, no solamente lo hace mal, sino que perturba la economía de la Nación y *aterla contra la libertad* que está llamado a garantizar. La prosperidad gigantesca y el bienestar sin precedentes de la Unión Americana, se han alcanzado con rigurosa exclusión del Estado industrial y comercial — que es el Estado capitalista, — por considerarlo, según resulta de la verdad, *el peor de los despotismos: la tiranía feudal bajo su aspecto más odioso*". (Bastardillas mías).

El menos informado en cuestiones sociológicas comprende perfectamente que en esos párrafos está bastante bien condensado el evangelio liberal. Parece estarse oyendo en ellos la voz, no ya de Stuart Mill, (que tenía ciertos flacos de estatismo socialista) sino del propio y más genuino Spencer.

Pero eso no quita que esa exposición doctrinaria del señor Lugones (quien, por otra parte, abomina a cada paso de cualesquiera doctrinas), esté en contradicción con las muchas ingerencias comerciales, e industriales que aconseja al Estado, casi en cada página de su libro, concordando con el característico intervencionismo económico socialista, al mismo tiempo

(nueva contradicción) que manifiesta insistentemente su ojeriza contra el socialismo.

Y tan al pie de la letra ha calcado la doctrina del liberalismo clásico, que la suscribe hasta en su más grueso error, que es el siguiente, consignado precisamente un poco más abajo, en la misma página citada:

"Todas las riquezas de la Nación, empezando por la tierra pública, deben aplicarse a *aumentar el número de propietarios*, es decir, de ciudadanos productores y responsables. Cuanto más haya de éstos, más poseído estará el país por sus dueños naturales, y mayor bienestar alcanzará para todos ellos".

Aquí estamos oyendo la propia voz de los viejos y bastante apolillados liberales argentinos de hace 80 años: la de Nicolás Avellaneda, especialmente.

Uno se pregunta, entonces, a qué viene el primer párrafo del prólogo del libro, (y muchos otros concordantes) en que el autor nos dice:

"Este libro es un acto de fe en la Patria, pero también pretende formular un diagnóstico. Tiene, así, por objeto, señalar a la Nación lo que puede hacer para desembarazarse de los elementos extraños a su carácter cuya progresiva inadecuación la retarda y perturba en la senda de su destino: es decir las *instituciones extranjeras* que adoptó con entusiasmo erróneo, y la *ideología liberal* que con excesiva fe tomó por la libertad misma".

Evidentemente, no hay modo de compaginar declaraciones tan dispares, ni yo he podido descubrir nada de especialmente argentino en las ideas individualistas o socialistas que veo alternativamente preconizadas por el autor.

En otro sentido, es en él un tema de constante machaqueo la ineptitud de la Constitución y la incapacidad del pueblo para entender algo en cuanto a la orientación del gobierno de la cosa pública, y de aquí su regañona aversión al sufragio universal, llegando, aunque sin nombrarlo, a hacer la apología del entonces presidente Irigoyen y su partido, en los curiosos términos siguientes:

"A medida que con la posesión y el disfrute creciente de su riqueza, no menos que con el robustecimiento de su espíritu nacional, el país se ha vuelto más dueño de sí mismo, *el sistema extranjero le resulta más inadecuado*; y he aquí por qué *la reiterada violación constitucional no disminuye la confianza del pueblo en los caudillos transgresores. Al pueblo no le interesa la Constitución*, [esta frase está subrayada por el autor; las demás por mí], máquina anglosajona que nunca ha entendido.

"Por otra parte, la transgresión constitucional, que no es sino una forma ilegítima *pero indispensable* de la adaptación al medio, se ha vuelto regla gubernativa. Todos nuestros políticos se la han achacado con pruebas irrefutables, según que estuviesen en el gobierno o en la oposición; de modo que el experimento es concluyente. *El partido gobernante ha consumado la derogación*, creyendo hacer lo contrario: tan irresistibles son las reacciones de la índole nacional.

"Al declarar que la Constitución es su programa, atribúyese naturalmente su interpretación y aplicación discrecionales. Procede, en efecto, así. *Y el pueblo lo ratifica con mayoría creciente*, sin equivocación posible, además; porque al ser única aquella declaración, no había con qué confundirla. El partido radical ha hecho, pues, la revolución, y la Constitución está derogada por él *con el consentimiento expreso del pueblo*. Es ahora un instrumento de partido y no de gobierno común. El pueblo al consentirlo y ratificarlo durante trece años, con progresiva firmeza, reemplazando el concepto normal de la elección por la idea revolucionaria del plebiscito,

nos ha desobligado de la fidelidad a la Constitución. Esta norma gubernativa ha desaparecido". (pág. 166). Y el señor Lugones encantado, porque, según su juicio, "la democracia... ha llegado a ser una calamidad pública". (pág. 9).

Resulta, pues, que el señor Irigoyen, lo mismo que sus corifeos, tenía razón al considerarse como un ser iluminado, puesto que ha realizado, por modo tal vez de inspiración subconsciente, una obra de alto beneficio nacional al haber prácticamente derogado la Constitución; y que el pueblo no sería tan tonto como quiere suponerlo el señor Lugones, puesto que se lo consintió y ratificó durante trece años *con progresiva firmeza*. Habría éste mostrado, por el contrario, poseer una finísima intuición al acompañar de modo sobreentendido la obra providencialmente destructiva del caudillo radical. ¡Vean qué picarillos el uno y el otro!

La verdad es, sin embargo, que a las pocas semanas de aparecido ese diagnóstico, el pueblo, hartado de las reiteradas violaciones constitucionales del señor Irigoyen y su partido y de los desastres de todo género causados por ellas, los echó violentamente del poder, acompañando a la parte del ejército, igualmente indignado, en el paseo militar que fué suficiente para desalojar de la Casa de Gobierno y de todas las gobernaciones del país, sin que nadie los defendiera, a los perjuros y funestos mandatarios que abusaron de su confianza. Hechos que la opinión general aplaudió entusiastamente... y también el señor Lugones, por extraño que parezca.

No podría decirse, con todo, que falte en el libro algo bueno. Hay un capítulo de cuatro páginas titulado "El hijo del país", que es una vívida descripción de la degradante miseria en que yace el habitante nativo del interior y, en otro pasaje, apunta una idea interesante sobre abrir un canal de aguas hondas que divida en dos la ciudad de Buenos Aires.

El autor, que también en este libro sigue mostrando carencia de aptitud para dilucidar problemas sociológicos, no ha perdido su brillante capacidad para las descripciones literarias; pero evidentemente, cuatro páginas de ese género y una indicación de orden edilicio no son elementos suficientes para justificar los amplios propósitos normativos anunciados en el prólogo del mismo.

C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS EN OCTUBRE

Novelas, cuentos, narraciones, poemas en prosa, etc.

- ARTURO MEJÍA NIETO: *Zapatos Viejos*. (Ilustró Oscar Cossack). J. Sarmet, editor, Av. de Mayo 1242. Buenos Aires. I Vol. de 160 pp.
- ILDEFONSO PEREDA VALDÉS: *El Sueño de Chaplin*. Narraciones con reproducción de un dibujo de Fernand Leger y viñetas del año MDCLII. 1830-1930. Editorial Río de la Plata, Montevideo. I Vol. de 144 pp.
- PANAÏ ISTRATI: *Codinc*. Infancia de Adrián Zograff. Traducción de Manuel Pumarega. Primera edición. Editorial Cenit, S. A. Madrid, 1930. I Vol. de 200 pp.
- MIGUEL CHOLOKHOV: *Sobre el Don apacible*. (Novela). Traducción de Vicente S. Medina y José Carbó. Primera edición. Editorial Cenit, S. A. Madrid, 1930.
- VÍCTOR SERGE: *Los hombres en la cárcel*. Prólogo de Panaï Istrati. Traducción de Manuel Pumarega. Primera edición. Colección "Visiones Políticas y Sociales". Editorial Cenit, S. A. Madrid, 1930.

- CONST. FEDIN: *Los Hermanos*. Novela. Traducción del original ruso por Félix Diez Mateo. Primera edición. Espasa - Calpe, S. A. Bilbao. Madrid, Barcelona. 1930. 1 Vol. de 440 pp. Precio: Diez ptas.
- ALFONSO MEJÍA ROBLEDO: *La Risa de la Fuente*. (Novela Colombiana). Segunda edición. Biblioteca de Novelistas Hispanoamericanos. Prólogo de Vicente Clavel, Editorial Cervantes. Avenida Alfonso XIII N° 382. Barcelona. Año MCMXXX. 1 Vol. de 276 pp. Precio: 5 ptas.
- SELMA LAGERLÖF: Premio Nobel de 1913. *Los Milagros del Anticristo*. Traducción de Vicente Diez de Tejada. Los Principes de la literatura. XXIII. Editorial Cervantes. Av. Alfonso XIII 382. Barcelona. 1930. 1 Vol. de 424 pp. Precio: 5 ptas.
- MIGUEL CANÉ: *La Familia de Scenner*. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Instituto de Literatura Argentina. Director: Ricardo Rojas. Sección de documentos. Serie 4ª. Novela, Tomo I, N° 10.
- EDUARDO MERA: *De Lejanas Tierras*. Pequeña Biblioteca Ecuatoriana. N° 3. Precedido de un prólogo de Dilettante, Junio, 1928. 1 Vol. de 68 pp. Precio: \$ 0.50.
- LUIS NAPOLEÓN DILLON: *El león de la montaña y otros cuentos*. Pequeña Biblioteca Ecuatoriana. N° 4. Prólogo de Dilettante. XII-1929. 1 Vol. de 124 pp. Precio: 1 Sucre.
- JULIO DORRAINE: *Locura gaucha y otros cuentos*. Palacio del Libro. 25 de Mayo 577, Montevideo. 1 Vol. de 174 pp.
- FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ: *El ladrón y la selva*. M. Gleizer, Editor. Triunvirato 537. Buenos Aires. 1930. 1 Vol. de 184 pp. Precio: \$ 2.50.
- MANUEL GÁLVEZ: *Miércoles Santo*. Novela. Buenos Aires. Librería y Editorial "La Facultad". Juan Roldán y Cia., Florida 359. 1930. 1 Vol. de 200 pp.

Verso

- NYDIA LAMARQUE: *Los Ciclopes*. Una epopeya de la calle Sucre. Talleres Gráficos "El Inca". Septiembre de 1930. Buenos Aires. 1 Vol. de 116 pp.
- ANTONIO LUIS BERUTI: *La divina comedia*. Infierno (traducción). De la Revista de la Universidad de Buenos Aires, sección VI, tomo VI, pág. 1 y siguientes, Septiembre de 1930. Buenos Aires. Imprenta de la Universidad. 1930. 1 Vol. de 274 pp.
- GONZÁLEZ CARBALHO: *Día de canciones*. Viñeta de Pettoruti. "El Inca". Buenos Aires. 1930. 1 Vol. de 100 pp.
- AMELIA LEZCANO DE PODETTI: *Poemas del amor ilusionado*. (Obra premiada en el concurso municipal de Mendoza). J. Samet, Editor. Av. de Mayo 1242. Buenos Aires. 1 Vol. de 64 pp. Precio: \$ 1 m/n.
- MARTA E. SAMATAN: *Cantos de la vida diaria*. Editorial Minerva. Av. de Mayo 560. Buenos Aires. 1 Vol. de 104 pp.
- CARLOS OBLIGADO: *De los grandes románticos*. Poemas de Vigny, Lamartine, Hugo y Musset. Versiones Castellanas. Segunda Edición aumentada. Casa Editorial Franco-Ibero-Americana, 222, Boulevard Saint Germain. París. 1929. 1 Vol. de 188 pp.
- AUGUSTO GONZÁLEZ CASTRO: *Como agua entre las manos*. Poemas. J. Samet, Editor. Buenos Aires. 1930. 1 Vol. de 96 pp.
- ALFONSO MEJÍA ROBLEDO: *Piedras del camino*. Prólogo de M. Orozco Patiño. 1930. Editorial América S. A. Cali - Colombia. 1 Vol. de 190 pp. Precio: \$ 1.50.
- SALVADOR MERLINO: *El amor desencantado*. J. Samet, Editor. Buenos Aires. 1930. 1 Vol. de 80 pp.

- CARLOS PRENDEZ SALDÍAS: *Cielo extranjero*. (Abril-Noviembre 1929). Primer millar. Santiago, Chile. 1 Vol. de 140 pp.
- GUSTAVO G. LEVENE: *Minuto meridiano*. Sociedad de Publicaciones "El Inca". Buenos Aires. 1930. 1 Vol. de 88 pp.
- MIGUEL ANGEL ALBORNOZ: *Sueños y cánticas*. Pequeña Biblioteca Ecuatoriana. N° 3. Precedido de un prólogo de Dilettante. Julio, 1928. 1 Vol. de 78 pp. Precio: \$ 0.50.
- BENJAMÍN MORGADO: *Las aldeas de vidrio*. Volumen cinco. Santiago de Chile. Encuadernación e Imprenta V. Silva. Bandera 761. 1 foll. de 40 pp.
- JOSÉ RAMIRO PODETTI: *El libro del amor único*. Canciones y Poemas. Sociedad de Publicaciones "El Inca". Buenos Aires. 1 Vol. de 110 pp.

Crítica, Historia Literaria, Ensayos

- JEAN BLAVET: *L'heure de Mistral*. Préface de Frédéric Mistral, neveu. Libraire de la Revue Française. Alexis Redier, éditeur. 11, rue de Sévres, Paris. VI. 1 Vol. de 152 pp. Precio: 10 fr.
- ANTONIO S. PEDREIRA: *Artistas. Ensayos*. Colección de Novelistas, Poetas y Ensayistas de América. Librería y Editorial Campos. Allen, esq. San José. San Juan de Puerto Rico. 1930. 1 Vol. de 274 pp.
- JUAN MONTALVO: *El heraldo de las siete catilmarías*. Precedido de un prólogo de Dilettante. Pequeña Biblioteca Ecuatoriana. N° 1. Mayo, 1928. 1 foll. de 66 pp. Precio: 0.50 ctvs.
- HORACIO I. COPPOLA, ISIDRO B. MAIZTEGUI, JOSÉ LUIS ROMERO, JORGE A. ROMERO BREST: *Clave de sol*. Imprenta M. Lorenzo Rañó. Boedo 837. Buenos Aires. 1 foll. de 40 pp.
- G. AGÉNORE MAGNO: *Il romanzo d'amore di Luiz de Camões*. Dalla Nuova Antologia. 16 di Agosto 1930. Roma. 1 foll. de 22 pp.
- PIERO PILLEPICH: *Poetesse dell'America latina: Juana De Ibarbourou. Maria Alicia Domínguez*. Instituto Cristóforo Colombo. Estratto dalla Rivista "Colombo". (Anno V. Fasc. XXV). Roma. 1930 - VIII. 1 foll. de 8 pp.
- JORGE LUIS BORGES: *Evaristo Carriego*. M. Gleizer, Editor. Triunvirato 537. Buenos Aires. 1 vol. de 128 pp. Precio: 2 pesos.

Política, Derecho, Economía, Sociología, etc.

- JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *La rebelión de las masas*. Revista de Occidente, Madrid, 1929 (en la cubierta, 1930). Un vol. de 334 pp. Precio: nueve pesetas.
- EGON WERTHEIMER: *El laborismo británico*. Su organización, sus hombres, sus tendencias. Madrid. 1930. Editorial España. 1 Vol. de 312 pp. Precio: 6.50 ptas.
- RENÉ BALLIVIAN CALDERÓN: *Spengler*. (Algunas de sus ideas aplicadas a la realidad política de la América Hispana). Santiago de Chile. Imprenta "La Sud-Americana". Maestranza, 221. 1930. 1 foll. de 80 pp.
- CAPITÁN LUIS C. CANDELARIA: *Rebeldía cívica*. Septiembre de 1930. Impresores Best, Mendoza. 1 foll. de 116 pp.
- JOSÉ SUÁREZ SOMOANO: *Ibero América nuestro ideal*. Habana, Cuba. 1930. 1 Vol. de 208 pp.
- JOSÉ INGENIEROS: *La simulación en la lucha por la vida*. Obras completas revisadas y anotadas por Aníbal Ponce. Volumen I. Ediciones L. J. Rosso. Talleres Gráficos Argentinos. Sarmiento 779. Buenos Aires. 1 Vol. de 300 pp. Precio: \$ 2.50.

LUIS E. ZUBERBÜHLER: *Europa*. Temas de actualidad. Buenos Aires. Agosto de 1930. 1 Vol. de 110 pp.

Historia, Crónica, Memorias, Diarios, Biografías, Viajes, etc.

JUAN B. TERÁN: *La naissance de l'Amérique espagnole*. Traduction par Xavier de Cardaillac. Éditions "Le Livre Libre". 141, Boulevard Péreire. Paris, MCMXXX. 1 Vol. de 352 pp.

JUAN B. TERÁN: *Lo Gótico, signo de Europa*. (Libro de viaje). Buenos Aires, Cabaut y Cia., editores. 1 Vol. de 198 pp.

J. HUIZINGA: *El otoño de la Edad Media*. Estudios sobre las formas de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos. Traducción de la edición alemana por José Gaos. Con 16 láminas. Tomo segundo. Revista de Occidente. Av. de Pí y Margall, 7. Madrid. 1 Vol. de 278 pp. Precio: 5 pesos.

MAX DICKMAN: *Europa*. 1930. Palacio del libro. Maipú 49. Buenos Aires. 1 Vol. de 200 pp. Precio: 2 pesos.

RICARDO R. CAILLET-BOIS: *Nuestros Corsarios. I. Brown y Bouchard en el Pacífico. 1815-1816*. Facultad de Filosofía y Letras. Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas. N° LII. Buenos Aires. Imprenta de la Universidad. 1930. 1 Vol. de 70 + XIV.

JUSTO G. DESSEIN MERLO: *Aire de Arauco*. Aspectos de Chile. "El Ate-neo". Librería Científica y Literaria. Florida 371. Córdoba 2099. Buenos Aires. 1930. 1 Vol. de 208 pp.

ENRIQUE DE GANDIA: *Del origen de los nombres y apellidos y de la ciencia genealógica*. Editorial "La Facultad", Florida 359. Buenos Aires. 1 vol. de 328 pp. Precio: 5 pesos.

Geografía

FRANCISCO ALMELA Y VIVES: *Valencia*. Enciclopedia Gráfica. Editorial Cervantes. Avenida Alfonso XIII, 382. Barcelona. 1 foll. 64 pp.

VICENTE CLAVEL: *Suecia*. Enciclopedia Gráfica. Editorial Cervantes. Avenida Alfonso XIII, 382. Barcelona. 1 foll. 64 pp.

Filosofía

Second congrès Polonais de Philosophie. Tenu a Varsovie 1927. Rapports et comptes-rendus. Varsovie, 1930. Edition de la "Revue Philosophique Polonaise" (Przeglad Filozoficzny). Dirigée par la société Philosophique de Varsovie. 1 Vol. de 204 pp.

Teosofía

RAÚL SOSA: *La Anihilación del Buda*. Editorial "Le Livre Libre". 141, Boulevard Péreire. Paris. MCMXXX. 1 Vol. de 84 pp.

Folklore

RAFAEL CANO: *Del tiempo de Nauya*. (Folklore Nortefío). Buenos Aires. Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso. Sarmiento 779. Doblas 955. 1930. 1 Vol. de 476 pp. Precio: \$ 4 m/n.

Arte

VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA: *Historia de la arquitectura cristiana española en la Edad Media*. Según el estudio de *Los elementos y los monumentos* por Vicente Lampérez y Romea, arquitecto. Obra premiada en el V concurso internacional "Martorell". Barcelona. 1906. Tomo III. Ilustrado con 419 planos, fotografías, mapas y dibujos. Segunda edición. Espasa-Calpe, S. A. Bilbao - Madrid - Barcelona. 1930. 1 Vol. formato 28x23 cms. de 644 pp. encuadernado en tela.

Varios

BENITO VELASCO PRIETO: *El jardín de Anatole France*. 1930. Editorial "Saturno". Almaguer, 81. Buenos Aires. 1 Vol. de 64 pp. Precio: \$ 1.50. *20 estampas de Quito*. Ecuador - Sud América. Talleres Gráficos Nacionales. 1 álbum de 20 pp.

GOBIERNO DEL ECUADOR: *La carretera Rumichaca - Babahoyo*. Oficina de Información y Propaganda anexa a la Secretaría de la Presidencia. Agosto 16 de 1930. Talleres Tipográficos del Estado. Quito. Ecuador. S. A. 1 Vol. de 128 pp.

Conferencia dictada por el Sr. Presidente Gral. J. M. Moncada, ante la Asamblea Obrera, la noche del 15 de Julio de 1930. Imprenta Nacional. Managua, D. N., Nicaragua, C. A. 1930. 1 foll. de 14 pp.

JUAN MANUEL CORTA: *Una tesis posible sobre la caridad*. 1930. Santa Rosa. Pampa. Imprenta Fénix. 1 foll. de 16 pp.

Discurso del Sr. Luis E. Zuberbühler. Banquete Anual de la Cámara de Comercio de los EE. UU. A. en la República Argentina. 1 foll. de 12 pp.

LUIS LEOPOLDO BOFFI: *Colonias marítimas de niños débiles*. Buenos Aires. Imp. Ferrari Hnos. Bmé. Mitre 2734/48. 1930. 1 foll. de 24 pp.

El Ecuador en el Centenario de la Independencia de Guayaquil. — 9 de Octubre de 1920. 1820-1920. J. J. Jurado Aviles, Editor. New York. De Laisne & Carranza. 2, Duane Street. 1 álbum de 272 pp. encuadernado.

LA LITERATURA ARGENTINA EN LA ENCICLOPEDIA TRECCANI

Nos ha sido solicitada la publicación de los siguientes documentos, a la cual accedemos gustosos. Todos ellos son relativos a las incidencias originadas por la redacción de la parte atingente a la literatura argentina en la Enciclopedia Italiana Treccani.

Nápoles, 4 de Setiembre de 1930.

Señor Director de la Revista NOSOTROS
Dr. Roberto F. Giusti

Estimado Director amigo: Considero indispensable, por ser de interés histórico, la publicación de las dos cartas que siguen.

Una del ilustre historiador Gino Doria, donde explica cómo pensaron en mi cooperación cuando los redactores de la Enciclopedia Italiana hubieron de comprobar, listo para imprimirse el volumen correspondiente, que el texto enviado por el escritor encargado era a todas luces insuficiente. En efecto, el capítulo enviado por Don Ricardo Rojas era escueto, hasta carecer de nombres representativos de nuestra literatura nueva, valores aquí reconocidos aunque esté mal el decirlo, por la campaña, que, desde hace tres años, sin alientos desde allí pero sin desmayos, venimos desarrollando. En la carta de Gino Doria se aclara que yo no estaba en condiciones de ocuparme de esa tarea por estar en trance de muerte. Igualmente certifica que no escribí el agregado, que debió aparecer en la *Enciclopedia* después de las iniciales que firmaban el texto de Don Ricardo Rojas; asimismo establece que nunca he visto ni corregido las pruebas, limitándome a pedir, desde la cama, a mi amigo el escritor G. Agenore Magno me relevara de la tarea, lo que tuvo a bien hacer con el fervor que lo caracteriza.

En la otra carta de G. Agenore Magno todo obedece a la simple y pura verdad. Sólo cumple agregar los méritos que caracterizan a su autor, siendo uno de los contadísimos que están, en Italia, en condiciones de poderse ocupar de esa obra. Magno dirigió *Arte*, Revista Latino Americana, donde desfilaron los mejores valores argentinos, continuando así una obra desarrollada durante su residencia en la República por veinte años, empeñado en una generosa tarea de divulgación avalorada por el prestigio que lo circunda y que le abre todas las puertas, inclusive la máxima de *La Nuova Antologia*, donde publica sus celebrados artículos de letras latinoamericanas.

Agradecido, saludo al señor Director con toda cordialidad

Nápoles, 29 de Agosto de 1930.

Ilustre amigo Lagorio:

Leo en *La Razón* un extraño artículo anónimo, en el que se expresan ciertos curiosos conceptos, diría casi insinuaciones, alrededor del capítulo relativo a la historia literaria de la Argentina en la *Enciclopedia Treccani*.

Como nadie mejor que yo puede estar al corriente del modo como esa historia fué compilada, siento el deber de declarar (y Vd. puede servirse públicamente de esta declaración), que la historia literaria argentina, compilada por Rojas, llegó muy tarde a la Dirección de la *Enciclopedia*, donde fué notada la laguna de cuanto se refiere al período contemporáneo de esa literatura; que, no habiendo ya tiempo de solicitar de Rojas el suplemento de la laguna, se pensó en Vd.; que, precisamente en esos mismos días, Vd. fué víctima de un grave accidente automovilístico y quedó gravemente herido; que la compilación de esas noticias suplementarias fué, pues, confiada por Vd. a otros, y no tuvo Vd. la posibilidad de ver las pruebas; y que, por fin, por un mero error de compaginación, la firma de Rojas, al imprimirse el libro, fué puesta también bajo las noticias agregadas.

Le diré a Vd. que asimismo la *Historia de la Argentina*, que aguardábamos de Ravignani, no llegó a tiempo, de suerte que debí escribirla yo en pocos días y superando no pocas dificultades, las cuales habrían sido insuperables, si Vd., con su liberalidad y constante deseo de fomentar el intercambio intelectual italo-argentino, no me hubiese proveído de algunas obras fundamentales, que faltaban en las bibliotecas napolitanas.

Renuévole por tanto las expresiones de mi vivo reconocimiento y ruegole quiera creerme su devmo

GINO DORIA.

Nápoles, Setiembre 4 de 1930.

Señor Director de NOSOTROS, Dr. Roberto F. Giusti

De mi mayor consideración: De vuelta de un viaje, me encuentro en Nápoles con una muy sabrosa novedad: un suelto publicado en *La Razón* del día sábado 19 de Julio ppdo., en la sección "Del tinglado literario" bajo el subtítulo "Un serio incidente". Por ser yo directa y exclusivamente responsable de tal "incidente", ruego a la amabilidad e imparcialidad de Vd. me permita que cargue con la responsabilidad del mismo y explique cómo realmente ocurrieron los hechos... incriminados.

La mañana del 2 de Agosto del año pasado, fui a visitar a mi bueno y viejo amigo Arturo Lagorio, que había sido víctima de un gravísimo accidente automovilístico y se encontraba en cama con una pierna rota. Me recibió con aquella hermosa entereza de alma que demostrara desde el primer momento de la desgracia (al facultativo que lo examinaba en el hospital donde en un principio lo llevaron y que comprobaba su fractura a "pico de flauta", tuvo el bárbaro coraje de soltarle un chiste, diciendo que la lírica lo perseguiría hasta el final!); y me entregó unas pruebas de imprenta que recién le habían sido remitidas.

Se trataba de la Sección referente a "Literatura" del artículo *Argentina*, perteneciente al cuarto volumen de la *Enciclopedia Italiana* del *Instituto Giovanni Treccani*, en vísperas de imprimirse. Y como Lagorio se hallara en la imposibilidad absoluta de hacerlo, por estar, sin exageración, entre la vida y la muerte, no teniendo a quien más acudir, me en-

cargó corrigiera aquellas pruebas y que les añadiera — de acuerdo con el pedido de la carta con que se las acompañaban, y que yo leí — las noticias sobre el *período contemporáneo* de las letras argentinas, cuya falta representaba una grave e inexplicable laguna que había que llenar.

“En medio de mi ignorancia, conozco que nada valgo”, como diría Martín Fierro. No obstante, tuve que aceptar el cometido, y — dada la urgencia del caso, pues reclamaban a vuelta de correo las pruebas *corregidas y ampliadas* — redactar en el día, a vuela pluma, las noticias suplementarias.

Debo prevenir que ignoraba quien hubiese sido el autor del panorama “muy meditado y sereno”, como lo juzga el suelto que motiva la presente; pero que no se explayaba más allá del siglo pasado, callando todo lo que se relacionara con la vida literaria argentina desde 1900 en adelante. Comprueba esta afirmación el hecho de que en mis adiciones señalo, como era justo y meritorio, la gran significación de la figura y de la labor de tan eminente personalidad como la de Ricardo Rojas, a quien, con mi mayor asombro, no veía siquiera nombrado.

Adjunto la copia exacta y fiel de lo que yo escribí para “colmare la laguna” lamentada por el “Istituto Treccani” y que tenía que ser agregado al final del panorama literario, cuyas pruebas había corregido de sus errores de imprenta exclusivamente.

Relatado lo ocurrido; séanme consentidas algunas observaciones al suelto que motiva mi carta.

En él se hace alusión a “un serio incidente” provocado por la aparición del “primer” volumen de una importante enciclopedia en el cual figuran “una serie de inexactitudes” que colocan “en una posición de desventaja” a la Argentina. Ahora bien: hecha la salvedad de que no se trata de un “primer volumen” y que, por ser “importante” no había que dejar envuelta en el manto del anónimo a la Enciclopedia, la redacción de esta obra realmente magna y el modestísimo escritor que “por carambola” se encuentra metido en el asunto, fueron animados únicamente por el deseo de poner al día el panorama de las letras argentinas para evitarle justamente al país la tal “posición de desventaja” en que se hubiera encontrado dejando el artículo como lo había escrito su autor y naciendo caso omiso de todo lo que se refería al movimiento literario de los últimos treinta años; la cual cosa no era admisible propiamente por cuanto la Enciclopedia — según puntualiza el mismo suelto de *La Razón*, “por ser la última, debía necesariamente ser la mejor o la más exacta o la más completa”. No habría sido ninguna de estas cosas si hubiese dado la impresión “a las personas curiosas que se acercaran (al artículo) en demanda de alguna “verdad verdadera” acerca de la vida literaria argentina” que ésta se hubiese extinguido en 1900.

Además no era posible silenciar la acción desarrollada por Nosotros ni los nombres de la mayoría de los escritores, novelistas, poetas, críticos, que yo en mi adición enumeraba.

Puede observarse que estos nombres no fueron incluidos todos en el artículo, así como aparece publicado en la Enciclopedia; y es cierto. Pero la culpa no es mía; así como no lo es si, en vez de imprimir la adición después de la firma del autor del panorama inicial, la entremezclaron en el artículo. Ni tampoco es nuestra la culpa — esto es, del Instituto y mía —, si todo el material referente “a los mil y un diversos aspectos de la vida argentina” demoró tanto en llegar — o no llegó en tiempo, como sucedió con la parte histórica — que no pudo solicitarse de sus mismos autores el complemento del ensayo. Ni era concebible tampoco que en una Enciclopedia italiana, que “debía ser lo más exacta y completa”,

se pasara por alto todo lo que podía tener atingencia con Italia. A esto miraba el párrafo referente a "la influencia italiana", en el cual, entre otros muchos, figuraba también mi muy modesto nombre.

Hago resaltar esta circunstancia, para aclarar otro punto del suelto que estoy glosando. Se critica en él haber agregado — con otra, de la que debo entretenerme aparte — "una referencia acerca de la personalidad del propio autor del trabajo, quien, se comprende fácilmente, había excluido, *por razones obvias*, su nombre del panorama literario argentino que ofrecía con su firma". Estas "razones obvias" me parecen unas sinrazones, pues resulta simplemente absurdo que un literato de la talla de Rojas, que con su obra llena todo un período literario de su país, no se nombre tan sólo, de modo que "las personas curiosas" que se acerquen a la Enciclopedia en demanda de la "verdad verdadera", ignoren por completo su existencia y su labor. De aquí la consecuencia de eliminar a todos los demás pertenecientes al mismo período del autor del artículo. Apostaría que, si el editor le hubiese encomendado a Carducci — suponiendo que aun viviera, y no he de suponer a d'Annunzio, que pasa por ser un vanidoso — un ensayo sobre las letras italianas desde sus comienzos hasta 1930, él se hubiera incluido a sí mismo, así como poeta, que como crítico y ensayista.

En cuanto al "Cónsul literario", que, según el suelto, agregó en el artículo de la Enciclopedia "una referencia acerca de su persona", ésta es una "aserción gratuita", ofensiva e indelicada que no hace honor al que la escribió.

Es una lástima pensar que aquí, bien o mal, acertando o no, no dejamos pasar oportunidad para señalar lo que se hace en la Argentina; y que los únicos directamente interesados en nuestra campaña de cada día, no sólo no se dan cuenta de lo que hacemos, no sólo no nos agradecen, sino que, cuando menos lo sospechamos, se nos vienen encima!

Desde que Arturo Lagorio está en Nápoles — y aquí no habla el amigo sino el observador imparcial y desapasionado — se ha ido conociendo, valorizando, admirando lo que es argentino: su pintura, su música, sus letras; su vida intelectual, en una palabra. Organizó una exposición de pintura al poco tiempo de llegar, y de ella se ocuparon todos los diarios de Italia con entusiastas elogios; hizo participar a la Argentina en la "primer feria del libro", donde en un kiosko a propósito hacían gala de sí las obras de todos sus escritores; hizo que en la Biblioteca Nacional se creara la Sección Argentina; habló de la música, y fué una revelación para el público que estaba convencido de que en la Argentina el divino arte de los sonidos debía parecerse bastante al de los negros de Africa o de Norte América; disertó en la misma Universidad sobre "el hombre de la Pampa", y animó ante su auditorio esas dilatadas extensiones que cruzan los reseros, haciendo flotar en el ambiente su misteriosa poesía. Y siempre, con generosidad de hermano, además que con el elevado espíritu de un acendrado patriotismo, presentó y ensalzó a pintores, músicos, escritores argentinos, que a él principalmente deben el que aquí se les conozca. ¿Y qué decir de los agasajos que, por iniciativa suya, se les brindaron a los estudiantes del Litoral y a los cadetes de la "Sarmiento"? Pero, ¿para qué recordar todo esto, si se sabe muy bien lo que Lagorio ha hecho y hace, día a día, sin cansarse, sin cejar nunca? ¿Que a veces pudo equivocarse? Y bien, si tal fuera, todos nos equivocamos, "pues nunca le falta un yerro, al hombre más alvertido". como dice el poeta. Pero, ¿por qué sólo hacer resaltar los errores, si acaso los hubiese, y no las muchas cosas acertadas y buenas?

Y habría como para seguir un rato. Pero mejor es hacer punto final.

"Ya lo pasado pasó. Mañana será otro día". Y yo espero que el día de mañana nos consienta hacer todo lo que nuestras pequeñas fuerzas puedan en pro de la Argentina, esa tierra que queremos como si fuera realmente nuestra patria, pues le dimos la juventud, las esperanzas y todos nuestros ensueños.

Agradezco al señor Director la publicación de la presente, y lo saludo con estima y compañerismo sinceros

G. AGÉNORE MAGNO.

Traducción del texto del agregado a la sección "Literatura" del artículo Argentina comprendido en el tomo cuarto de la Enciclopedia Italiana a cargo del Instituto Giovanni Treccani, tal como fué escrito:

CRÍTICA.

La época, que podemos afirmar decisiva para la literatura argentina verdadera y propia, comienza con la aparición del grupo *Nosotros*, fundado en 1907, contemporáneamente al denominado *Nexus*, la más grandiosa tentativa de constitución de las artes plásticas. Tres años después se celebró el Centenario de la Independencia, que cambió a Buenos Aires en todo sentido. Nosotros representó la grande y autorizada tribuna, abierta a cuantos realmente valían. En la importante revista, creada y dirigida por Roberto F. Giusti y por Alfredo A. Bianchi, que hoy representa uno de los máximos exponentes de la intelectualidad argentina, y podemos bien decir hispánica, además de latino-americana, Ricardo Rojas publicó aquella su histórica carta, en que defendía los derechos del desnudo y la emancipación artística de Europa, magnífica reacción de un elevado espíritu, consolidado por una vastísima cultura, que debía prosiguiendo el tiempo concretarse en la "restauración nacionalista" por él preconizada y sostenida, en esa "argentinidad" que hoy informa toda la producción literaria y artística de la joven Nación.

De la revista NOSOTROS surge, por una parte, la necesidad de la crítica de costumbres, apenas esbozada en las revistas amenas y en las anécdotas de almanaques; y por la otra, la de la crítica superior, hasta entonces descuidada, no obstante los numerosos ejemplos de Martín García Mérou y Pedro Goyena y la enseñanza de Pablo Groussac, quien desde su revista *La Biblioteca* fiscalizaba y determinaba los valores que poco a poco iban apareciendo. NOSOTROS significó el eco de todas las pequeñas voces aisladas y dispersas, las que sentían la necesidad de decir algo naturalmente nuevo, dado el ambiente en formación. Su director, Roberto F. Giusti, de origen italiano, estaba embebido de toda la cultura clásica, gracias a la enseñanza de Francisco Capello, humanista italiano trasplantado en la Argentina, de quien todo lo que se diga es poco y el que aún aguarda el estudio que merece su vida larga, prolicua y aventurera.

Desde las columnas de NOSOTROS se fueron difundiendo los valores nuevos, que hoy tienen el más característico relieve. Raro fué el libro que no retuvo el interés de alguno de sus críticos, que en la parte literaria cooperaron con Roberto F. Giusti. Entre éstos recordaremos a Juan Mas y Pi, español naturalizado argentino, Nicolás Coronado, Alvaro Melián Lafinur, Arturo Lagorio, Julio Noé y Emilio Suárez Calimano, actual secretario de redacción de la revista, cuyo libro *21 Ensayos* representa un óptimo índice de los modernos valores de la América latina.

Contemporáneamente a los literatos propiamente dichos, se agrupan en torno de NOSOTROS los pensadores, que inspirados por José Ingenieros, tocaban todos los problemas relacionados con la formación es-

piritual de la República, conjuntamente con la obra aislada de Agustín Alvarez, Carlos O. Bunge, Juan Agustín García, Carlos Ibarguren, que tiene un bello libro sobre *Manuelita Rosas*, José Manuel Eizaguirre, que desentraña los grandes problemas de la formación de su patria, y José M. Ramos Mejía.

Se destaca por su aspecto complejo, la figura de Ricardo Rojas, exégeta, poeta, apóstol de argentinidad, a cuya actividad y a cuyo saber es debido el florecer de los estudios folklóricos, tan interesantes por la apreciación de la contribución autóctona en la formación de la psiquis argentina.

NOVELA.

Entre los novelistas más notables y en plena actividad productiva, citaremos a Benito Lynch, figura de primer plano, descriptor poderoso, de quien apareció no ha mucho, una obra en versión italiana con el título *Gli sparvieri della Florida*, quien divide con Güiraldes, el autor de *Don Segundo Sombra* y cabeza del grupo de Proa. Gálvez, Payró, Enrique Larreta, la primacía en este género; E. M. S. Danero (*Amor de Príncipe. La aventura negra*, obras de inquietud moderna), Víctor Juan Guillot (*El alma en el pozo, Historias sin importancia*), Fausto Burgos, Bernardo González Arrili, Héctor P. Blomberg, evocador de puertos lejanos, descriptor eficaz de la vida de a bordo, Ernesto Morales, que transforma los episodios autóctonos en coloridas leyendas, muchas de ellas traducidas al italiano por G. Agenore Magno, Elías Castellnuovo (*Tinieblas*), Roberto Arlt, Roberto Mariani, González Lanuza, Eandi, Nicolás Olivari y Leónidas Barletta. Todos ellos escriben ágiles y rápidos cuentos, de los que los diarios y las revistas locales hacen gran demanda.

La Argentina, crisol de razas, en que se revelan y funden todos los contrastes, todas las características de los componentes de distintos países, ha creado una floreciente literatura (así como un teatro), meramente de costumbres, cuyo maestro es Félix Lima. A su vez el humorismo tiene representantes dignos de ser reproducidos en otros idiomas, tales Arturo Cancela (*El burro de Maruf, Tres relatos porteños*), Enrique Méndez Calzada, escritor de ensayos, novelista y sobre todo fuerte epigramista, y Roberto Gache, el cual en su *París glosario argentino*, se desquita elegantemente de las cortesías que los franceses prodigan a los forasteros.

En cuanto al cuento infantil, podemos decir que era completamente descuidado antes de la aparición del libro de Arturo Lagorio *El traje maravilloso y otros cuentos a Chalito*, que tuvo entre otras cosas, el mérito de despertar la atención de los literatos por este difícilísimo género y suscitar en los mayores diarios bonaerenses una noble emulación por procurarse los mejores ejemplares. Entre los cultores del cuento infantil, merecen ser recordados también Rafael Ruiz López y Alvaro Yunque.

LÍRICA.

Como queda dicho, la influencia de Rubén Darío, el gran poeta de Sud América, no tardó en hacerse sentir, propagada por Leopoldo Lugones en la Argentina, y especialmente por medio del influjo de la lírica francesa, penetrada empero de espíritu americano. Además de Lugones, quien no ha dejado de ocuparse de ningún problema cultural — interesantísima su obra *El payador* —, ha habido poetas jóvenes de efectivo valor y, cosa digna de notarse, en gran número: Enrique Banchs, el cual recogió las voces de los primitivos españoles, Fernán Félix de Ama-

dor, que de una tendencia simbolista derivó hacia las más puras formas cristianas (*Vida abscondita, La copa de David*), Fernández Moreno, de pura cepa española, realista, sintético (*Intermedio provinciano, Campo argentino, Ciudad*), Ricardo Gutiérrez, sobrino del autor de *Lázaro*, poeta a su vez místico, lleno de serenidad lírica (*La ciudad en ruina, La flecha en el vacío*), Rafael Alberto Arrieta, de forma impecable (*El espejo de la fuente*), Arturo Capdevila, romántico-bíblico, que cuenta también, con buenos libros de prosa y obras teatrales, Rafael De Diego, Juan Carlos Dávalos (*El viento blanco*), Ezequiel Martínez Estrada y Federico Gutiérrez. Al lado de ellos, trabajaban independientemente los que se podrían llamar clásicos: Diego Fernández Espiro, Calixto Oyuela y Leopoldo Díaz. La recientísima generación ha sido a su vez pródiga en interesantísimos valores como Jorge Luis Borges, José Pedroni, Luis L. Franco, Horacio Rega Molina, Raúl González Tuñón, Alfredo Bufano, F. López Merino, Leopoldo Marechal y R. Molinari. Poquisimos los cultores del poema en prosa, entre los que emerge Arturo Lagorio con su libro *Las tres respuestas*. País moderno, donde la mujer despliega útilmente su actividad, hay numerosas cultoras del verso: Alfonsina Storni, Margarita Abella Caprile, María Alicia Domínguez, Emilia Bertolé, Raquel Adler, María Carnelli y otras muchas.

Entre los poetas épicos, que se inspiran en el folklore autóctono, citaremos: Carlos Molina Massey (*A punta de lanza*), Ataliva Herrera (*Las vírgenes del sol*), Martínez Paiva; y entre los nativistas Miguel A. Camino (*Chacayaleras, Chaquiras, Nuevas Chacayaleras*), y Rafael Jigena Sánchez, quien propicia el retorno de las antiguas *coplas* del norte argentino.

LA TENDENCIA ITALIANA.

Por cuanto, como hemos indicado, así en las ideas políticas como en el resto de la cultura, las corrientes decisivas hayan sido francesas, es justo señalar la importancia de NOSOTROS, también como orientación de los espíritus hacia la cultura italiana. Por ella se tuvieron buenas tentativas en el estudio de los diversos aspectos de la vida italiana, tanto en las fieles y amorosas traducciones que Calixto Oyuela hizo de Leopardi, como en las muy interesantes apostillas a Carducci y al mismo Leopardi, debidas al agudo espíritu crítico de Roberto F. Giusti. Singularmente, entre las versiones, es interesante la de las *Odas bárbaras* carduccianas efectuada por B. Contreras; y así también son muy interesantes algunos aspectos de la vida del Renacimiento tratados por Mariano A. Barrenechea, los estudios sobre Leopardi, Foscolo, Dante, debidos a Arturo Lagorio, los de Rafael Alberto Arrieta, que bellamente se ocupó de María Pascoli en su libro *Las hermanas tutelares*, los de Carlos Ibarguren y de Victoria Ocampo. Aquí debemos citar la obra infatigable de Folco Testena, de G. Agenore Magno y de Lamberti Sorrentino como traductores de narraciones italianas y de novelas y otras obras argentinas al italiano. De Folco Testena citaremos las traducciones de los poemas de Arturo Capdevila; de Magno, las de muchos autores argentinos (Lynch, Amador, Guillot, Amorim, Gerchunoff, Lagorio, Méndez Calzada, Tuñón, Burgos, Gutiérrez, Iglesias, Payró, etc.). Y recordaremos también la obra de divulgación del pensamiento y de las letras italianas efectuada por Emilio Zuccarini, Nella Pasini, Suprema Magnani Tedeschi y otros. Por último diremos que son dignos de ser citados entre los pensadores de la nueva generación, Anibal Ponce, director de la *Revista de Filosofía*, Homero Guglielmini, a quien se debe un bello libro sobre Pirandello, y José Gabriel, que se ha impuesto con su estudio *Reivindicación del arte*.

NOTAS Y COMENTARIOS

Nuestro director Alfredo A. Bianchi.

EN el "Giulio Cesare" se embarcó en Génova el 24 de Octubre, de vuelta a Buenos Aires, nuestro director Alfredo A. Bianchi, quien estará de nuevo entre nosotros en la primera quincena de Noviembre. Nuestro director ha recorrido Italia, Suiza y Francia, visitando como turista todos los lugares ilustres por su belleza natural o por la obra de los hombres, y como periodista y escritor, los círculos literarios más señalados y cultos.

Era su propósito llegar hasta Rusia a través de Alemania, y también conocer a España; pero los acontecimientos de la Argentina le han aconsejado abreviar su segundo viaje a Europa, iniciado en Julio y que él se proponía terminar en Febrero del año próximo.

Acogido con gran simpatía en todos los círculos intelectuales, él nos referirá sin duda cual es el espíritu actual de aquéllos con relación a nuestras letras. Como expresión de esa curiosidad naciente, puede servir este reportaje hecho a nuestro director por el importante semanario de literatura, teatro y arte, titulado *Giovedì* (ed. del 9 de Octubre), que se publica en Milán. Dice así:

JÓVENES DE LA ARGENTINA

Alfredo Bianchi, que junto con Roberto Giusti dirige la revista *NOTOS* de Buenos Aires, ha realizado un segundo viaje a Italia — el primero se remontó a seis años atrás. — De cuarenta y ocho años, sonriente, con los ojos que traslucen tras los espesos lentes, alto, cortés, ha facilitado con mucha belevolencia la tarea del entrevistador. Su juicio acerca de la actual literatura de su país, es optimista.

—¿Qué valor le atribuye Vd. a la obra de los escritores actuales?

—Le atribuyo gran importancia porque ha sido realmente con ellos con quienes han surgido la poesía, la crítica, el cuento, la novela, el ensayo.

—¿Y Payró, Ingenieros, Lugones, Bunge, Larreta, Estrada?

El "sonriente" meneaba la cabeza:

—He ahí una pregunta que me pone en un pequeño apuro... Yo no niego el valor de Payró, Ingenieros, etc.; por el contrario, reconozco todo lo que ellos significaron y siguen significando en nuestra vida intelectual. Pero el verdadero profesionalismo intelectual ha empezado en el 1910. Los lectores de las generaciones anteriores los considero como maestros, y soy el primero en reconocer los valores que ellos representan en el campo de nuestra actividad literaria.

—Y de la *nueva generación*, ¿qué puede decirnos?

Alfredo Bianchi no se interrumpe más:

—Puedo decir mucho, y de muchos. Después que desaparecieron los periódicos que a los jóvenes les servían como palestra y estandarte, y que, por lo tanto, cesaron las insolencias que nos dirigían, algunos ha habido que no han vacilado en reconocer que habían hecho mucho ruido al son de bombos y platillos. Yo no tengo fe en las generaciones que surgen de semejante manera. En la existencia de la de los *Jóvenes*, se ha producido el fenómeno común a todas las generaciones literarias, y el tiempo se ha encargado, en gran parte, de obrar una selección; mientras por un lado desaparecen muchos nombres, por el otro, en cambio, aparecen algunas figuras dignas de estima, de las que es lícito esperar una obra de positivo valor artístico.

Por ejemplo, un literato como Ricardo Güiraldes, desaparecido prematuramente, era digno de sobresalir de un modo absoluto. Otros tres valores son Borges, Bernardes y Marechal, poetas que, cuando no escriben para el momento, y sí para el porvenir, graban páginas, más que duraderas. Ricardo Molinari y José Sebastián Tallón son otros dos poetas jóvenes de verdadero valor. Luego, los jóvenes tienen un futuro maestro, como escritor de ensayos y como crítico, en Homero Guglielmi, de sólida cultura, de prosa ágil, realmente lleno de talento. Alvaro Yunque es único en su género, los cuentos para niños. En Barletta veo al mejor novelista de su generación. Elías Castelnuovo con *Tinieblas* nos dió un óptimo libro liminar; lástima sin embargo que en la obra sucesiva se haya repetido. Mayor confianza tengo en Héctor Eandi, en Eduardo Mallea, en Roberto Mariani.

Como siempre, los más numerosos son los poetas: los hay de valor, además de los cinco que he citado, como Pedroni, Nalé Roxlo, Etcheverrigaray, Córdova Iturburu, González Carbalho, López Merino, Jorge Obligado, Francisco López Palmero. Y no faltan las poetisas: Rosa García Costa, Nydia Lamarque, Susana Calandrelli, María Alicia Domínguez, Emilia Bertolé. Y entre los críticos que Nosotros ha revelado últimamente debo citar a Ramón Doll, Mario Pinto, José Bianco (h.) y Domingo Arizaga.

"Así, de entre los argentinos que viven fuera de su país, pero que siguen siendo argentinos en cada manifestación y en cada ideal, quiero recordar a un joven que se hizo conocer desde hace varios años, lo que lo hace creer un anciano: Emilio De Matteis, el alumno predilecto de los últimos años del sumo psiquiatra Enrique Morselli: psiquiatra él mismo, crítico y filósofo. De Matteis tiene un magnífico porvenir".

El jovial director de Nosotros se recoge un momento en silencio, como en la búsqueda de otros nombres para agregar a la lista hasta ahora ofrecida. Se puede sacar provecho de esta pausa:

—¿Cómo se comportan los escritores de la "Nueva Generación" con respecto a los de la "Vieja"?

—En algunos jóvenes hay, diré, el prurito de disminuir sistemáticamente a sus predecesores. En mi frecuentación cotidiana de la mayoría

de los jóvenes, he observado, y el descubrimiento me ha sorprendido bastante, que este prurito es hijo de la sistemática ignorancia acerca de la entera obra de los "Viejos".

—¡Como! ¿También en la Argentina? Pero Alfredo Bianchi no concede tiempo para hacer comparaciones y comprobaciones. Dice:

—En cambio, los "Viejos" demuestran una gran comprensión.

—Una última pregunta: ¿Qué transformación ha sufrido la "Nueva Generación"?

—Nació en 1920; revolucionaria al principio, se trocó en conservadora y clerical. Si por convicción sincera o por oportunismo, es difícil contestar. Lo cierto es que en los últimos acontecimientos políticos — durante los cuales me encontraba yo en Italia — ha sabido encabezar el movimiento y sacrificarse por un ideal.

Lo esencial, que tal vez en Italia no se conoce suficientemente, es esto: que en la Argentina hay todo un florecer de literatura, de la que varios autores son conocidos también en Europa. Larreta, Payró, Gálvez, Hugo West, Güiraldes, Alvaro Yunque, autores de novelas y cuentos breves; Enrique Banchs y Fernández Moreno, que se cuentan indudablemente entre los mejores poetas de lengua castellana, y un crítico del valor de Roberto Giusti, el cual mucho más produciría si la política no lo absorbiese. Espero que algún diario crée una sección de crítica literaria vigilante y asidua; espero que el teatro cese de estar en crisis, como lo está en todo el mundo...

Y aquí Alfredo Bianchi sonríe abiertamente.

—Y por fin, para todas las demás noticias, — *Cicero pro domo sua*, ¿no? — hay un libro que puede ilustrarle magníficamente: el volumen conmemorativo del vigésimo aniversario de Nosotros, en el cual se encuentra también y se vislumbra la parte activísima que nuestra revista ha ejercido y ejerce en la evolución artística argentina. Basta hojear esas páginas que la modestia me impide... citar de memoria...

SANDRO CASSONE.

Fernando Díaz de Mendoza.

HA fallecido en Vigo, donde se encontraba como Director de la Compañía que encabezaba su hijo Fernando.

Con él se ha extinguido un noble espíritu de artista puro. Ganó millones y dióse siempre maña para gastarlos en continua competencia consigo mismo, superándose siempre en la realización de sus sueños artísticos.

Don Fernando Díaz de Mendoza fué más un gran Director que un gran actor. Gracias a él toda la gran literatura teatral del siglo de oro de nuestra lengua revivió mágicamente ante propios y extraños. Tirso, Lope de Vega, Calderón, Moreto, nombres de antología, pasaron a las carteleras y de éstas al gran público, por su esfuerzo. ¡Y con qué propiedad, con qué justeza, con qué meticulosidad de detalles aparecieron montadas ante el espectador!

Y como el clásico, el moderno teatro castellano recibió también, el aliento y el apoyo que él le prestara.

La cultura de los pueblos de habla española debe un monumento a Fernando Díaz de Mendoza, y a María Guerrero, porque hablar de una sin hacerlo del otro es imposible.

El mismo así lo sentía. Hasta para acentuarlo más desde que murió su esposa consideróse viviendo de sobra.

Constituían el complemento inevitable. Sin la gran artista que fué Doña María, Don Fernando no hubiera sido el gran director que fué. Uno y otro, amando por encima de todo su arte, diéronle lo mejor de su talento y lo dignificaron hasta un límite que el mismo público llegó a alcanzar esa pureza. Quienes oían a los ilustres esposos en sus buenos tiempos quedaban elevados a un plano superior.

Desgraciadamente no pudieron, quemados en aras de su mismo Dios, retirarse a tiempo. Y es lástima, porque los que presenciaron sus últimas temporadas no hablarán como nosotros, guardadores, muy al vivo, del recuerdo de sus primeras visitas en el Odeón.

Francisco Soto y Calvo.

HEMOS tenido el gusto de saludar, durante su breve estancia en esta Capital, a este grande amigo y colaborador de NOSOTROS, a quien acompaña su distinguida esposa, la pintora Doña María O. de Soto y Calvo, también amiga muy respetada en esta casa.

El Sr. Soto y Calvo, para no desmentir su incansable actividad, ha dado en los días de su permanencia aquí una conferencia sobre poetas modernos de lengua inglesa en la Facultad de Filosofía y Letras, otra acerca de "El lenguaje de los pájaros" en la Sociedad Popular de Educación y otra en que estudió los modernos poetas japoneses, en la Asociación Bernardino Rivadavia. Todas ellas, como no es necesario decir, de positivo valor y reveladoras de la vasta erudición que caracteriza al Sr. Soto y Calvo.

El conferenciante fué seguido por un público atento y curioso, que supo distinguirle con cálida aprobación.

Baldomero Sanín Cano.

EL ilustre escritor colombiano, infatigable removedor de ideas y publicista de pluma diestra e incisiva, que, después de permanecer en el país unos dos años, nos dejó en 1926 para regresar a su tierra, temíamos que para siempre, ha resuelto establecerse de nuevo entre nosotros. En verdad, es éste para los argentinos un motivo de alta satisfacción, pues la decisión de Sanín Cano nos dice que una inteligencia tan selecta como la suya no desdén el clima espiritual de Buenos Aires. NOSOTROS, que tantas pruebas de amistad y aprecio ha dado a Sanín Cano a lo largo de los años, se complace hoy en presentarle la bienvenida, augurándose que esa decisión sea definitiva.

Manuel A. Seoane.

HA partido para el Perú, su patria, nuestro colaborador y amigo Manuel A. Seoane, después de una permanencia de seis años en la Argentina. Aquí llegó desterrado en Agosto de 1924, y sólo se ausentó para efectuar breves viajes a Bolivia, Uruguay y Chile. Aquí militó siempre en la izquierda universitaria y antiimperialista y desempeñó durante tres años la dirección de *Renovación* y la secretaría de la Unión Latino Americana, colaborando además en revistas y diarios.

Se propone Seoane, al volver a su tierra, intensificar la campaña iniciada por el Apra en 1924, que le llevó al destierro lo mismo que a Haya Delatorre, Heysen, Cox, Cornejo, Herrera y otros.

En carta de despedida nos dice Seoane: "... Parto maravillado con el espectáculo argentino. No sólo llevamos agradecimientos sino enseñanzas. Este es el pueblo de América que va tomando más rápida conciencia de sí mismo... Pronto la conciencia democrática de Argentina habrá de brindar exteriorizaciones definitivas".

En el 5º aniversario de la muerte de Ingenieros.

EL 5º aniversario de la muerte de José Ingenieros congregó una vez más en la mañana del 1º de Noviembre alrededor del mausoleo que guarda sus cenizas en la entrada del Crematorio del Cementerio del Oeste, a todo el círculo de sus amigos, y a muchos centenares de hombres y mujeres, ante quienes hablaron los representantes de varias instituciones de cultura, celebrando la vida libre y la obra fecunda del Maestro.

Un espíritu que tiene la virtud de mantener estrechamente unidos en el culto devoto de la amistad y la admiración, a tantas personas que con él intimaron en vida, fué ciertamente de calidad superior, y así lo reconoce hoy la crítica objetiva y sincera, a pesar de los enconados ataques de tantos adversarios que en Ingenieros ven el símbolo del pensamiento de aquella juventud que todavía no reniega de la libertad y la democracia, como si fuesen trampantojos del pasado, y piensa que nunca la lucha contra el privilegio y el espíritu de prepotencia son más necesarios que hoy en América.

El 5º aniversario de la muerte de Ingenieros coincide este año con la iniciación de la publicación ordenada de sus *Obras completas* por los Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso. De esta edición, que comprenderá 20 volúmenes, ya se ha publicado, con elegantísima presentación y esmerada impresión, el primero, que incluye *La simulación en la lucha por la vida*. Esta edición se publicará revisada y anotada por Aníbal Ponce, el joven, culto y agudo maestro y crítico, que fué el más directo colaborador de Ingenieros en los últimos años de su vida, y le continúa ahora en la dirección de *La Revista de Filosofía*, por aquél fundada. Un notable estudio de cien páginas, titulado "Para una historia de Ingenieros", acaso el más completo escrito hasta hoy, de que es autor el propio Ponce, sirve de prólogo a este primer volumen de la serie.

“Síntesis”.

EL último número de *Síntesis* —el 41— nos trae la noticia ingrata de que esta importante revista argentina que dirigía el señor Martín S. Noel, suspende sus publicaciones, después de más de tres años y medio de vida. Deploramos sinceramente esta desaparición de un órgano de cultura tan serio como *Síntesis*, pues a todos nos beneficia, en la noble emulación, la existencia de muchos instrumentos de difusión del arte y discusión de ideas, y deseamos también nosotros, como *Síntesis* lo cree posible, que esta suspensión no sea definitiva.

En tanto, sus colaboradores, muchos de los cuales lo eran también de NOSOTROS, deben saber que estas páginas les están abiertas, si quieren usar de ellas.

Colegio Libre de Estudios Superiores.

HA superado con creces todas las esperanzas de sus fundadores, el éxito obtenido por el *Colegio Libre de Estudios Superiores*, institución docente de alta cultura, gratuita y desinteresada, de cuya fundación dimos amplia noticia en el número de Junio.

Todos los cursos anunciados se han desarrollado sin inconveniente ninguno, de acuerdo con los programas publicados, reuniendo alrededor de la cátedra prestigiada por maestros viejos y jóvenes como Korn, Nicolai, Díaz Arana, Ponce, Laclau, Giusti, Eusebio Gómez, Deulofeu, Greslebin, Kraglievich, Marrenzi, Destéfano y Vega, auditorios compactos de estudiantes o estudiosos deseosos de especializarse o simplemente informarse seriamente. La inscripción total del Colegio había alcanzado, a mediados del corriente mes, a 983 alumnos, que a él habían concurrido espontáneamente, respondiendo al propósito de fomento de la cultura superior que tuvieron sus fundadores.

La junta ejecutiva constituida por los señores Carlos Ibarguren, actualmente ausente, Alejandro Korn, Narciso C. Laclau, Roberto F. Giusti, Anibal Ponce y Luis Reissig, está muy adelantada en la tarea de la organización de los cursos del próximo año, para los cuales cuenta ya con la colaboración de especialis-

tas de reconocida autoridad en el campo de la filosofía, las letras, las artes y las ciencias.

He aquí, cómo, ajena a toda acción, influencia y ayuda oficial, ha podido surgir y vivir en Buenos Aires una Universidad Libre, cuya robusta vida inicial le asegura un brillante porvenir.

Segundo concurso literario de "La Peña".

ESTA agrupación, que ya el año pasado realizó con gran éxito un concurso de obras en verso, ha resuelto abrir un segundo para obras en prosa. Las bases sobre las cuales se organiza éste son las siguientes:

- a) Los concurrentes deberán ser de nacionalidad argentina y no haber publicado ningún libro hasta la fecha en que se cierre este Concurso.
- b) *La Peña* premiará el mejor libro costeando su edición que entregará al autor.
- c) El Jurado que discernirá el premio será integrado por cinco escritores, tres de los cuales pertenecerán a la Sub-Comisión de Literatura de *La Peña*, y los dos restantes serán elegidos por el voto de los concursantes. El fallo, inapelable, se dará a publicidad el día 15 de Febrero de 1931.
- d) Los originales deberán remitirse por certificado a *La Peña* antes del 15 de Diciembre de 1930, en cinco ejemplares escritos a máquina con el nombre y dirección del autor y con los nombres de los dos escritores que deben integrar el jurado, según la cláusula c).
- e) El Jurado no tomará en cuenta ninguna obra cuyo texto no sea absolutamente inédito por lo menos en una cuarta parte y no llenare los requisitos consignados en estas bases.
- f) Para concurrir a este certamen no es necesario pertenecer a *La Peña*.
- g) Los socios de la Institución podrán adquirir el libro premiado con un descuento del cincuenta por ciento sobre el precio de venta.

Dirección de la sociedad: Avenida de Mayo 829, Buenos Aires.

A nuestros escritores.

LA señorita Edna Worthley Underwood, cuya dirección es Box 54, Hamilton Grange Station, New York City, nos envía la carta que a continuación traducimos:

Estoy preparando en lengua inglesa una antología de poetas Hispano e Ibero-Americanos, tanto antiguos como modernos. Yo misma seré la traductora y pretendo hacer un libro autorizado, incluyendo representau-

tes de todos los países donde hayan andado los conquistadores españoles y portugueses.

Les escribo a Vds. para que me den una información acerca de los nuevos poetas argentinos, tanto de los que usan las más viejas formas clásicas como de los ultra-modernos. Si Vds. dieran mi dirección y mi pedido en su Revista, solicitando a los poetas me enviaran los libros que ellos consideran mejores, con indicación de los poemas que ellos prefieren traduzca al inglés e incluya en mi antología, les quedaría muy agradecida.

Respecto de mí, soy poeta, novelista y traductora de varias lenguas.

Deseo también y especialmente, biografías y noticias de las vidas de los poetas.

Mientras espero el favor de su respuesta, sírvanse permitirme me suscriba con la mayor estima y con gracias por anticipado.

Certamen ibero-americano de ex-libris.

EL Ateneo Ibero-Americano de Buenos Aires, con el fin de dotar a su biblioteca de un Ex libris, que servirá al mismo tiempo de emblema a la institución, ha invitado a todos los artistas residentes en la Península Ibérica y en los países americanos de origen ibérico, a un certamen artístico cuyas bases son:

Los modelos o dibujos se recibirán desde el 1º de noviembre de 1930 hasta el 1º de abril de 1931. Deberán ser inéditos y estar ejecutados en uno de los siguientes procedimientos: pluma, aguafuerte o xilografía, en el tamaño de 18 x 13 cms. formato del dibujo y 27 x 22 cms. formato del papel.

Los autores, para crear el Ex-libris se inspirarán en el tema del Ateneo, "*Cor unum et anima una*", (Con un solo corazón y una sola alma); en el carácter de la institución que es esencialmente cultural y docente, y en sus actividades, todas ellas encaminadas a la vinculación espiritual de los países de origen ibérico.

Los dibujos de Ex libris deberán estar suscritos con seudónimo y un lema. Se remitirán dentro de un sobre sellado y lacrado, conjuntamente con otro que contenga el nombre propio, domicilio y ciudad de residencia del autor. Ambos sobres, en cuya parte exterior constará el lema adoptado, deberán colocarse dentro de un tercer sobre, que será dirigido por correo certificado o entregado personalmente en la siguiente dirección: Avenida Montes de Oca 284, Buenos Aires, a nombre del Presidente del Ateneo.

El Jurado lo integrarán los señores José León Pagano, Pío Colli-vadino, Alejandro Sirio, Paulo Demoro y José Eugenio Compiani.

Las recompensas que se acordarán respectivamente a los autores de los tres mejores modelos de Ex libris, según el fallo del Jurado, consisten en un Primer Premio, 500 pesos m/n. y Diploma de Honor; un Segundo Premio, 300 pesos m/n. y Diploma de Honor, y un Tercer Premio, Medalla de oro y Diploma de Honor.

NOSOTROS.